Bret Easton Ellis

Menos que cero

Lectulandia

Cuando se publicó *Menos que cero* en Estados Unidos se produjo un inesperado fenómeno: la primera novela de un autor de 20 años fue saludada por la crítica como *El guardián entre el centeno* de los años 80, el libro en el que se reconocía una generación, que lo convirtió rapidísimamente en un best-seller.

Menos que cero (que es también el título de una canción amarga y cínica de Elvis Costello) cuenta la historia de un joven estudiante que regresa a su casa de Los Angeles para pasar las vacaciones y reencuentra a su grupo de amigos, punkis dorados, hijos de productores y magnates de Hollywood, un clan en el que cada villa tiene su piscina, cada adolescente su dealer.

Fiestas interminables, clubs de rock, líneas de coca y hamburguesas y luces de neón… y el submundo de la pornografía, las snuff movies y la prostitución masculina: con un estilo glacial, Ellis registra, impasible, la vertiginosa espiral por la que se desliza este grupo de adolescentes que experimentan precozmente con el sexo, las drogas y la desolación.

Lectulandia

Bret Easton Ellis

Menos que cero

ePUB v1.0
Lukas_Trips 10.07.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Less than Zero*
Bret Easton Ellis, 1985.
Traducción: Mariano Antolín Rato
Diseño/retoque portada: Ángel Jové

Editor original: Lukas_Trips (v1.0 a v1.x)
Corrección de erratas: Lukas_Trips
ePub base v2.0

Para Joe McGinniss

«Este es el juego que cambia cuando lo juegas…»

X

«Cuando miro al Oeste, noto cierta sensación…»

Led Zeppelin

A la gente le da miedo mezclarse con la circulación de las autopistas de Los Angeles. Esto es lo primero que oigo cuando vuelvo a la ciudad. Blair me recoge en la terminal y murmura eso mientras su coche sale del aparcamiento. Dice: «A la gente le da miedo mezclarse con la circulación de las autopistas de Los Angeles.» Aunque la frase no debiera haberme inquietado, se me queda grabada en la mente durante bastante tiempo. No parece que importe nada más. Ni el hecho de que yo tenga dieciocho años y sea diciembre y el vuelo haya sido duro y la pareja de Santa Barbara, que estaba sentada frente a mí en primera clase, se emborrachase a conciencia. Tampoco el barro que me había salpicado las perneras de los vaqueros, que notaba como frescos y sueltos a primera hora de ese día en un aeropuerto de New Hampshire. Tampoco la mancha en la manga de la camisa arrugada y sudada que llevo, que parecía nueva y limpia esta mañana. Ni el roto en el cuello de mi chaqueta de tela escocesa gris, que parece bastante más propia del Este que antes, en especial comparada con los ajustados vaqueros de Blair y su camisa azul pálido. Todo esto parece irrelevante al lado de esa frase. Parece más fácil oír que a la gente le da miedo mezclarse que: «Estoy completamente segura de que Muriel está anoréxica», o escuchar al cantante de la radio que grita en las ondas magnéticas. Nada parece importarme excepto esa docena de palabras. Ni el viento cálido, que parece empujar al coche por la desierta autopista de asfalto, ni el leve olor a marihuana que todavía impregna el coche de Blair. Todo lo cual lleva a que soy un chico que vuelve a pasar un mes en casa y se encuentra con alguien a quien lleva cuatro meses sin ver, y a que a la gente le da miedo mezclarse.

Blair deja la autopista y llega a un semáforo en rojo. Una fuerte ráfaga de viento hace que el coche oscile durante un momento y Blair sonríe y dice algo sobre bajar la capota del coche y cambia a otra emisora. Al acercarnos a mi casa, Blair tiene que parar el coche porque hay cinco obreros retirando los restos de las palmeras que ha derribado el viento y cargando en un camión rojo muy grande las hojas y los trozos de corteza seca, y Blair vuelve a sonreír. Se detiene ante mi casa y la puerta del jardín está abierta y me bajo del coche y me sorprende notar la sequedad y el calor. Me quedo allí parado un buen rato y Blair, después de ayudarme a descargar las maletas, me hace una mueca y pregunta:

—¿Te pasa algo?

—No —contesto.

—Pareces pálido —insiste Blair.

Yo me encojo de hombros y nos decimos adiós y ella sube a su coche y se va.

Nadie en casa. El aire acondicionado está conectado y la casa huele como a pino.

Hay una nota en la mesa de la cocina que dice que mi madre y hermanas han salido a hacer las compras de Navidad. Desde donde estoy distingo al perro tumbado junto a la piscina, respirando pesadamente, dormido, el pelo agitado por el viento. Subo al piso de arriba y me cruzo con la nueva muchacha, que me sonríe y parece comprender quién soy, y paso por delante de los cuartos de mis hermanas, que todavía parecen seguir igual, sólo que tienen recortes de *QG* diferentes pegados a la pared, y entro en mi habitación y veo que no ha cambiado nada. Las paredes siguen siendo blancas; los discos siguen en su sitio; no han quitado la televisión; las persianas siguen subidas, tal y como las dejé. Parece que mi madre y la nueva muchacha, o quizá la vieja, han limpiado mi armario mientras yo estaba fuera. Hay una pila de tebeos encima de la mesa con una nota encima que dice: «¿Todavía los quieres?»; también hay un recado de que Julian me ha llamado y una tarjeta que dice: «Puñeteras Navidades.» La abro y dentro dice: «Pasemos las jodidas Navidades juntos.» Es una invitación a la fiesta de Navidad de Blair. Dejo la tarjeta y noto que en mi cuarto está empezando a hacer frío de verdad.

Me quito los zapatos y me tumbo en la cama y me toco la frente para ver si tengo fiebre. Creo que sí. Y con la mano en la frente miro con precaución el póster con marco y cristal que está en la pared de encima de mi cama, pero tampoco ha cambiado. Es el póster de promoción de un viejo disco de Elvis Costello. Elvis mira hacia la ventana con esa sonrisa irónica y torcida en los labios. La palabra «Confianza» revolotea por encima de su cabeza, y sus gafas de sol, un cristal rojo, el otro azul, están caídas hacia la punta de su nariz, de modo que se le ven los ojos, que están ligeramente desviados. Los ojos no me miran, con todo. Sólo miran a lo que hay junto a la ventana, pero estoy demasiado cansado para levantarme y acercarme a la ventana.

Cojo el teléfono y llamo a Julian, asombrado de recordar su número, pero nadie contesta. Me siento, y por entre las persianas distingo las palmeras que se agitan furiosamente y se doblan debido al viento caliente, y luego vuelvo a mirar el póster y luego me doy la vuelta y luego vuelvo a mirar la sonrisa y la mirada burlona, los cristales rojo y azul, y todavía puedo oír que a la gente le da miedo mezclarse y trato de olvidar la frase, olvidarla del todo. Pongo la cadena de los vídeos musicales y me digo que la podría olvidar y dormirme si tuviera Valium, y luego pienso en Muriel y me siento un poco mal cuando empiezan a aparecer los vídeos.

Esa noche llevo a Daniel a la fiesta de Blair, y Daniel lleva gafas de sol y una chaqueta de lana negra y vaqueros negros. También lleva unos guantes de cuero negro porque la semana pasada, en New Hampshire, se cortó con un trozo de cristal. Tuve que ir con él a la sala de urgencias del hospital y miraba cómo le limpiaban la herida y le quitaban la sangre y empezaban a coserle, cuando empecé a encontrarme

mal y después me fui y me senté en la sala de espera y eran las cinco de la mañana y oí cantar a The Eagles «New Kid in Town» y sentí ganas de volver a casa. Estamos a la puerta de casa de Blair en Beverly Hills y Daniel se queja de que los guantes se le pegan a los puntos y le quedan estrechos, pero no se los quita porque no quiere que la gente vea los puntos del pulgar y los otros dedos. Blair abre la puerta.

—Hola, guapos —exclama Blair. Lleva una chaqueta de cuero negro y pantalones a juego. Está descalza y me abraza y luego mira a Daniel.

—Bueno, ¿y éste quién es? —pregunta haciendo una mueca.

—Se llama Daniel. Daniel, te presento a Blair —digo.

Blair le tiende la mano y Daniel sonríe y se la estrecha con suavidad.

—Bueno, entrad. Feliz Navidad.

Hay dos árboles de Navidad, uno en el cuarto de estar y otro en el estudio, y los dos tienen luces rojas que se encienden y apagan. En la fiesta hay tipos del colegio y a la mayor parte de ellos no los he visto desde que nos graduamos y todos están de pie cerca de los dos enormes árboles de Navidad. Trent, un modelo masculino al que conozco, también está.

—Hola, Clay —dice Trent. Lleva un pañuelo rojo y verde alrededor del cuello.

—Hola, Trent —digo yo.

—¿Cómo estáis, pequeños?

—Estupendamente. Trent, te presento a Daniel. Daniel, te presento a Trent.

Trent le tiende la mano y Daniel sonríe y se ajusta las gafas de sol y se la estrecha.

—Hola, Daniel —dice Trent—. ¿Dónde estudias?

—En el mismo sitio que Clay —dice Daniel—. ¿Y tú?

—Yo voy a la U.C.L.A. o, como dicen los orientales, U.C.R.A. —Trent imita a un viejo japonés, ojos rasgados, cabeza inclinada, enseña los dientes, y luego se ríe como un borracho.

—Yo voy a la Universidad de los Sin Carácter —dice Blair, sonriendo con malicia y pasándose los dedos por su larga melena rubia.

—¿Dónde dices? —pregunta Daniel.

—A la U.S.C.

—Ya entiendo. A la Universidad del Sur de California —dice él—. Está muy bien.

Blair y Trent se ríen y ella le agarra del brazo para mantener el equilibrio.

—O a la Utopía de S.C. —dice ella, casi sin poder respirar.

—O a la Utopía de C.L.A. —dice Trent, todavía riendo.

Por fin Blair deja de reír y se roza contra mí al cruzar la puerta y decirme que debería probar el ponche.

—Lo probaré yo —dice Daniel—. ¿Quieres un poco, Trent?

—No, gracias. —Trent me mira y dice—: Pareces pálido.

Caigo en la cuenta de que lo estoy, sobre todo comparado con el oscuro bronceado de Trent y la mayor parte de los demás que están en la habitación.

—He pasado cuatro meses en New Hampshire.

Trent busca en uno de los bolsillos.

—Toma —dice, dándome una tarjeta—. Es la dirección de un salón de bronceado de Santa Monica. No se trata de luces ni de nada de eso, y tampoco tienes que tragar pastillas de vitamina E. Es una cosa que llaman Rayos Uva y dicen que te tiñe la piel.

Al cabo de un rato dejo de escuchar a Trent y miro a los otros tres chicos, unos amigos de Blair a los que no conozco y que van a la U.S.C. Los tres bronceados y rubios. Uno canta acompañando la música que sale de los altavoces.

—Y funciona.

—¿Qué es lo que funciona?

—Los rayos Uva. Mira la tarjeta, tío.

—Ah, claro —miro la tarjeta—. Te tiñen la piel, ¿es eso?

—Sí.

—Estupendo.

Pausa.

—¿Qué has estado haciendo últimamente? —pregunta Trent.

—Deshaciendo el equipaje —digo—. ¿Y tú?

—Verás —sonríe con orgullo—. Me han contratado en una agencia de modelos, una de las buenas —me asegura—. ¿Adivinas quién va a salir, y no sólo en la portada del *International Male* de dentro de dos meses, sino también el mes de junio en el almanaque de la U.C.L.A.?

—¿Quién? —pregunto.

—Yo, tío —dice Trent.

—¿En el *International Male*?

—Sí. Es una revista que no me gusta. Mi agente les dijo que nada de desnudos, sólo algo así como los anuncios de los trajes de baño Speedo y cosas de ese tipo. Yo no poso desnudo.

Le creo, aunque no sé por qué, y miro por la habitación para ver si Rip, mi díler favorito, está en la fiesta. Pero no le veo y me vuelvo hacia Trent y le pregunto:

—Oye, ¿y qué más cosas has estado haciendo?

—Bueno, ya sabes, lo de siempre. Ir al Nautilus, arruinarme, ir a ese sitio de los rayos Uva… Pero, oye, no le digas a nadie que he ido a ese sitio. ¿Vale?

—¿El qué?

—Que no le hables a nadie de ese sitio de los rayos Uva. ¿Entendido?

Trent parece preocupado, casi fuera de sí, y le pongo la mano en el hombro y le doy una sacudida para tranquilizarle.

—Claro. No te preocupes.

—Oye —dice echando una ojeada por la habitación—. Tenemos un pequeño asunto. Pero otro día. Almorzar —bromea, alejándose.

Daniel vuelve con el ponche, que es muy rojo y muy fuerte, y toso cuando tomo un trago. Desde donde estoy, puedo distinguir al padre de Blair, que es productor de cine y está sentado en un rincón del estudio con un joven actor con el que creo que fui al colegio. El novio del padre de Blair está también en la fiesta. Se llama Jared y es muy joven y muy rubio y está muy moreno y tiene los ojos azules y unos dientes increíblemente blancos y habla con los tres chicos de la U.S.C. También veo a la madre de Blair, que está sentada junto a la barra, tomando un gimlet de vodka. Le tiemblan las manos cuando se lleva la copa a la boca. Alana, una amiga de Blair, entra en el estudio y me abraza y yo le presento a Daniel.

—Te pareces a David Bowie. —Alana, que está evidentemente pasada de coca, le pregunta a Daniel—: ¿Eres zurdo?

—No, me temo que no —dice Daniel.

—A Alana le gustan los chicos zurdos —le explico a Daniel.

—Y los que se parecen a David Bowie —me recuerda Alana.

—Y los que viven en la Colony —concluyo.

—Clay, eres tan bruto —dice riendo—. Clay es todo un bestia.

—Ya lo sé —dice Daniel—. Un bestia. Por completo.

—¿Quieres un poco de ponche? —le pregunto.

—Querido —dice ella, lenta, dramáticamente—. Hice el ponche yo. —Se ríe y luego se fija en Jared y de repente deja de reír—. Por Dios, me gustaría que el padre de Blair no invitara a Jared a estas cosas. Pone nerviosa a su madre. De todos modos está toda escocida. Aunque tenerle cerca hace que se sienta peor. —Se vuelve hacia Daniel y dice—: La madre de Blair es agorafóbica. —Vuelve a mirar a Jared—. Tenía entendido que va a ir la semana que viene al Valle de la Muerte a rodar exteriores, no sé por qué no espera hasta entonces, ¿no te parece? —Alana se vuelve hacia Daniel, luego hacia mí.

—Sí —contesta Daniel solemnemente.

—Claro —corroboro yo.

Alana baja la vista y luego me vuelve a mirar y dice:

—Estás muy pálido, Clay. Deberías ir a la playa o hacer algo.

—Probablemente lo haré. —Y toco la tarjeta que me ha dado Trent y luego le pregunto si Julian va a aparecer por allí—. Me llamó y dejó un recado, pero no he podido hablar con él.

—Oh, por Dios, no lo hagas —dice Alana—. Me han dicho que anda jodido.

—¿Qué quieres decir? —pregunto.

De repente, los tres chicos de la U.S.C. y Jared se echan a reír al unísono.

Alana pone los ojos en blanco y parece angustiada.

—A Jared le contó este chiste tan estúpido su novio, que trabaja en Morton's: «¿Cuáles son las dos mentiras más grandes?» «Te pagaré y no te la meteré en la boca.» Ni siquiera lo entendí. Dios mío, será mejor que vaya a ayudar a Blair. Su madre sigue pegada a la barra. Encantada de conocerte, Daniel.

—Lo mismo digo —dice Daniel.

Alana se dirige hacia Blair y su madre, que están junto a la barra.

—Creo que debería haber tarareado unos cuantos acordes de «Let’s Dance» —dice Daniel.

—Sí, deberías haberlo hecho.

—Caramba, Clay, eres un bestia.

Nos marchamos después de que Trent y uno de los chicos que iban a la U.S.C. ligaran junto al árbol de Navidad del cuarto de estar. Esa misma noche, algo más tarde, estamos en uno de los extremos de la barra del Polo Lounge, que está en penumbra.

—Quiero volver —dice Daniel, tranquilo, con esfuerzo.

—¿Adónde? —pregunto yo, inseguro.

Hay una larga pausa de ésas que me sacan de quicio y Daniel termina su copa y manosea las gafas de sol que todavía lleva puestas y dice:

—No lo sé. Simplemente volver.

Mi madre y yo estamos en un restaurante de Melrose, y ella bebe vino blanco y sigue con las gafas de sol puestas y no deja de tocarse el pelo y yo no dejo de mirarme las manos, completamente seguro de que están temblando. Trata de sonreír cuando me pregunta qué quiero por Navidad. Me sorprende lo mucho que me cuesta levantar la cabeza para mirarla.

—Nada —digo.

Hay una pausa y luego le pregunto:

—¿Y tú qué quieres?

No dice nada durante largo rato y vuelvo a mirarme las manos y ella bebe vino.

—No lo sé. Simplemente pasar unas Navidades agradables.

Yo no digo nada.

—Pareces triste —dice bruscamente.

—No lo estoy —le respondo.

—Pues pareces triste —dice más tranquilamente en esta ocasión. Se toca el pelo, decolorado, otra vez rubio.

—Tú también —digo con la esperanza de que no siga hablando.

No dice nada más hasta que termina el tercer vaso de vino y se sirve el cuarto.

—¿Qué tal la fiesta?

—Bien.
—¿Cuánta gente había?
—Como cuarenta o cincuenta personas —digo encogiéndome de hombros.
Toma otro trago.
—¿A qué hora te fuiste?
—No me acuerdo.
—¿A la una? ¿A las dos?
—Más bien a la una.
—Oh. —Hace otra pausa y toma un nuevo trago.
—No estaba demasiado bien —digo, mirándola.
—¿Por qué? —pregunta curiosa.
—No estaba bien, así de sencillo —digo, y vuelvo a mirarme las manos.

Estoy con Trent en un tren amarillo que han instalado en Sunset. Trent fuma y bebe una Pepsi y yo miro por la ventanilla y me fijo en las luces de los faros de los coches que pasan. Esperamos a Julian, que ha quedado en traerle un gramo a Trent. Julian lleva un cuarto de hora de retraso y Trent está nervioso e impaciente y cuando le digo que debería hacer los trapicheos con Rip, como hago yo, y no con Julian, se limita a encogerse de hombros. Al final nos vamos y Trent dice que a lo mejor encontramos a Julian en el salón de máquinas recreativas de Westwood. No lo encontramos y Trent sugiere que vayamos a Fatburguer a comer algo. Dice que tiene hambre, que lleva mucho sin tomar nada, y menciona algo sobre ayunar. Pedimos la comida y la llevamos a una mesa. Pero no tengo demasiada hambre y Trent se fija en que no hay chiles en mi Fatburguer.

—Pero, ¿qué te pasa? ¡No puedes comer una Fatburguer sin chiles!

Pongo los ojos en blanco y enciendo un pitillo.

—¡Qué raro estás! Has pasado demasiado tiempo en esa jodida New Hampshire —murmura—. ¡Sin jodidos chiles!

No digo nada y veo que han pintado las paredes de un amarillo muy brillante, casi deslumbrante, que parece relucir con las luces fluorescentes. Joan Jett and the Blackhearts cantan en la sinfonola «Crimson and Clover». Miro las paredes y escucho la letra. *«Carmesí y verde, siempre y siempre…»* De pronto tengo sed, pero no quiero ir al mostrador y pedir algo porque la que atiende es una chica japonesa gorda y de cara triste y hay un guardia de seguridad apoyado contra otra de las paredes amarillas mirando con desconfianza a todo el mundo, y Trent sigue mirando mi Fatburguer con cara de asombro y hay un tipo de camisa roja y pelo largo encrespado que trata de topar la guitarra y tararear la letra de la canción en la mesa vecina a la nuestra y se pone a mover la cabeza al ritmo de la música y abre la boca. *«Carmesí y verde, siempre y siempre y siempre……Carmesí y ver-de…»*

Son las dos de la mañana y hace calor y estamos en una mesa del Edge y Trent se prueba mis gafas de sol y yo le digo que me quiero ir. Trent me contesta que nos iremos en seguida. La música de la pista de baile parece demasiado potente y me pongo tenso cada vez que la música se para y empieza otro tema. Me reclino contra la pared de ladrillo y veo a una pareja de chicos besándose en un rincón oscuro. Trent nota que estoy tenso y dice:

—¿Qué quieres que haga? ¿Quieres Torinal, verdad?

Acciona un aparato de chicles y saca uno. Yo no digo nada, me limito a mirar el aparato y luego Trent estira el cuello y dice:

—¿Esa chica es Muriel?

—No, ésa es negra.

—Oh… tienes razón.

Pausa.

—Ni siquiera es una chica.

Me extraña que Trent confunda a un chico negro, y no anoréxico, con Muriel, pero luego caigo en la cuenta de que el chico lleva un vestido de mujer. Miro a Trent y le vuelvo a decir que tengo que irme.

—Sí, tenemos que irnos —dice él—. Ya lo dijiste antes.

Conque me miro los zapatos y Trent encuentra algo que decir.

—Eres demasiado.

Yo me sigo mirando los zapatos.

—Mierda, Clay, a ver si encuentras a Blair. Vámonos.

No quiero pasar por la pista de baile, pero comprendo que para salir hay que atravesar la pista. Cerca de la puerta me encuentro con Daniel, que está hablando con una chica guapa de verdad y muy morena que lleva una camiseta sin mangas de Heaven y una minifalda blanca y negra, y le susurro que me marcho y Daniel me mira y dice:

—¿Y a mí que coño me importa?

Por fin le agarro de la manga y le digo que está demasiado borracho y él dice que no bromee. Besa a la chica en la mejilla y nos sigue a la puerta, donde Blair está hablando, allí de pie, con un tipo que va a la U.S.C.

—¿Ya os vais? —pregunta.

—Sí —digo, preguntándome dónde habrá estado.

Salimos a la noche calurosa y Blair pregunta:

—¿Lo estáis pasando bien?

No responde nadie y Blair baja la vista.

Trent y Daniel están junto al BMW de Trent y Trent saca de la guantera las notas de Cliff sobre *Mientras agonizo* y se las da a Blair. Nos despedimos y me aseguro de

que Daniel se meta en su coche. Trent dice que tal vez uno de nosotros debería llevar a Daniel a nuestra casa, pero luego está de acuerdo en que sería demasiado follón tener que llevarle a la suya mañana. Y yo llevo en coche a Blair a su casa de Beverly Hills y ella lleva las notas de Cliff y no dice nada hasta que intenta quitarse la marca de tampón de la mano y dice:

—Joder. Me gustaría que no tuvieran que ponerme un tampón negro en la mano. Nunca se quita.

Luego comenta que aunque me he pasado cuatro meses fuera, no la he llamado nunca. Le digo que lo siento y salgo del Hollywood Boulevard porque está demasiado iluminado y tomo por Sunset y luego sigo hasta su calle y luego cojo el camino que lleva a su casa. Nos besamos y me dice que he llevado el volante agarrado con mucha fuerza y me mira los puños y dice:

—Tienes las manos rojas. Luego se baja del coche.

Hemos estado de compras en Beverly Hills desde última hora de la mañana a primera de la tarde. Mi madre, mis hermanas y yo. Mi madre probablemente se ha pasado la mayor parte del tiempo en Neiman-Marcus, y mis hermanas han ido a Jerry Magnin y han cargado a la cuenta de mi padre lo que le han comprado a él y a mí, y luego van a MGA y a Camp Beverly Hills y a Privilege a comprarse algo para ellas. Yo me paso la mayor parte del tiempo en el bar de La Scala Boutique, aburrido, fumando, bebiendo vino tinto. Por fin aparece mi madre en su Mercedes, lo aparca delante de La Scala y me espera. Me levanto y dejo algo de dinero en el mostrador y subo al coche y reclino la cabeza en el apoya-cabezas.

—Esa chica sale con el mayor —está diciendo una de mis hermanas.

—¿Y dónde estudia él? —pregunta la otra, interesada.

—En Harvard.

—¿En qué curso está?

—En noveno. Un curso más que ella.

—Me dijeron que su casa estaba en venta —dice mi madre.

—Creo que está en venta, sí —murmura la mayor de mis hermanas, que creo tiene quince años, y luego las dos ríen en el asiento trasero.

Un camión cargado de videojuegos nos adelanta y a mis hermanas les entra una especie de frenesí.

—¡Sigue a esos videojuegos! —ordena una de ellas.

—Mamá, ¿crees que puedo pedirle a papá que me regale un Galaga por Navidad? —pregunta la otra, cepillándose su corto pelo rubio. Creo que tiene tres años.

—¿Qué es un Galaga? —pregunta mi madre.

—Un videojuego —responde una de ellas.

—Ya tienes un Atari —dice mi madre.

—Los Atari son muy baratos —dice mi hermana mientras le pasa el cepillo a la otra, que también tiene el pelo rubio.

—No lo sé —dice mi madre, ajustándose las gafas de sol y levantado el techo del coche—. Tengo que cenar con él esta noche.

—Es alentador —dice la mayor de mis hermanas sarcásticamente.

—¿Y dónde lo vamos a poner? —pregunta una de ellas.

—¿Poner el qué? —pregunta mi madre.

—¡El Galaga! ¡El Galaga! —gritan mis hermanas.

—En el cuarto de Clay, digo yo —responde mi madre.

Digo que no con la cabeza.

—¡Mierda! No puede ser —chilla una de ellas—. Clay no puede tener el Galaga en su cuarto. Siempre cierra su puerta con llave.

—Sí, Clay, eso me fastidia mucho —dice una de ellas con voz aguda.

—¿Por qué cierras tu puerta con llave, Clay?

No digo nada.

—¿Por qué cierras tu puerta con llave, Clay? —vuelve a preguntar una de ellas, no sé cual.

Sigo sin decir nada. Pienso en agarrar una de las bolsas de MGA o de Camp Beverly Hills o una caja de zapatos de Privilege y tirarla por la ventanilla.

—Mamá, dile que me conteste. ¿Por qué cierras la puerta con llave, Clay?

Me doy la vuelta.

—Porque vosotras dos me robasteis cinco gramos de cocaína la última vez que dejé la puerta abierta. Por eso.

Mis hermanas no dicen nada. De la radio surge «Enfermeras adolescentes en esclavitud» por un grupo que se llama Gatita Asesina, y mi madre pregunta si tenemos que oír aquello, y nadie dice nada hasta que se termina la canción. Cuando llegamos a casa, mi hermana menor me dice al pasar junto a la piscina:

—Eso es mentira. Puedo conseguirme mi propia cocaína.

El psiquiatra al que veo durante el mes que estoy de vuelta es joven y tiene barba y conduce un 450 SL y tiene una casa en Malibu. Me siento en su consulta de Westwood, que tiene las persianas bajadas. Sigo con las gafas de sol puestas, fumando un pitillo, sólo para molestarle, y a veces lloro. A veces le grito y él me grita a mí. Le cuento que tengo todas esas extrañas fantasías sexuales y su interés aumenta de modo notable. Empiezo a reírme sin motivo y luego me encuentro mal. A veces le miento. El me habla de su amante y de las reformas que está haciendo en su casa de Tahoe y yo cierro los ojos y enciendo otro pitillo, rechinando los dientes. A veces simplemente me levanto y me voy.

Estoy sentado en Du-par's de Studio City esperando a Blair y Alana y Kim. Me llamaron para decirme que fuera al cine con ellas, pero había tomado Valium y me dormí a primera hora de esa tarde y no hubiera podido llegar a tiempo de reunirme con ellas en el cine. Así que les dije que nos veríamos en el Du-par's. Estoy sentado ante una mesa junto a una ventana muy grande y pido un café a la camarera, pero no me lo trae y se pone a limpiar la mesa que hay junto a la mía y coge el pedido de otra mesa. Parece que lo que pasa es que no quiere traerme nada porque las manos me tiemblan de mala manera. Enciendo un pitillo y me fijo en un gran christmas desplegable que hay encima del mostrador principal. Un Santa Claus de plástico con luces de neón sostiene un caramelo de Styrofoam de un par de metros de largo. También hay todas esas cajas enormes verdes y rojas apoyadas contra él y me pregunto si habrá algo dentro de las cajas. Ojos enfocados de pronto en los ojos de un tipo negro y menudo de mirada intensa que lleva una camiseta de los estudios Universal y está sentado dos mesas más allá de la mía. Me está mirando y bajo la vista y doy una calada al pitillo. El tipo sigue mirándome y lo único que puedo pensar es que, o no me ve, o yo no me encuentro aquí. A la gente le da miedo mezclarse. *Me pregunto si estará en venta*.

De repente Blair me besa en la mejilla y se sienta. También lo hacen Alana y Kim. Blair me cuenta que a Muriel la han hospitalizado hoy debido a su anorexia.

—Se desmayó en clase de cine. La llevaron al Cedars-Sinai, que no es precisamente el hospital más cercano a la U.S.C. —dice Blair de una tirada, encendiendo un pitillo. Kim lleva unas gafas de sol color de rosa y también enciende uno y luego Alana le pide otro.

—¿Vendrás a la fiesta de Kim, Clay? ¿Vendrás, verdad? —pregunta Alana.

—Oh, sí, Clay. Tienes que ir —dice Kim.

—¿Cuándo es? —pregunto, sabiendo que Kim siempre celebra fiestas una vez a la semana o algo así.

—A fines de la semana que viene —me dice, aunque comprendo que a lo mejor quiere decir mañana.

—No sé con quién ir —dice Alana de repente—. Dios mío, no sé con quién demonios ir. —Hace una pausa—. Acabo de darme cuenta.

—¿Qué pasa con Cliff? ¿Por qué no vas con Cliff? —pregunta Blair.

—Con Cliff voy yo —dice Kim mirando a Blair.

—Muy bien —dice Blair.

—Bueno, pues si tú vas con Cliff, yo iré con Warren —dice Alana.

—Yo creía que quien salía con Warren eras tú —dice Kim a Blair.

Miro a Blair.

—Salía, pero ya no salgo con Warren —dice Blair.

—No salías con él. Follabas —dice Alana.

—Da lo mismo —dice Blair, ojeando la carta y lanzándome una mirada por encima de ésta.

—¿Te acostaste con Warren? —pregunta Kim a Alana.

Alana mira a Blair y luego a Kim y luego a mí y dice:

—No, no me acosté. —Vuelve a mirar a Blair y luego otra vez a Kim—. ¿Y tú?

—No, pero creo que Cliff se acostaba con Warren —dice Kim, confusa durante un momento.

—Tal vez sea verdad, pero yo creía que Cliff se acostaba con Didi Hellman —dice Blair.

—No, eso no es cierto. ¿Quién te lo dijo? —quiere saber Alana.

Durante un momento me doy cuenta de que yo mismo podría haberme acostado con Didi Hellman. Me doy cuenta asimismo de que también podría haberme acostado con Warren. No digo nada. Probablemente lo sepan ya.

—Te lo contó Didi —dice Blair—. ¿Fue ella la que te lo contó?

—No —dice Kim—. No me lo contó ella.

—A mí tampoco —dice Alana.

—Pues a mí sí me lo contó —dice Blair.

—¿Y qué sabe ella? Si vive en Calabasas, por el amor de Dios —gruñe Alana.

Blair piensa en esto durante un momento y luego dice lentamente, con toda tranquilidad:

—Si Cliff se acuesta con Didi, entonces debe de haberse acostado con… Raoul.

—¿Quién es Raoul? —preguntan Alana y Kim al mismo tiempo.

Abro la carta y hago como que la leo, preguntándome si me habré acostado con Raoul. El nombre me suena familiar.

—Didi tiene otro novio. Le gustan los tríos. Es ridícula —dice Blair cerrando su carta.

—Sí, Didi es muy ridícula —dice Alana.

—Ese Raoul es negro, ¿verdad? —pregunta Kim al cabo de un rato.

No, yo no me he acostado con Raoul.

—Sí. ¿Por qué?

—Porque creo que le conocí en una fiesta de The Roxy.

—Creía que le había liquidado una sobredosis.

—No, no. Es guapísimo. Creo que es el negro más guapo que he conocido jamás —dice Blair.

Alana y Kim asienten. Cierro mi carta.

—¿No es marica? —pregunta Kim, que parece interesada.

—¿Quién? ¿Cliff? —pregunta Blair.

—No. Raoul.

—Es bisexual —dice Blair. Y luego, insegura—: O eso creo.

—No creo que se haya acostado nunca con Didi —dice Alana.

—Bueno, en realidad yo tampoco —dice Blair.

—¿Entonces por qué sale con él?

—Cree que tener un novio negro es chic —dice Blair, aburrida de la conversación.

—¡Valiente estupidez! —dice Alana con una mueca de disgusto.

Dejan de hablar las tres y luego Kim dice:

—No tengo ni idea de si Cliff se ha acostado con Raoul.

—Cliff se ha acostado con todo el mundo —dice Alana y pone los ojos en blanco, y Kim y Blair se ríen. Blair me mira y trato de sonreír y luego llega la camarera y toma nota.

Como predije, la fiesta de Kim es esta noche. Sigo a Trent a la fiesta. Trent lleva corbata cuando aparece por mi casa y me dice que me ponga una, conque me pongo una roja. Cuando nos paramos en San Pietro a comer algo antes de la fiesta, Trent se ve reflejado en una de las ventanas y hace una mueca y se quita la corbata y me dice que me quite la mía, lo cual resulta de lo más adecuado, pues en la fiesta nadie la lleva.

En la casa de Holmby Hills charlo con un montón de gente que me habla de comprar chaquetas en Fred Segal y de sacar entradas para conciertos y oigo a Trent contarle a todo el mundo lo mucho que se divierte en el club en el que se ha inscrito en la U.C.L.A. También charlo con Pierce, un amigo del colegio, y me disculpo por no haberle llamado a mi vuelta y él me dice que no importa y que estoy pálido y que le han robado el BMW nuevo que su padre le regaló el día de la entrega de diplomas. Julian está en la fiesta y no parece andar tan jodido como dijo Alana: sigue moreno como siempre, el pelo rubio y corto, tal vez algo delgado, pero en cualquier caso con buen aspecto. Julian le dice a Trent que siente haberle dado plantón en el Carney’s la otra noche y que ha andado muy ocupado y yo estoy al lado de Trent, que acaba de terminar su tercer gin tonic, y le oigo decir: «Eres un jodido irresponsable», y me aparto preguntándome si debería preguntar a Julian qué quería cuando llamó y dejó el recado, pero cuando cruzamos la mirada y vamos a decirnos hola, aparta la vista y se dirige al cuarto de estar. Blair se me acerca bailando y canta «Do You Really Want to Hurt Me?», probablemente muy pasada pues en absoluto quería hacerle daño a nadie, y me dice que parezco contento y me da una caja envuelta en papel de Jerry Magnim y me susurra al oído: «Feliz Navidad, so zorro», y me besa.

Abro la caja. Es un pañuelo. Le doy las gracias y digo que es realmente bonito. Ella me dice que me lo pruebe para ver cómo me queda y yo digo que normalmente los pañuelos le quedan bien a todo el mundo. Pero Blair insiste y me pongo el pañuelo y ella sonríe y murmura: «Perfecto», y vuelve al bar por otra copa. Me quedo

solo con el pañuelo alrededor del cuello en una esquina del cuarto de estar y entonces localizo a Rip, el que me suele vender, y me tranquilizo al instante.

Rip lleva una especie de mono holgado que probablemente compró en Parachute, y un sombrero flexible negro muy caro, y Trent le pregunta a Rip, cuando éste se abre paso hacia mí, si se va a tirar en paracaídas.

—¿Qué? ¿Vas a tirarte en paracaídas? —repite Trent muerto de risa.

Rip se limita a mirar fijamente a Trent hasta que Trent deja de reír.

Julian vuelve a la habitación y voy a acercarme a él y decirle hola, pero Rip agarra el pañuelo que llevo alrededor del cuello y me arrastra hasta una habitación vacía. Observo que en la habitación no hay muebles y me pongo a preguntarme por qué; entonces Rip me da un golpecito en el hombro y dice riendo:

—¿Cómo te ha ido?

—Estupendamente —digo—. ¿Por qué no hay muebles aquí?

—Kim se traslada —dice—. Gracias por contestar a mi llamada, carapijo.

Sé que Rip no me ha llamado, pero digo:

—Lo siento, sólo llevo cuatro días resucitado y… no lo sé… Pero he andado buscándote.

—Bien, pues aquí estoy. ¿En qué te puedo ayudar?

—¿Qué tienes?

—¿A qué te has dedicado en ese sitio? —pregunta Rip, sin interés por responderme. Saca dos papelinas del bolsillo.

—Bueno, hice un curso de arte y un curso de literatura y un curso de música…

—¿Un curso de música? —me interrumpe Rip, pretendiendo estar interesado—. ¿Compusiste música?

—Bueno, sólo un poco. —Me saco la cartera del bolsillo trasero del pantalón.

—Oye, he escrito algunas letras. Ponles música. Ganaremos millones.

—¿Millones de qué?

—¿Vas a volver? —pregunta Rip sin perder comba.

No digo nada, me limito a mirar el medio gramo que ha puesto encima de un espejito de bolsillo.

—Deberías quedarte… y tocar… aquí, en Los Angeles —dice Rip riendo.

Enciende un pitillo. Hace cuatro grandes líneas con una cuchilla y luego me da un billete de veinte dólares enrollado y me inclino y esnifo una línea.

—¿Dónde? —pregunto, alzando la cabeza y sorbiendo ruidosamente por la nariz.

—¿Dónde va a ser? —dice Rip al tiempo de inclinarse—. En la facultad. Pareces tonto.

—Podría ser —digo mientras él agacha la cabeza y esnifa un par de líneas, largas y gruesas. Luego me da el billete enrollado y dice:

—Eso mismo supongo yo.

—Sí —le contesto encogiéndome de hombros y me vuelvo a inclinar sobre el espejo.

—Bonito pañuelo. Bonito de verdad. Parece que a Blair todavía le gustas.

—Eso parece —digo esnifando la otra línea.

—Conque eso parece, ¿eh? —dice Rip riendo.

Sonrío y me vuelvo a encoger de hombros.

—Es buena. ¿Qué tal un gramo?

—Aquí lo tienes, tío. —Me da una de las papelinas.

Yo le doy dos billetes de cincuenta y uno de veinte y él me devuelve uno de los de veinte y dice:

—Regalo de Navidad.

—Muchísimas gracias, Rip.

—Oye, creo que deberías volver —dice guardándose el dinero—. No hagas el tonto. No te conviertas en un vago.

—¿Cómo tú? —pregunto, y lamento haberlo dicho.

—Como yo, tío —dice Rip.

—No sé si me apetece volver allí —empiezo.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo que no te apetece volver?

—No lo sé. Aquí las cosas son distintas.

Rip se está poniendo inquieto y tengo la sensación de que le importa un carajo si me voy o me quedo.

—Oye, estás de vacaciones, ¿no? ¿Cuánto? ¿Un mes?

—Sí, cuatro semanas.

—Bueno, un mes. Piensa en ello.

—Lo haré.

Rip se acerca a la ventana.

—¿Ya no trabajas de pinchadiscos? —pregunto, encendiendo un pitillo.

—Ya no, tío. —Pasa el dedo por el espejo y se lo frota contra dientes y encías, luego se guarda el espejo en el bolsillo—. La cuestión es conseguir que las cosas sigan como están. Volveré a eso cuando me canse. El único problema es que me parece que no me voy a cansar nunca. —Se ríe—. Tengo un maravilloso ático en Wilshire. Es fantástico.

—¿De verdad?

—Sí. Déjate caer por allí.

—Lo haré.

Rip está sentado en el alféizar de la ventana y dice:

—Creo que Alana quiere follar conmigo. ¿A ti que te parece?

No digo nada. No lo entiendo, pues Rip no se parece en nada a David Bowie, no es zurdo y no vive en la Colony.

—Bueno, ¿me la follo o qué?

—No lo sé —digo—. ¿Y por qué no?

Rip se aparta del alféizar y dice:

—Oye, tienes que venir por mi apartamento. He conseguido el pirata de *Temple of Doom*. Me costó cuatrocientos dólares. No dejes de venir, tío.

—Claro, Rip. —Nos dirigimos a la puerta.

—¿Vendrás?

—¿Por qué no?

Cuando entramos en el cuarto de estar dos chicas a las que no recuerdo se me acercan y me dicen que las debería llamar y una de ellas me habla de una noche en The Roxy y le digo que ha habido muchas noches en The Roxy y ella sonríe y me dice que de todos modos la llame. No estoy seguro de tener el teléfono de la chica y justo cuando se lo voy a pedir, Alana se me acerca y me dice que Rip la ha estado molestado y que si puedo hacer algo. Le digo que no creo. Y cuando Alana se pone a hablar de Rip, veo que el compañero de cuarto de Rip está bailando con Blair junto al árbol de Navidad. Él le susurra algo al oído y los dos ríen y dicen sí con la cabeza.

También está ese tipo ya mayor con el pelo gris algo largo y jersey de Giorgio Armani y mocasines que pasa junto a Alana y yo y se pone a hablar con Rip. Uno de los chicos de la U.S.C. que estaba en la fiesta de Blair está también aquí y mira al viejo, unos cuarenta o cuarenta y cinco años, y luego se vuelve hacia una de las chicas que conocí en The Roxy y le hace una mueca. Se da cuenta de que le estoy mirando cuando hace eso y me sonríe y yo le devuelvo la sonrisa y Alana no calla y por suerte alguien sube el volumen de la música y Prince empieza a cantar. Alana me deja cuando se oye una canción que quiere bailar, y el tipo de la U.S.C., Griffin, se me acerca y me pregunta si quiero champán. Le digo que claro y él se dirige al bar y yo busco un cuarto de baño para hacerme una línea.

Tengo que pasar por el cuarto de Kim para llegar hasta él, pues el pestillo del cuarto de baño del piso de abajo está estropeado, y cuando llego a la puerta Trent se me acerca y dice:

—Usa el de abajo.

—¿Por qué?

—Porque Julian y Kim y Derf están follando ahí dentro.

—¿Ha venido Derf? —pregunto.

—Ven conmigo —dice Trent.

Sigo a Trent escaleras abajo y salimos de la casa y llegamos a su coche.

—Entra —dice.

Abro la puerta y me meto en el BMW.

—¿Qué quieres? —le pregunto cuando él ocupa el asiento del conductor.

Se mete la mano en un bolsillo y saca un frasquito.

—Un poco de co-ca-ína —dice con falso acento sureño.

No le digo que ya tengo y saca una cucharilla de oro y hunde la cucharilla en el polvo y luego se la lleva a la nariz. Lo repite cuatro veces. Luego pone en el estéreo del coche la misma cinta que sonaba en la fiesta y me pasa el frasquito y la cucharilla. Me doy los cuatro toques y los ojos se me llenan de lágrimas y trago saliva. Es una coca diferente de la de Rip y me pregunto si se la habrá pasado Julian. No es tan buena.

—¿Por qué no vamos a Palm Springs a pasar una semana?

—Sí, a Palm Springs, ¿por qué no? —le digo—. Oye, vuelvo adentro.

Dejo a Trent solo en el coche y vuelvo a la fiesta y me dirijo al bar donde Griffin tiene un par de copas de champán en la mano.

—Creo que es un poco insípido —dice.

—¿Qué?

—Dije que este champán es insípido.

—Ah —respondo, y me quedo callado y confuso durante un rato—. Es lo mismo.

Bebo y me sirve otra copa.

—Bueno, no está tan mal —dice después de terminar su copa y servirse otra—. ¿Quieres más?

—Claro. —Termino la segunda copa y me sirve la tercera—. Gracias.

—La chica con la que he venido se acaba de ir con ese tipo japonés con camiseta de los English Beat y pantalones blancos muy ajustados. ¿Sabes quién es?

—No.

—Es el peluquero de Kim.

—Tremendo —digo, terminando la copa de champán y mirando a Blair, que está en el otro extremo de la habitación. Nuestras miradas se cruzan y ella sonríe y hace una mueca. Yo le devuelvo la sonrisa. Griffin lo nota y dice en voz muy alta para imponerse al ruido de la música:

—Eres el chico que sale con Blair, ¿verdad?

—Bueno, solía salir con ella.

—Creía que todavía salías.

—A veces —digo sirviéndome otra copa de champán.

—Ella habla mucho de ti.

—¿De verdad? Bueno… —me patina la lengua.

No decimos nada durante largo rato.

—Me gusta tu pañuelo —dice Griffin.

—Gracias. —Termino la copa y me sirvo otra y me pregunto qué hora será y cuánto llevo aquí. La coca está dejando de hacer efecto y empiezo a sentirme un poco borracho.

Griffin respira profundamente y dice:

—Oye, ¿por qué no vienes a mi casa? Mis padres han ido a Roma a pasar las Navidades.

Alguien cambia la cinta y yo suspiro y miro la copa de champán que él tiene en la mano. Luego termino mi copa de un trago y digo que claro, ¿por qué no?

Griffin está junto a la ventana de su dormitorio mirando la piscina. Sólo lleva un par de pantalones cortos. Yo estoy sentado en el suelo con la espalda apoyada contra su cama, aburrido, sobrio, fumando un pitillo. Griffin me mira y lenta, desmañadamente se quita los pantalones y veo que tiene todo el cuerpo igual de moreno y me pongo a pensar por qué y casi me echo a reír.

Me despierto antes de que amanezca. Tengo la boca seca de verdad y duele despegar la lengua del paladar. Aprieto los ojos con fuerza tratando de volver a dormir, pero el reloj digital de la mesilla de noche dice que son las cuatro y media y sólo ahora me doy cuenta de dónde estoy.

Miro a Griffin, que está tumbado al otro lado de la enorme cama. No le quiero despertar, así que me levanto con el mayor cuidado posible y entro en el cuarto de baño y cierro la puerta. Hago pis y luego me miro, desnudo, en el espejo durante un momento, y luego me inclino sobre el lavabo y abro el grifo y me echo agua a la cara. Luego vuelvo a mirarme en el espejo, esta vez más tiempo. Vuelvo al dormitorio y me pongo los calzoncillos, asegurándome de que no son los de Griffin, luego echo una ojeada por la habitación y me asusto porque no consigo encontrar la ropa. Luego recuerdo que la cosa empezó en el cuarto de estar la noche pasada, y bajo la escalera de aquella enorme mansión cuidando de no hacer ruido y entro en el cuarto de estar. Encuentro la ropa y me visto rápidamente. Cuando me estoy poniendo los pantalones, una criada negra, con un vestido azul y rulos en el pelo, pasa por delante de la puerta y me mira durante un momento, con desenfado, como si encontrar a un chico, de dieciocho años o así, poniéndose el pantalón en medio del cuarto de estar a las cinco de la mañana no fuera nada raro. Se marcha y tengo problemas para encontrar la puerta principal. Después de encontrarla y dejar la casa, me digo que en realidad la noche anterior no ha sido tan mala. Subo al coche y abro la guantera y me hago una línea, lo justo para llegar a casa. Luego cruzo la puerta del jardín y cojo Sunset.

Pongo la radio muy alta. Las calles están totalmente vacías y voy muy deprisa. Llego a un semáforo en rojo, me tienta saltármelo, pero me detengo cuando veo un cartel que no recuerdo haber visto, y lo miro. Lo único que dice es: «Desaparezca aquí», y aunque probablemente sea un anuncio de algún hotel, me desconcierta un poco y piso el acelerador a fondo y los neumáticos chirrían cuando me alejo del semáforo. Llevo puestas las gafas de sol aunque afuera todavía no es de día y no aparto la vista del espejo retrovisor poseído por la extraña sensación de que alguien me está siguiendo. Llego a otro semáforo en rojo y entonces es cuando me doy cuenta

de que he olvidado el pañuelo que me regaló Blair en casa de Griffin.

Mi casa está en Mulholland y cuando aprieto el abridor de la puerta del jardín, miro hacia el Valle y contemplo el comienzo de un nuevo día, mi quinto día desde que volví, y luego cojo el camino circular y aparco el coche junto al de mi madre, que está aparcado junto a un Ferrari que no reconozco. Me quedo allí sentado escuchando el final de la letra de una canción y luego me bajo del coche y camino hacia la puerta delantera y saco la llave y abro. Subo a mi dormitorio y echo el pestillo y enciendo un pitillo y pongo la televisión y le quito el sonido y luego voy al armario y cojo un tubo de Valium que he escondido debajo de unos jerseys de cachemira. Después de mirar la pastilla con un agujero en el centro, decido que en realidad no la necesito y la vuelvo a guardar en el tubo. Me desvisto y miro el reloj digital, de la misma marca que el reloj digital que tiene Griffin, y caigo en la cuenta de que me quedan muy pocas horas de sueño antes de ver a mi padre para almorzar, conque me aseguro de que la alarma esta puesta, y me pongo a mirar intensamente la televisión, porque una vez oí que si uno mira la pantalla de la televisión durante bastante tiempo, se duerme.

La alarma se dispara a las once. En la radio suena una canción que se titula «Inseminación artificial» y espero a que termine para abrir los ojos y levantarme. El sol entra en la habitación por las rendijas de la persiana y cuando miro el espejo me da la impresión de que tengo una pinta espantosa. Entro en el cuarto de baño y me miro cara y cuerpo en el espejo: flexiono los músculos un par de veces, me pregunto si necesito cortarme el pelo y decido que lo que necesito es ponerme moreno. Me doy la vuelta y abro la papelina, también escondida debajo de los jerseys. Me preparo dos líneas de la coca que le compré a Rip la noche pasada y las esnifo y me encuentro mejor. Todavía llevo puestos los pantalones cortos del pijama cuando bajo la escalera. Aunque ya son las once, no creo que todavía se haya levantado nadie y me fijo en que la puerta de mi madre está cerrada, probablemente con pestillo. Salgo y me tiro a la piscina y hago veinte largos rápidos y luego salgo, secándome mientras me dirijo a la cocina. Cojo una naranja de la nevera y la pelo mientras subo la escalera. Como la naranja antes de meterme en la ducha y me doy cuenta de que no tengo tiempo de hacer pesas. Después vuelvo a mi habitación y pongo muy alta la cadena de vídeos musicales y me preparo otra línea y luego me dirijo al encuentro de mi padre para almorzar.

No me gusta conducir por Wilshire a la hora del almuerzo. Siempre hay demasiados coches y viejos y criadas esperando el autobús y termino por apartar la

vista y fumar demasiado y poner la radio a todo volumen. Precisamente ahora no se mueve nada aunque los semáforos están en verde. Mientras espero dentro del coche, miro a la gente de los coches vecinos al mío. Siempre que estoy en Wilshire o Sunset durante la hora del almuerzo trato de establecer contacto visual con el conductor del coche que tengo más cerca, atrapado por el tráfico. Cuando esto no sucede, y habitualmente no sucede, me vuelvo a poner las gafas de sol y avanzo lentamente con el coche. Cuando entro en Sunset paso junto al cartel que vi esta misma mañana y que dice: «Desaparezca aquí», y luego aparto la vista y trato de quitarme la frase de la mente.

La oficina de mi padre está en Century City. Le espero en la enorme sala de recepción de muebles muy caros y me enrollo con las secretarias, flirteando con la rubia tan guapa. No me molesta que mi padre me haga esperar durante media hora mientras está reunido y que luego me pregunte por qué llego tarde. De hecho hoy no me apetece almorzar por ahí y preferiría ir a la playa o quedarme en la piscina, pero resultó muy agradable y asiento sin parar y hago como que escucho todas las preguntas que me hace sobre la universidad y le contesto con toda sinceridad. Y ni siquiera me sorprende que camino de Ma Maison ponga una cinta de Bob Seger, como si se tratara de un extraño gesto de comunicación. Tampoco me molesta que durante el almuerzo mi padre hable con un montón de hombres de negocios, ejecutivos de la industria cinematográfica que se paran junto a nuestra mesa y a quienes me presenta sólo como «mi hijo» y los ejecutivos empiezan a parecer unos iguales que otros y yo empiezo a lamentar no haber traído el resto de la coca.

Mi padre parece en bastante buena forma si uno no lo mira demasiado tiempo. Está muy moreno y le han hecho un trasplante de cabello en Palm Springs, hace dos semanas, y tiene una gran mata de pelo arrubiado. También se ha hecho la cirugía estética en la cara. Fui al Cedars-Sinai cuando se la hicieron y recuerdo haberle visto con toda la cara vendada.

—¿Por qué no pides lo de siempre? —le pregunto, interesado de verdad, después de encargar los platos.

Sonríe y dice:

—Los especialistas en nutrición no me lo permiten.

—¡Ah!

—¿Cómo está tu madre? —pregunta.

—Está bien.

—Pero, ¿está bien de verdad?

—Sí, está bien de verdad. —Por un momento tengo la tentación de hablarle del Ferrari aparcado junto a casa.

—¿Estás seguro?

—No creo que haya nada de qué preocuparse.

—Estupendo. —Hace una pausa—. ¿Todavía ve al doctor Crain?

—Bueno…

—Estupendo.

Otra pausa. Otro ejecutivo se detiene junto a nuestra mesa, luego se va.

—Bueno, Clay, ¿qué quieres por Navidad?

—Nada —digo al cabo de un rato.

—¿Quieres que te renueve la suscripción a *Variety*? —Ya la he renovado.

Otra pausa.

—¿Necesitas dinero?

—No —le digo, sabiendo que luego me lo dará, tal vez al salir de Ma Maison o camino de su despacho.

—Pareces delgado —dice.

—Bueno…

—Y pálido.

—Son las drogas —murmuro.

—No me gusta que digas eso.

Le miro y digo:

—He engordado dos kilos desde que he vuelto a casa. —¡Oh! —dice, y se sirve un vaso de vino blanco. Luego se nos acercan otros ejecutivos. Después de despedirse, mi padre se vuelve y pregunta:

—¿Quieres ir a Palm Springs por Navidad?

Un día, hacia el final de mi último año, no fui al colegio. En vez de eso me dirigí a Palm Springs en coche. Iba solo y oía un montón de cintas antiguas que me solían gustar pero que ya no me gustaban tanto y me paré en un McDonald's de Sunland a tomar una Coca-cola y luego entré en el desierto y aparqué frente a la casa vieja. La nueva que había comprado la familia no me gustaba; bueno, no estaba mal, pero no era como la vieja. La casa vieja estaba desamueblada y por fuera parecía sucia y en ruinas y había hierbajos y una antena de televisión había caído del tejado y botes vacíos estaban dispersos por lo que había sido el jardín delantero. La piscina estaba vacía y me asaltaron todos esos recuerdos y tuve que sentarme con mi uniforme del colegio en la escalera de la piscina vacía y lloré. Recordaba todos los viernes por la noche en que llegábamos y los domingos por la noche en que nos íbamos y tardes pasadas jugando a las cartas junto a la piscina con mi abuela. Pero estos recuerdos parecían desvanecerse comparados con los botes vacíos dispersos por la hierba seca y las ventanas, todas ellas rotas. Mi tía había intentado vender la casa, pero supongo que se puso sentimental y terminó por no venderla. Mi padre quería venderla y se enfadó de verdad porque nadie lo hiciera. Pero se olvidaron del asunto y la casa

nunca llegó a venderse. Aquel día no fui a Palm Springs a dar un paseo y ver la casa. Tampoco fui porque quisiera hacer novillos o algo por el estilo. Supongo que fui porque quería recordar cómo eran las cosas entonces. Pero no estoy seguro.

De vuelta a casa después de comer, me paro en el Cedars-Sinai para hacerle una visita a Muriel, pues Blair me había dicho que quería verme. Está pálida de verdad y tan delgada que puedo distinguir las venas de su cuello con demasiada claridad. Tiene también profundas ojeras y la pintura de labios color de rosa contrasta desagradablemente con la pálida piel blanca de su cara. Está viendo un programa de gimnasia en la televisión y sobre su cama hay varios números de *Glamour* y *Vogue* e *Interview*. Las cortinas están corridas y me pide que las abra. Después de hacerlo, se pone unas gafas de sol y me dice que tiene mono de nicotina y que «se está muriendo» por un pitillo. Le digo que no tengo tabaco y ella se encoge de hombros y sube el volumen de la televisión y se ríe de la gente que hace gimnasia. No habla mucho, lo que me parece muy bien pues yo tampoco tengo mucho que decirle.

Dejo el aparcamiento del Cedars-Sinai y hago un par de giros equivocados y termino en Santa Monica. Suspiro, pongo la radio, unas niñas cantan algo sobre un terremoto en Los Angeles: *«Mi tabla de surf está preparada para la marea gigante.»* Un coche se para junto al mío en el siguiente semáforo y vuelvo la cabeza para ver quién va dentro. Dos chicos en un Fiat y los dos tienen el pelo corto y poblado bigote y llevan camisas de cuadros de manga corta y chaquetas caqui y uno me mira con una mirada de absoluta sorpresa e incredulidad y le dice algo a su amigo y ahora los dos me miran. *«Muá, muá, cogido está.»* El conductor baja la ventanilla y me pongo tenso y me pregunta algo, pero tengo el cristal subido y el techo levantado y no contesto a su pregunta. Pero el conductor vuelve a preguntarme que si soy un determinado actor. *«Ahora formo parte de las ruinas»*, cantan las chicas de la radio. La luz se pone verde y me alejo, pero voy por el carril izquierdo y es viernes por la tarde, casi las cinco, y el tráfico está mal, y cuando llego a otro semáforo en rojo, el Fiat está otra vez a mi lado, y las dos locas se ríen y me hacen gestos y me vuelven a hacer la misma jodida pregunta una y otra vez. Por fin hago un giro prohibido a la izquierda y salgo a una calle lateral, donde aparco y apago la radio y enciendo un pitillo.

Se suponía que Rip debía encontrarse conmigo en el Café Casino de Westwood, y sin embargo, todavía no ha aparecido. En Westwood no hay nada que hacer. Hace demasiado calor para dar una vuelta y he visto todas las películas, algunas hasta dos veces, así que me siento bajo las sombrillas del Café Casino y tomo agua Perrier y mosto y miro cómo pasan los coches bajo el sol. Enciendo un pitillo y miro la botella

de Perrier. Dos chicas, de dieciséis o diecisiete años, las dos con el pelo corto, están sentadas en la mesa junto a la mía y me pongo a mirarlas y las dos empiezan a flirtear conmigo; una pela una naranja y la otra toma café exprés. La que pela la naranja le pregunta a la otra si debería hacerse una mecha color castaño en el pelo. La chica que toma café le dice que no. La otra chica le habla de otros colores, como antracita. La chica toma otro sorbo de café y piensa un rato en eso y luego le dice que no, que debería ser roja, y si no era roja, pues violeta, pero en absoluto castaño o antracita. La miro y ella me mira y luego miro la botella de Perrier. La chica que toma café hace una pausa de un par de segundos y luego pregunta:

—¿Qué es la antracita?

Un Porsche negro con los cristales oscuros se detiene delante del Café Casino y Julian se apea. Me ve y, aunque parece como que no quisiera hacerlo, se acerca. Me pone la mano en el hombro y le estrecho la otra mano.

—Julian —le digo—. ¿Qué es de tu vida?

—Hola, Clay —dice—. ¿Cómo te van las cosas? ¿Cuánto hace que has vuelto?

—Sólo cinco días —le digo—. Sólo cinco días.

—¿Qué haces? —me pregunta—. ¿Pasa algo?

—Estoy esperando a Rip.

Julian parece cansado de verdad y como débil, pero le digo que está estupendo y él dice que yo también, aunque necesite ponerme un poco moreno.

—Oye —empieza—. Siento no haber acudido a la cita contigo y Trent en el Carney's la otra noche. He andado muy liado estos últimos cuatro días, y bueno… pues me olvidé… ni siquiera he aparecido por casa… —se da una palmada en la frente—. Joder, tío, mi madre debe de estar desquiciada —se calla un momento. No sonríe—. Estoy cansado de tratar con la gente —mira más allá de mí—. ¡Vaya! ¡Mierda!

Miro hacia el Porsche negro y trato de distinguir algo por las ventanillas oscuras y me pregunto si hay alguien más en el coche. Julian empieza a jugar con las llaves.

—¿Quieres algo, tío? —pregunta—. Quiero decir que me sigues cayendo bien y que si necesitas algo no dejes de venir a verme. ¿De acuerdo?

—Gracias. No necesito nada, de verdad. —Callo y me siento triste—. Julian, ¿por dónde has andado? Tenemos que vernos solos. Hace mucho que no te veo. —Me interrumpo—. Te he echado de menos.

Julian deja de jugar con las llaves y aparta la vista.

—Todo me ha ido muy bien. ¿Qué tal en…? ¡Ooh, mierda!… ¿Dónde estabas? ¿En Vermont?

—No, en New Hampshire.

—Claro, claro. ¿Y qué tal?

—Muy bien. Me dijeron que habías dejado la U.S.C.

—Bueno, sí. No lo podía aguantar. Era una mierda. A lo mejor el año que viene… ya sabes.

—Sí —digo—. ¿Has hablado con Trent?

—Mira, tío, ya le veré cuando quiera verle.

Hay una pausa, esta vez más larga.

—¿Qué ha sido de tu vida?

—Bueno, he andado por ahí. He estado en un concierto de Tom Petty en el… Forum. Cantó esa canción. Bueno, ya sabes, esa canción que siempre solíamos oír… —Julian cierra los ojos y trata de recordar la canción—. ¡Oh, mierda! Ya sabes… —Se pone a tararear el tema y luego canta la letra—: *Rumbo a la oscuridad, vamos rumbo a la oscuridad, más allá de ese límite, sí, rumbo a la oscuridad, rumbo a la noche…*

Las dos chicas nos miran. Yo miro la botella de Perrier, un poco incómodo, y digo:

—Sí, ya me acuerdo.

—Me gusta esa canción.

—Sí, también a mí —digo—. ¿Y qué más has hecho?

—Nada bueno —ríe—. Bueno, no lo sé. He andado por ahí, ya sabes.

—Me llamaste y dejaste un recado, ¿verdad?

—Bueno, sí.

—¿Qué querías?

—Olvídalo. No era nada importante.

—Venga, hombre. ¿Qué era?

—Te digo que lo olvides, Clay.

Se quita las gafas de sol y parpadea y sus ojos parecen mortecinos, y lo único que se me ocurre decir es:

—¿Qué tal estuvo el concierto?

—¿Qué? —Se pone a morderse las uñas.

—El concierto. ¿Qué tal estuvo?

Mira hacia otra parte. Las dos chicas se levantan y se van.

—Una porquería, tío. Una auténtica porquería de mierda —dice al fin, luego se marcha—. Hasta la vista.

—Hasta la vista, sí —digo, y vuelvo a mirar el Porsche y tengo la sensación de que hay alguien dentro.

Rip no aparece por el Café Casino y me llama más tarde, hacia las tres, y me dice que vaya a su apartamento de Wilshire. Spin, el que vive con él, está tomando el sol desnudo en la terraza y Devo suena en el estéreo. Entro en el dormitorio de Rip y todavía está en la cama, desnudo, y hay un espejo en la mesilla de noche, junto a la

cama, y se prepara una línea de coca. Y me dice que me acerque y me siente y mire por la ventana. Me acerco a la ventana y me dice que si quiero coca y le digo que no creo, al menos ahora.

Un chico muy joven, probablemente de dieciséis años, tal vez quince, moreno de verdad, sale del cuarto de baño y se sube la cremallera de los vaqueros y se pone el cinturón. Se sienta en el borde de la cama y se calza unas botas que parecen demasiado grandes para él. El chico tiene el pelo rubio, muy corto y brillante, y una camiseta de Fear y una muñequera de piel negra con remaches. Rip no le dice nada y yo hago como si el chico no estuviera. Se pone de pie y mira a Rip y se marcha.

Desde donde estoy sentado, observo que Spin se levanta y se dirige a la cocina, todavía desnudo, y se pone a exprimir uvas en un gran vaso de cristal. Llama a Rip desde la cocina.

—¿Hiciste las reservas en el Monton's?

—Sí, pequeño —le contesta Rip, antes de esnifar la coca.

Empiezo a preguntarme por qué me habrá dicho Rip que viniera aquí en vez de vernos en cualquier otro sitio. Hay un viejo póster enmarcado de The Beach Boys colgado encima de la cama de Rip y lo miró tratando de recordar cuál es el que ha muerto, mientras Rip prepara tres líneas más. Rip echa la cabeza hacia atrás y después esnifa ruidosamente las líneas. Luego me mira y quiere saber qué estaba haciendo en el Café Casino de Westwood cuando él recuerda con claridad que me había dicho que nos veríamos en el Café Casino de Beverly Hills. Le digo que estoy completamente seguro de que había dicho el Café Casino de Westwood.

—No, estoy seguro de que no —dice Rip—. De todos modos, da lo mismo.

—Sí, eso parece.

—¿Cuánto quieres?

Saco la cartera y tengo la sensación de que Rip tampoco apareció por el Café Casino de Beverly Hills.

Trent habla por teléfono en su habitación tratando de conseguir algo de coca de un traficante que vive en Malibu, pues no ha logrado contactar con Julian. Después de hablar unos veinte minutos con el tipo cuelga el teléfono y me mira. Me encojo de hombros y enciendo un pitillo. El teléfono suena y Trent sigue diciéndome que va a ir conmigo a Westwood a ver una película, cualquier película, pues el viernes estrenan algo así como nueve películas. Trent suspira y luego descuelga el teléfono. Es el nuevo traficante. La llamada no es buena. Trent cuelga y digo que a lo mejor podríamos ir a la sesión de las cuatro. Trent me dice que a lo mejor prefiero ir con Daniel o Rip o alguno de mis «amigos maricones».

—Daniel no es maricón —digo, aburrido, cambiando el canal de la televisión.

—Todo el mundo cree que lo es.

—¿Quién, por ejemplo?

—Blair.

—Bueno, pues no lo es.

—Trata de decírselo a Blair.

—Ya no salgo con Blair. La cosa se ha terminado, Trent —le digo, tratando de dar la impresión de seguridad.

—No me parece que ella piense lo mismo —dice Trent, tumbándose en la cama y mirando al techo.

Por fin le pregunto:

—¿Por qué te interesa eso?

—Probablemente no me interese.

Trent cambia de tema y me dice que debería ir con él a una fiesta que da alguien a un nuevo grupo en The Roxy. Le pregunto quién la da y me dice que no está seguro.

—¿Y de qué grupo se trata?

—Un grupo nuevo.

—¿Qué grupo nuevo?

—No lo sé, Clay.

El perro se pone a ladrar en el piso de abajo.

—A lo mejor —le digo—, Daniel da una fiesta esta noche.

—¡Estupendo! —dice sarcásticamente—. Una fiesta de maricones.

—¡Que te den por el culo! —digo.

El teléfono vuelve a sonar.

—¡No quiero tu jodida coca! —grita Trent al teléfono después de sentarse. Se calla un momento y luego dice—: Bien, ahora mismo bajo. —Cuelga el teléfono y me mira.

—¿Quién era?

—Mi madre. Llama desde el piso de abajo.

Bajamos la escalera. La criada está sentada en el cuarto de estar, con expresión de aturdimiento, viendo la cadenas de vídeos musicales. Trent me cuenta que no le gusta limpiar la casa cuando hay alguien en ella.

—De todos modos siempre anda piradísima. Mi madre se siente culpable porque a su familia la mataron en El Salvador, pero supongo que la echará antes o después.

Trent se dirige hacia la criada y ella parece nerviosa y sonríe. Trent hace esfuerzos por hablarle en español pero no consigue comunicarse con ella. Se limita a mirarle sin expresión y trata de asentir y sonríe. Trent se vuelve hacia mí y dice:

—Sin duda ha fumado otra vez.

En la cocina la madre de Trent está fumando un pitillo y terminando un Tab antes de ir a un desfile de modelos en Century City. Trent saca una botella de zumo de naranja de la nevera y se sirve un vaso y me pregunta si quiero otro. Le digo que no.

Mira a su madre y toma un trago. Nadie dice nada durante algo así como un par de minutos, hasta que al fin la madre de Trent dice:

—Adiós.

Trent no dice nada excepto:

—Clay, ¿quieres ir a The Roxy esta noche o qué?

—No creo —le respondo, preguntándome qué querría su madre.

—¿No vendrás?

—No, creo que iré a la fiesta de Daniel.

—Estupendo —dice.

Voy a preguntarle si quiere ir al cine, pero el teléfono suena en el piso de arriba y Trent corre a la cocina a contestar. Yo vuelvo al cuarto de estar y miro por la ventana y veo que la madre de Trent sube a su coche y se aleja. La criada de El Salvador se pone de pie y se dirige lentamente al cuarto de baño y la oigo reír, luego vomitar y luego reírse otra vez. Trent viene al cuarto de estar con aspecto de fastidio y se sienta delante de la televisión; la llamada telefónica seguramente no ha ido bien.

—Creo que tu muchacha está enferma o algo así —le digo.

Trent mira hacia el cuarto de baño y dice:

—Debe de haberse pasado otra vez.

Me siento en otra butaca.

—Eso parece.

—Mi madre la va a echar en seguida.

Toma un sorbo de naranjada y mira los vídeos musicales.

Yo miro por la ventana.

—No me apetece hacer nada —dice finalmente.

Yo decido que tampoco quiero ir al cine y me pregunto con quién iré a la fiesta de Daniel. Quizá con Blair.

—¿Te apetece ver *Alien*? —pregunta Trent con los ojos cerrados y los pies en la mesa de cristal—. Bao la dejará patas arriba.

Decido llevar a Blair a la fiesta de Daniel. Voy en coche a su casa de Beverly Hills y lleva puesto un sombrero color de rosa, una minifalda azul y guantes amarillos y gafas de sol y me cuenta que hoy mismo en Fred Segal alguien le ha dicho si quería formar parte de un grupo. Y habla de formar uno, tal vez algo en plan New Wave. Sonrío y digo que parece una buena idea, sin estar seguro de si no lo dice sarcásticamente, y aprieto el volante con un poco más de fuerza.

No conozco a casi nadie de la fiesta y al final encuentro a Daniel sentado, borracho y solo, junto a la piscina. Lleva unos vaqueros negros y una camiseta blanca de los Specials y gafas de sol. Me siento junto a él mientras Blair trae unas copas. No estoy seguro de si Daniel mira el agua o está totalmente ido, pero al final habla y

dice:

—Hola, Clay.

—Hola, Daniel.

—¿Lo estás pasando bien? —me pregunta muy despacio, volviendo la cara hacia mí.

—Acabo de llegar.

—Claro. —Se queda callado durante un minuto—. ¿Con quién has venido?

—Con Blair. Ha ido por unas copas. —Me quito las gafas de sol y miro su mano vendada—. Me parece que cree que somos amantes.

Daniel sigue con las gafas de sol puestas y asiente y no sonríe.

Me vuelvo a poner las gafas.

Daniel se vuelve hacia la piscina.

—¿Dónde están tus padres? —pregunto.

—¿Mis padres?

—Sí.

—En Japón, creo.

—¿A qué fueron allí?

—De compras.

Asiento.

—Pero a lo mejor están en Aspen —dice—. No creo que importe.

Blair llega con un gin tonic en una mano y una cerveza en la otra y me da la cerveza y enciende un pitillo y dice:

—No hables con ese tipo de azul y camisa de polo roja. Es un confidente. —Y luego añade—: ¿Llevo las gafas ladeadas?

—No —le digo, y ella sonríe y luego pone la mano en mi pierna y me susurra al oído—: No conozco a nadie. Vámonos de aquí. Ahora —mira a Daniel—. ¿Está vivo?

—No lo sé.

—¿Qué pasa? —Daniel se vuelve y nos mira—. Hola, Blair.

—Hola, Daniel —dice Blair.

—Nos vamos —le digo, algo excitado por las palabras de Blair y la mano enguantada en mi muslo.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Bueno, porque… —me vacila la voz.

—Pero si acabáis de llegar.

—Pero tenemos que irnos, de verdad. —No quiero quedarme más tiempo y la posibilidad de ir a casa de Blair me parece una buena idea.

—Quedaos un poco más —Daniel trata de levantarse de la tumbona pero no puede.

—¿Por qué?

Esto le confunde, supongo, porque no dice nada.

Blair me mira.

—Bueno… para estar conmigo.

—Blair no se encuentra bien —le digo.

—Además me gustaría que conocieras a Carleton y a Cecil. Ya tenían que estar aquí pero su limusina se estropeó en Palisades y… —Daniel suspira y vuelve a mirar la piscina.

—Lo siento, tío —digo, levantándome—. Comeremos juntos.

—Carleton va al AFI.

—Bueno, Blair no puede… Tiene que irse. Ahora mismo.

Blair asiente con la cabeza y tose.

—A lo mejor vuelvo después —le digo, sintiéndome culpable por irme tan pronto; sintiéndome culpable por ir a casa de Blair.

—No lo harás —dice Daniel, y vuelve a suspirar.

Blair se está poniendo nerviosa de verdad y me dice:

—Oye, no me seduce la idea de pasar toda la jodida noche discutiendo. Vámonos, Clay. —Termina lo que le queda del gin tonic.

—Bueno, Daniel, nos vamos —digo—. Adiós.

Daniel dice que me llamará mañana.

—Podemos comer o algo así.

—Estupendo —digo, sin ningún entusiasmo—. Comeremos juntos.

Una vez en el coche Blair dice:

—Vámonos de aquí. Rápido.

Pienso para mí mismo: «¿Por qué no lo dices?».

—¿A dónde vamos?

Duda y dice el nombre de un club.

—Olvidé la cartera en casa —miento.

—Siempre me dejan entrar —dice, sabiendo que mentía.

—La verdad es que no quiero ir.

Sube el volumen de la radio y tararea la canción durante unos instantes y yo pienso que debería ir a su casa. Sigo conduciendo, sin saber a donde ir. Nos paramos en un café de Beverly Hills y después, cuando volvemos al coche, pregunto:

—¿Dónde quieres que vayamos, Blair?

—Quiero ir a… —Hace una pausa—. A mi casa.

Estoy tumbado en la cama de Blair. En el suelo y a los pies de la cama están todos esos animales de peluche y cuando me doy vuelta noto algo duro y cubierto de pelo, y de debajo de mí saco un gato negro de peluche. Lo dejo en el suelo y luego me levanto y me ducho. Después de secarme el pelo con una toalla, me sujeto la toalla

alrededor de la cintura y vuelvo a la habitación, empezando a vestirme. Blair está fumando un pitillo y viendo vídeos musicales con el sonido muy bajo.

—¿Me llamarás antes de Navidad? —pregunta.

—Es posible. —Me pongo la chaqueta, preguntándome por qué vine aquí en primer lugar.

—Todavía tienes mi número, ¿verdad? —Coge un bloc y se pone a escribir en él.

—Sí, Blair, tengo tu número. Estaremos en contacto.

Me abrocho los vaqueros y me vuelvo para irme.

—¿Clay?

—Sí, Blair.

—Si no nos vemos antes de Navidad… —Se calla—. Bueno, que tengas una Navidad muy feliz.

La miro un momento.

—Y tú también.

Coge el gato de peluche y le acaricia la cabeza.

Abro la puerta y me dispongo a cerrarla.

—¿Clay? —susurra Blair.

Me vuelvo y digo:

—Qué.

—Nada.

Hace mucho que no ha llovido en la ciudad y Blair me llama y dice que podríamos ir juntos al club de la playa. Estoy demasiado cansado o pasado para levantarme y salir y sentarme al sol bajo las sombrillas del club de la playa con Blair. Así que decidimos ir a Pájaro Dunes, en Monterrey, donde hacía más fresco y el mar resplandecía y estaba verde y mis padres tenían una casa en la playa. Fuimos en mi coche y nos instalamos en el dormitorio principal, y luego fuimos al pueblo y compramos comida y pitillos y velas. En el pueblo no había demasiado que hacer; había una vieja sala de cine que necesitaba una mano de pintura y gaviotas y muelles en ruinas y pescadores mejicanos que le silbaron a Blair y una vieja iglesia de la que Blair sacó fotos pero en la que no entró. Encontramos una caja de botellas de champán en el garaje y nos las bebimos todas antes de que terminara la semana. Solíamos abrir una botella a última hora de la mañana después de dar un paseo por la playa. A primera hora de la tarde hacíamos el amor, por lo general en el cuarto de estar, y si no lo hacíamos en el suelo del dormitorio principal, y luego bajábamos las persianas y encendíamos las velas que habíamos comprado en el pueblo y observábamos cómo se movían nuestras sombras en las blancas paredes.

La casa era vieja y estaba estropeada y tenía un patio y una pista de tenis, pero no jugábamos al tenis. En lugar de eso, andábamos por la casa de noche y oíamos

discos antiguos que entonces me solían gustar y nos sentábamos en el patio y bebíamos lo que quedaba de champán. No me gustaba demasiado la casa y a veces de noche tenía que salir afuera porque no podía soportar el blanco de las paredes y el negro de los azulejos de la cocina. Paseaba por la playa de noche y a veces me sentaba en la arena húmeda y fumaba un pitillo y miraba la casa con las luces encendidas y veía que en el cuarto de estar Blair hablaba por teléfono con alguien que estaba en Palm Springs. Cuando entraba los dos estábamos borrachos y Blair en ocasiones sugería que fuéramos a bañarnos, pero hacía frío y estaba oscuro, así que nos sentábamos en el pequeño jacuzzi que había en medio del patio y hacíamos el amor.

Durante el día me siento en el cuarto de estar y trato de Leer el San Francisco Chronicle *y ella pasea por la playa y coge conchas. Nos acostamos poco antes de amanecer y despertamos a media tarde y entonces abrimos otra botella. Un día cogimos el descapotable y fuimos a una zona apartada de la playa. Tomamos caviar y una mezcla que había preparado Blair con cebolla y huevo y queso, y compramos aquellas galletas de canela que tanto le gustaban a Blair, y seis latas de Tab, pues eso y champán era lo único que podía beber Blair, y corrimos por la orilla desierta o tratamos de nadar entre las fuertes olas.*

Pero en seguida me sentí desorientado y comprendí que había bebido demasiado, y cada vez que Blair decía algo, me sorprendía cerrando los ojos y suspirando. El agua se enfrió y la arena se puso húmeda, y Blair se sentó en el porche que daba al mar y trataba de distinguir los barcos entre la niebla de la tarde. Luego, a través del cristal de la ventana del cuarto de estar, vi que estaba haciendo solitarios, y seguí oyendo los barcos, y Blair se sirvió otra copa de champán y todo aquello me inquietaba.

Pronto se nos terminó el champán y abrí el armarito de las bebidas. Blair se puso muy morena y yo también, y hacia el final de la semana lo único que hacíamos era ver la televisión, aunque la recepción no era demasiado buena, y beber bourbon, y Blair hacía dibujos circulares con las conchas en el suelo del cuarto de estar. Cuando Blair, una noche en que estábamos en los extremos opuestos del cuarto de estar, murmuró: «Deberíamos de haber ido a Palm Springs» comprendí que era hora de irnos.

Después de dejar a Blair conduzco Wilshire abajo y luego sigo por Santa Monica y luego por Sunset y cojo Beverly Glen hasta Mulholland, y luego de Mulholland a Sepulveda y luego de Sepulveda a Ventura y luego atravieso Sherman Oaks hasta Encino y luego llego a Tarzana y luego a Woodland Hills. Me paro en un Sambo’s que está abierto toda la noche y me siento ante una mesa muy grande y el viento ha empezado a soplar con tanta fuerza que las ventanas vibran y el ruido que hacen a

punto de romperse llena el café. Hay dos chicos en una mesa cercana a la mía, los dos vestidos de negro y el de la chapa de Billy Idol en la solapa da golpecitos con la mano en la mesa como si tratara de llevar el ritmo. Pero le tiembla la mano y pierde el compás y muchas veces la mano no pega en la mesa. La camarera se acerca y les da la cuenta y dice gracias y el de la chapa de Billy Idol coge la cuenta y la mira.

—¡Por el amor de Dios! ¿Es que no sabes sumar?

—Creo que está bien —dice la camarera un poco nerviosa.

—¿De verdad? —suelta el tipo.

Tengo la sensación de que va a pasar algo desagradable, pero el otro dice:

—Es igual. —Y luego—: Odio este jodido valle. —Y saca uno de diez dólares del bolsillo.

Su amigo se levanta, eructa, y murmura lo bastante alto para que ella le oiga:

—Jodidos habitantes del valle. Vamos a terminar la noche a la Galleria o donde demonios sea.

Luego salen del café y se pierden en el viento.

Cuando la camarera se me acerca para ver lo que quiero, parece que tiembla de verdad.

—Anfetamínicos de mierda. He estado en otros sitios del Valle donde no se hubieran atrevido —me dice.

Camino de casa me paro en un quiosco y compro una revista porno con dos chicas con látigos en la mano en la foto de la cubierta. Me quedo muy quieto y la calle está vacía y en silencio, y puede oírse el ruido de periódicos y revistas agitadas por el viento mientras el quiosquero anda poniendo piedras encima de los montones para que no se vuelen. También puedo oír los aullidos de los coyotes y los ladridos de los perros y las palmeras que mueve el viento arriba en las colinas. Vuelvo al coche y el viento lo hace oscilar un momento y me alejo, calle arriba, camino de casa.

Desde la cama, esa misma noche, oigo que las ventanas tiemblan, y me pongo muy nervioso pensando que las va a arrancar el viento. Eso es lo que me despierta y me siento en la cama y miro hacia la ventana y luego echo una ojeada al póster de Elvis y sus ojos miran más allá de la ventana, a la noche, y su cara parece casi asustada ante lo que ve, y la palabra «Confianza» encima de su cara preocupada. Y pienso en aquel cartel de Sunset y en la pinta que tenía Julian en el Café Casino, y cuando por fin me duermo ya es Nochebuena.

Daniel me llama la víspera de Navidad y me dice que ya se encuentra mejor y que la noche anterior, en su fiesta, le habían sentado mal unos Torinales que tomó. Daniel cree asimismo que Vanden, una chica con la que salía en New Hampshire, se encuentra en estado. Recuerda que en una fiesta, antes de irse, ella le había mencionado algo, medio en broma. Y Daniel recibió una carta suya hace un par de

días y me dice que Vanden a lo mejor no vuelve; que quizá forme un grupo de punk-rock en Nueva York que se va a llamar La tela de araña; que seguramente está viviendo en el Village con uno de la universidad que tocaba la batería; que a lo mejor hacen su presentación en Peppermint Lounge o CBGB; que ella a lo mejor no vuelve a aparecer por Los Angeles; que el niño a lo mejor no es de Daniel; que a lo mejor aborta para quitárselo de encima; que sus padres se han divorciado y su madre se ha instalado en Connecticut y que la chica a lo mejor se va con ella un mes o así, y que su padre, un pez gordo de la ABC, está preocupado con ella. Daniel me dice que la carta no está clara.

Estoy tumbado en la cama viendo la cadena de vídeos musicales, el teléfono sujeto con el hombro, y le digo que no se preocupe y luego le pregunto si sus padres han vuelto para pasar la Navidad y me dice que se han ido otros quince días y que va a pasar la Navidad en Bel Air con unos amigos. Él iba a pasarla con una chica que conoció en Malibu, pero tiene mononucleosis, por lo que no cree que sea una buena idea y estoy de acuerdo con él y me pregunta si debe permanecer en contacto con Vanden y me sorprende lo mucho que me cuesta animarle a que sí y me dice que ella no tiene las cosas nada claras y me desea feliz Navidad y colgamos.

Estoy sentado en el comedor principal del Chasen's con mis padres y hermanas y es tarde, las nueve y media o diez de la noche del día de Nochebuena. En vez de comer, miro el plato y paso el tenedor por la comida y me quedo abstraído haciendo un caminito entre los guisantes. Mi padre me sobresalta al servir más champán en mi copa. Mis hermanas parecen aburridas. Están morenas y hablan de amigas anoréxicas y de un modelo de Calvin Klein y me parecen mayores de lo que recuerdo, sobre todo cuando alzan sus copas cogiéndolas por el pie y beben lentamente el champán; me cuentan un par de chistes que no entiendo y le dicen a mi padre lo que quieren por Navidades.

Recogimos a mi padre esa misma noche en su ático de Century City. Parecía que ya había abierto, y bebido en su mayor parte, una botella de champán antes de que llegáramos. El ático de mi padre está en Century City, y se trasladó a él después de separarse de mi madre. Es bastante grande y está muy bien decorado y tiene un jacuzzi bastante grande que siempre está caliente y humea junto al dormitorio. El y mi madre, que no se han visto demasiado desde la separación, que fue, creo, como hace un año, parecían nerviosos y enfadados por tener que reunirse en vacaciones, y estaban sentados uno frente al otro en el cuarto de estar y sólo cruzaron entre ellos, creo, cinco palabras.

—¿Es tu coche? —preguntó mi padre.

—Sí —dijo mi madre, mirando el pequeño árbol de Navidad que le había montado su muchacha.

—Bien.

Mi padre termina su copa de champán y se sirve otra. Mi madre pide pan. Mi padre se limpia la boca con la servilleta, se aclara la voz y me pongo tenso, pues sé que nos va a preguntar lo que queremos por Navidad, aunque mis hermanas ya se lo han dicho. Mi padre abre la boca. Yo cierro los ojos y él pregunta si alguien quiere postre. Un anticlímax. Se acerca el camarero. Le digo que no. No miro demasiado a mis padres, me limito a pasarme la mano por el pelo, con ganas de tener algo de coca, o lo que sea, que me ayude a soportar todo esto y paseo la mirada por el restaurante, que sólo está medio lleno; los clientes murmuran cosas entre ellos y oigo sus susurros y comprendo que todo eso se resume en que tengo dieciocho años y el pelo rubio y me tiemblan las manos y he empezado a ponerme moreno y estoy bastante pasado en Chasen’s, Doheny esquina Beverly, esperando a que mi padre me pregunte lo que quiero por Navidad.

Nadie habla demasiado y a nadie parece importarle, y menos que a nadie a mí. Mi padre menciona que uno de sus socios ha muerto de cáncer de páncreas hace poco y mi madre menciona que a una conocida suya, con la que jugaba al tenis, le han hecho una mastectomía. Mi padre pide otra botella —¿la tercera o la cuarta?— y habla de un negocio que tiene entre manos. La mayor de mis hermanas bosteza picoteando su ensalada. Yo pienso en Blair allí sola en su cama acariciando aquel gato negro estúpido y en el cartel que dice: «Desaparezca aquí». Y también en los ojos de Julian y me pregunto si anda vendiéndose por ahí y que a la gente le da miedo mezclarse. Y luego pienso en el aspecto que tiene la piscina por la noche, con luz en el agua, en el jardín.

Entra Jared, no con el padre de Blair, sino con una modelo muy famosa que no se quita el abrigo de pieles y Jared no se quita las gafas de sol. Otro hombre al que conoce mi padre, alguien de la Warner Brothers, se acerca a nuestra mesa y nos desea feliz Navidad. No escucho la conversación. En lugar de eso miro a mi madre, que tiene la vista clavada en su copa y una de mis hermanas le cuenta un chiste y ella no lo entiende y pide más bebida. Me pregunto si el padre de Blair sabrá que Jared está en Chasen's esta noche con una modelo muy famosa. Espero no tener que hacer esto nunca más.

Salimos de Chasen’s y las calles están vacías y el aire sigue seco y el viento sigue soplando. En Little Santa Monica hay un coche volcado. Tiene las ventanillas rotas y cuando pasamos junto a él mis hermanas estiran el pescuezo para mirar mejor y le dicen a mi madre, que es la que conduce, que aminore la marcha y mi madre no lo hace y mis hermanas se quejan. Llegamos a Jimmy's y mi madre detiene el Mercedes y nos bajamos y el encargado se lo lleva y nos sentamos en un sofá junto a una mesa baja en la zona en penumbra del bar. Jimmy's está casi vacío; si se exceptúan unas

cuantas parejas en la barra y otra familia que está sentada frente a nosotros, en el bar no hay nadie. Un pianista canta «Cuando llegue setiembre» y lo canta suavemente. Mi padre se queja de que no toque villancicos. Mis hermanas van al lavabo y cuando vuelven nos dicen que han visto un lagarto y mi madre dice que no las entiende.

Me pongo a flirtear con la mayor de las chicas de la familia que está frente a nosotros y me pregunto si nuestra familia se parecerá a la suya. La chica se parece un montón a una chica con la que estuve saliendo algún tiempo en New Hampshire. Tiene el pelo rubio y muy corto y ojos azules y está morena y cuando se da cuenta de que la miro, aparta la vista sonriendo. Mi padre pide un teléfono, y le traen uno con el cable larguísimo y mi padre llama a su padre, que está en Palm Springs, y todos le deseamos unas felices Navidades y yo me siento como un idiota al decir: «Feliz Navidad, abuelo», ante aquella chica.

Camino de casa, después de dejar a mi padre en su ático de Century City, llevo la cara pegada al cristal de la ventanilla del coche y miro las luces del Valle que van colina abajo mientras nos dirigimos a Mulholland. Una de mis hermanas se ha tapado con el abrigo de pieles de mi madre y se ha dormido. Mi madre aprieta el botón que abre la puerta del jardín y trato de desearle feliz Navidad, pero no me acaban de salir las palabras.

Navidad en Palm Springs. Siempre hacía calor. Hasta cuando llovía seguía haciendo calor. Una Navidad, la Navidad pasada, después de que todo hubiera terminado, después de dejar la antigua casa, hacía más calor del que se pueda imaginar. Nadie podía creer que hiciera tanto calor como el que hacía; sencillamente era imposible. Pero el termómetro del Security National Bank, de Rancho Mirage, decía que hacía 43, 44 y 46 grados, y todo lo que yo podía hacer era mirar los números, al mirar hacia el desierto y notar el aire ardiente que me azotaba la cara, y ver que el sol brillaba tanto que los cristales de mis gafas no filtraban su luz y que las señales de tráfico metálicas se retorcían, fundiéndose de hecho por el calor, me hizo comprender que debía creerlo.

Durante la Navidad las noches no eran mejores. Era de día hasta las siete y el cielo seguía color naranja hasta las ocho y los vientos ardientes soplaban por los desfiladeros filtrándose desde el desierto. Cuando ya era de noche de verdad todo estaba muy oscuro pero seguía haciendo muchísimo calor y algunas noches cruzaban el cielo aquellas nubes blancas tan raras que desaparecían al amanecer. Entonces todo estaba en silencio. Era muy raro conducir con 42 grados a la una o las dos de la madrugada. Casi no había coches y si aparcabas a un lado de la carretera y apagabas la radio y bajabas las ventanillas, no se oía nada. Sólo percibía mi propia respiración ronca y seca. Pero nunca podía quedarme demasiado tiempo, porque de pronto me veía los ojos en el espejo retrovisor, rojos, asustados, y algo me aterraba

de verdad y tenía que volver a casa rápidamente.

Por la mañana temprano era cuando solía salir. Pasaba el tiempo junto a la piscina tomando batidos de plátano y leyendo el Herald Examiner. *Entonces había algo de sombra en la parte de atrás de la casa y todo estaba en silencio, a no ser que zumbara una abeja grande y amarilla de alas enormes o un moscardón negro, que pronto se estrellaban contra el agua de la piscina enloquecidos por aquel calor.*

Las Navidades pasadas en Palm Springs, me tumbaba en la cama desnudo, y ni con el aire acondicionado en marcha y un cubo de hielo al lado de la cama conseguía refrescarme. Visiones de que recorría la ciudad en coche y sentía el aire ardiente en los hombros y veía el calor salir del desierto me hacían sentir un agobio terrible que me obligó a levantarme y a bajar al piso de abajo. Luego salí al jardín y fui hasta la piscina en mitad de la noche y traté de fumar un canuto aunque casi no podía ni respirar. De todos modos, lo fumé, sólo para coger el sueño. Me quedé fuera mucho rato. Había esos extraños ruidos y luces en la puerta de al lado, y entonces subí a mi habitación y eché el pestillo y por fin me dormí.

Cuando me desperté por la tarde, bajé y mi abuelo me dijo que por la noche había oído cosas raras y cuando le pregunté qué cosas eran ésas tan raras, dijo que no podía meter la mano en el fuego y se encogió de hombros y finalmente añadió que probablemente se trataba de imaginaciones suyas. El perro se pasaba las noches enteras ladrando y cuando me levantaba a mandarle callar, parecía fuera de sí. Los ojos desorbitados, jadeante, tembloroso. Así que nunca solía levantarme a ver por qué ladraba el perro y me cerraba con pestillo en la habitación y me ponía una toalla húmeda y fresca en la frente. Al día siguiente, junto a la piscina, había un paquete de cigarrillos vacío, Lucky Strikes. En la familia nadie fumaba. Al día siguiente mi padre puso cerraduras nuevas en todas las puertas y mi madre y mis hermanas desmontaron el árbol de Navidad mientras yo dormía.

Un par de horas después me llama Blair. Me dice que hay una foto de su padre y ella en el último *People*. También me dice que está borracha y que en la casa no hay nadie pues su familia ha ido a una sala de proyecciones a ver unos rollos de la nueva película de su padre. También me dice que está desnuda y en la cama y que me echa de menos. Me pongo a dar vueltas por la habitación, nervioso, mientras la escucho. Luego me miro en el espejo del armario. Saco la caja de zapatos que hay en un rincón de mi armario y miro dentro mientras hablo por teléfono con Blair. En la caja están todas aquellas fotos: una de Blair y mía en una fiesta del instituto; otra nuestra en Disneylandia la noche de la fiesta de graduación; otras dos de una fiesta en Palm Springs; una foto de Blair en Westwood, que había sacado yo un día que salimos pronto del instituto, con las iniciales de Blair en la parte de atrás. También encontré una foto mía, con vaqueros y sin camisa ni zapatos, tumbado en el suelo con las gafas

de sol puestas, el pelo mojado, y pienso en quién la habrá sacado y no consigo recordarlo. Pienso un rato en eso y luego la dejo a un lado. Hay más fotos en la caja pero no puedo soportarlas, así que la vuelvo a meter en el armario.

Enciendo un pitillo y pongo el canal de los vídeos musicales y quito el sonido. Pasa una hora. Blair sigue hablando, me cuenta que todavía le gusto y que deberíamos vernos y que sólo porque no nos hayamos visto en cuatro meses no es motivo para que rompamos. Le digo que sí nos hemos visto, y le menciono la noche pasada. Ella dice que ya sé lo que quiere decir y empiezo a sentir miedo allí, sentado en la habitación, oyéndola hablar. Son casi las tres. Le digo que no me acuerdo de cómo era nuestra relación antes y trato de llevar la conversación a otro terreno. Intento hablar de películas o de conciertos o de lo que ha hecho aquel día, o de lo que hice yo la noche pasada. Cuando cuelgo el teléfono casi es de día, el día de Navidad.

Es la, mañana del día de Navidad y le he pegado a la coca, y una de mis hermanas me ha regalado una agenda muy bonita y muy cara encuadernada en piel. Tiene unas páginas grandes y blancas y las fechas están impresas en la parte de arriba con letras de oro y plata. Le doy las gracias y la beso y todo eso y ella se ríe y se sirve otra copa de champán. Un verano intenté llevar una agenda al día, pero la cosa no funcionó. Me hice un lío en seguida y anoté cosas sólo por escribir algo y terminé por comprender que no tenía tantas cosas que hacer como para llevar una agenda. Por eso sé que ésta tampoco la voy a utilizar y que probablemente me la lleve cuando vuelva a New Hampshire y la dejaré encima de mi mesa tres o cuatro meses, sin estrenar. Mi madre nos observa sentada en el borde del sofá del cuarto de estar y bebe champán. Mis hermanas abren sus regalos con soltura, indiferentes. Mi padre llena cheques para mis hermanas y para mí y me pregunto por qué no los habrá llenado antes, pero me olvido de todo eso y miro por la ventana. El viento sur ardiente sopla fuera. El agua de la piscina se ondula.

Es el viernes después de Navidad y hace sol de verdad y decido que debo ocuparme de mi bronceado así que voy con un montón de gente —Blair y Alana y Kim y Griffin— al club de la playa. Llego al club antes que los demás y, mientras el empleado me aparca el coche, me siento en un banco a esperarlos, contemplando la extensión de arena que toca el agua, allí donde termina la tierra. Desaparezca aquí. Me quedo mirando el océano hasta que aparece Griffin en su Porsche. Griffin conoce al empleado del aparcamiento y habla con él un par de minutos. En seguida llega Rip en su nuevo Mercedes y también parece conocer al empleado, y cuando le presento a Rip, Griffin y él se ríen y me dicen que ya se conocían y me pregunto si se habrán acostado juntos y siento un mareo y me tengo que volver a sentar en el banco. Alana

y Kim y Blair aparecen en el Cadillac descapotable de alguien.

—Hemos almorzado en el club de campo —dice Blair, apagando la radio—. Kim se perdió.

—No me perdí —dice Kim.

—Blair no creía que me iba a acordar de donde estaba este sitio y tuvimos que parar en una estación de servicio a que nos dijeran por dónde quedaba y Kim le pidió el número al que atendía.

—Es que el tío está bueno de verdad —exclama Kim.

—¿Y qué? Sirve gasolina —suelta Blair bajando del coche. Está muy guapa con su traje de baño de una pieza—. Fíjate en lo que te digo. Se llama Ratón.

—Me da igual cómo se llame. Está bueno de verdad —insiste Kim.

En la playa. Griffin ha traído ron y Coca-cola y bebemos lo que queda. Rip se quita prácticamente el traje de baño dejando al aire la parte que no tiene morena. No me pongo aceite solar suficiente en las piernas y el pecho. Alana ha traído una casete portátil y pone sin parar la misma canción; conversación sobre el nuevo álbum de Psychedelic Furs; Blair cuenta que Muriel ha dejado el Cedars-Sinai; Alana dice que ha llamado a Julian para preguntarle si quería venir pero no había nadie en casa. De vez en cuando la conversación se interrumpe y todos nos concentramos en lo que queda de sol. Se oye un tema de Blondie, y Blair y Kim le piden a Alana que suba el volumen. Griffin y yo nos levantamos para ir a los vestuarios. Deborah Harry pregunta: *«¿Dónde está mi ola?»*

—¿Algo va mal? —pregunta Griffin mirándose al espejo una vez que hemos entrado en el vestuario.

—Me noto tenso —le contesto echándome agua a la cara.

—Todo se arreglará —dice Griffin.

Y allí, al volver de la playa, bajo el sol, mirando el Pacífico, parece posible de verdad creer a Griffin. Pero estoy quemado por el sol y cuando me paro en Gelson's a comprar pitillos y una botella de Perder, encuentro un lagarto en el asiento delantero. El de la caja habla de estadísticas de asesinatos y por algún motivo me mira y pregunta si me encuentro bien. No le contesto y me limito a alejarme rápidamente del supermercado. Cuando llego a casa me ducho, pongo el estéreo y esa noche no consigo dormir; las quemaduras del sol me molestan y los vídeos musicales me dan dolor de cabeza y tomo unos Nembutales que Griffin me ha pasado en el aparcamiento del club de la playa.

A la mañana siguiente me despierto tarde oyendo el estruendo de Duran Duran que llega del cuarto de mi madre. La puerta está abierta y mis hermanas están tumbadas en la enorme cama, en traje de baño, hojeando números atrasados de *QG*, mientras ven una película porno en el Betamax. Me siento en la cama, también en

traje de baño, y me dicen que mamá salió a almorzar y que la muchacha ha ido a la compra y miro la película durante diez minutos, preguntándome de quién será… ¿De mi madre? ¿De mis hermanas? ¿El regalo de Navidad de algún amigo? ¿Del dueño del Ferrari? ¿Mío? Cuando el tío se corre una de mis hermanas dice que le parece horrible y bajo la escalera, salgo a la piscina, hago mis largos.

Cuando tenía quince años y aprendí a conducir, en Palm Springs, cogía el coche de mi padre mientras él y mi madre dormían, y mis hermanas y yo recorríamos el desierto, en mitad de la noche. Sonaban Fleetwood Mac o los Eagles, a todo volumen, la capota bajada, y soplaban vientos ardientes que hacían doblarse a las palmeras, en silencio. Y una noche mis hermanas y yo cogimos el coche y era una noche en que no había luna y el viento soplaba con fuerza, y me acababan de dejar en casa después de una fiesta que no había resultado demasiado divertida. El McDonald's donde íbamos a parar estaba cerrado a causa de un corte de electricidad por culpa del viento y yo estaba cansado y mis hermanas se peleaban y volvía a casa cuando vi lo que tomé por una hoguera, a un kilómetro más o menos carretera abajo. Pero cuando me acerqué vi que no era una hoguera, sino un Toyota aparcado de modo extraño, atravesado en la carretera. El capot abierto, salían llamas del motor. Tenía roto el parabrisas y una mejicana lloraba sentada en el bordillo de la carretera. Había dos o tres niños, también mejicanos, de pie detrás de ella. Miraban el fuego y me puse a preguntarme por qué no se habría parado ningún otro coche a ayudarles. Mis hermanas dejaron de reñir y me dijeron que parara el coche para mirar mejor. Tuve ganas de parar, pero no lo hice. Reduje la marcha y luego aceleré alejándome rápidamente y volví a poner la cinta que habían quitado mis hermanas cuando vieron las llamas, y puse la música muy alta, y me salté todos los semáforos en rojo hasta llegar a casa.

No sé por qué me conmocionó el fuego, pero lo hizo, y tuve visiones de un niño. Todavía no estaba muerto y ardía caído entre las llamas. A lo mejor era un niño que salió despedido por el parabrisas y que había caído en el motor en llamas. Pregunté a mis hermanas si les parecía haber visto a un niño ardiendo entre las llamas y me dijeron que no, ¿y a ti? Tampoco. Y al día siguiente busqué en los periódicos para asegurarme de que no se había quemado nadie. Y esa misma noche, más tarde, sentado junto a la piscina, pensé en aquello hasta que por fin me dormí, pero no antes de que se fuera la luz a causa del viento y la piscina quedara a oscuras.

Y me acuerdo de que por entonces me puse a coleccionar crónicas de sucesos de los periódicos; una de un niño de doce años que había matado accidentalmente de un tiro a su hermano en China; otra de un tipo de India que clavó a su hijo a una pared, o a una puerta, no recuerdo bien, y luego disparó contra él, alcanzándole en mitad de la cara; y otra sobre un viejo que prendió fuego a una casa y mató a veinte

personas; y otra de un ama de casa que mientras llevaba a sus hijos al colegio se lanzó con el coche por encima de ese embarcadero que hay cerca de San Diego, muriendo al instante y también los tres niños; y otra de un hombre que atropelló a propósito a su ex mujer cerca de Reno y la dejó paralítica del cuello para abajo. Recorté un montón de esas crónicas de sucesos durante una temporada porque, supongo, había un montón de ellas que recortar.

Es sábado por la noche y algunos sábados por la noche, cuando no hay ninguna fiesta a la que ir y tampoco conciertos en los alrededores y parece que todo el mundo ha visto todas las películas, la mayoría de la gente se queda en casa e invita a los amigos a que vayan a verles y habla por teléfono. A veces aparece alguno y charla un rato y toma una copa y luego vuelve a su coche y se dirige a casa de otro. Algunos sábados por la noche hay tres o cuatro personas que van en coche de casa en casa desde más o menos las diez de la noche del sábado hasta poco antes del amanecer del día siguiente. Aparece Trent y me cuenta que un par de «niñas bien histéricas y estrechas» de Bel Air han visto lo que dicen que es algo así como un monstruo, un hombre lobo. Al parecer uno de sus amigos ha desaparecido. Esa noche en Bel Air se organiza una batida para buscarle y no encuentran nada a no ser —y ahora Trent hace una mueca de disgusto— el cuerpo mutilado de un perro. La pareja de histéricas, que según dice

Trent están «realmente fuera de sí», se fueron a pasar la noche a casa de un amigo en Encino. Trent dice que probablemente habían bebido demasiado Tab y tuvieron una reacción alérgica. Seguramente, digo yo, pero la historia me deja inquieto. Después de que se vaya Trent trato de hablar con Julian, pero no contesta nadie y me pregunto dónde estará y después de colgar el teléfono estoy completamente seguro de que hay alguien gritando en la casa más próxima a la nuestra, desfiladero abajo, y cierro la ventana. También oigo ladrar al perro en la parte de atrás y a la KROQ que da viejas canciones de los Doors, y *La guerra de los mundos* en el canal trece, y cambio a un programa religioso donde uno de esos predicadores grita: «Deja que Dios te utilice. Dios quiere utilizarte. Túmbate y deja que Dios te utilice». «Túmbate —sigue gritando—. Que te use, que te use.» Tomo ginebra con hielo en la cama y me imagino que oigo ruido de alguien que quiere entrar. Pero Daniel dice, al teléfono, que probablemente serán mis hermanas que andan buscando algo de beber. Resulta difícil creer a Daniel esta noche; en las noticias oigo que la noche pasada han apaleado a tres personas hasta matarlas, y me paso la mayor parte de la noche mirando por la ventana que da a la parte de atrás tratando de ver hombres lobos.

En la nueva casa de Kim, en las colinas que dominan Sunset, la puerta del jardín

está abierta pero no parece que haya demasiados coches aparcados. Blair y yo subimos caminando hasta la puerta de la casa, llamamos y pasa mucho tiempo antes de que nos abran. Por fin abre Kim, que lleva unos vaqueros descoloridos muy estrechos, botas altas de cuero negro, una camiseta blanca, y fuma un canuto. Le da una calada antes de abrazarnos y decir: «Feliz Año Nuevo». Luego nos lleva a una habitación de techo muy alto de la entrada y nos cuenta que hace tres días que se ha instalado allí y que «Mamá está en Inglaterra con Milo» y que todavía no han tenido tiempo de amueblar la casa. Pero en el suelo hay moqueta, nos dice, y resulta muy agradable, y no le pregunto por qué cree que es tan agradable. Nos cuenta que la casa es bastante vieja, que el dueño anterior era nazi. En los patios hay tiestos de ésos muy grandes con esvásticas pintadas en ellos.

—Los llaman tiestos nazis —dice Kim.

La seguimos al piso de abajo, donde sólo hay unas doce o trece personas. Kim nos cuenta que al parecer los Fear van a tocar esta noche. Nos presenta a Blair y a mí a Spit, que es amigo del batería, y Spit tiene la piel blanca de verdad, más pálida que la de Muriel, y un pelo corto y grasiento y un pendiente con una calavera y ojeras muy oscuras, pero Spit está loco y después de decirnos hola le explica a Kim que tiene que hacerle algo a Muriel.

—¿Por qué? —pregunta Kim dando una chupada al porro.

—Porque la muy puta dijo que tenía pinta de muerto —dice Spit con los ojos muy abiertos.

—No digas esas cosas, Spit —dice Kim.

—Dice que huelo a animal muerto.

—Venga, Spit, olvídalo —dice Kim.

—Sabes que ya no tengo animales muertos en mi habitación. —Y mira hacia Muriel, que está al final de la larga barra, riéndose, con un vaso de ponche en la mano.

—Es una chica maravillosa, Spit —dice Kim—. Lo que pasa es que ha estado tomando sesenta miligramos de litio diarios. Sólo está cansada. —Luego, se vuelve hacia nosotros—. Su madre le acaba de comprar un Porsche de cincuenta y cinco mil dólares. —Después se vuelve de nuevo hacia Spit—. ¿No te parece increíble?

Spit dice que sí y que tratará de olvidarlo eligiendo los álbumes que va a poner y Kim le dice:

—Muy bien. —Y luego, antes de que llegue al estéreo—. Oye, Spit, no molestes a Muriel. Estáte tranquilo. Acaba de salir del Cedars-Sinai y en cuanto se emborrache estará bien. Sólo anda un poco colgada.

Spit ignora esto y coge un viejo disco de Oingo Boingo.

—¿Puedo poner éste o no?

—¿Por qué no lo dejas para más tarde?

—Oye, Kim-ber-ly, estoy empezando a aburrirme —dice apretando los dientes.

Kim saca un porro del bolsillo trasero y se lo da.

—Tranquilo, Spit.

Spit dice gracias y luego se sienta en el sofá junto a la chimenea, con una enorme bandera americana desplegada encima, y mira el canuto largo rato antes de encenderlo.

—Bueno, pues vosotros dos tenéis un aspecto fabuloso —dice Kim.

—Tú también —dice Blair.

Yo asiento. Estoy cansado y un poco pasado y en realidad no quería venir, pero Blair apareció por mi casa y fuimos a darnos un baño y luego nos acostamos y Kim llamó.

—¿Va a venir Alana? —pregunta Blair.

—No —Kim niega con la cabeza y da otra calada al porro—. Ha ido a Springs.

—¿Y qué es de Julian? —pregunta Blair.

—A saber. Al parecer anda demasiado ocupado por Beverly Hills follándose abogados por dinero —Kim suspira, luego se ríe.

Voy a preguntarle qué quiere decir con eso cuando de pronto la llama alguien y Kim dice:

—¡Vaya! ¡Mierda! Acaba de llegar el chico con la bebida. —Y se aleja y más allá de la enorme piscina iluminada veo Hollywood; lleno de luces bajo un cielo neón púrpura.

Y Blair me pregunta si estoy bien y yo le digo que claro.

Un chico de unos dieciocho o diecinueve años trae una caja de cartón y la deja en la barra y Kim firma algo y le da la propina y el chico dice: «Feliz Año Nuevo, amigos», y se marcha. Kim saca una botella de champán de la caja, la abre hábilmente y grita:

—Que todo el mundo coja una botella. Es Perrier-Jouet. Está frío.

—Me has convencido, so bicho —dice Muriel acercándose y abrazando a Kim y Kim le da una botella. —Spit me ha estado poniendo verde, ¿no? —añade abriendo su botella—. Hola, Blair, hola, Clay.

—Anda muy perdido —dice Kim—. Le ha dado un aire o algo así.

—Es un subnormal. Fijaos en lo que me dijo: «En el colegio me lo hacía bien hasta que me echaron». ¿Qué os parece? ¿Y qué coño quería decir? —pregunta Muriel—. Además el muy idiota usa un soplete para prepararse los chutes.

Kim se encoje de hombros y toma otro trago.

—Muriel, tienes un aspecto estupendo —dice Blair.

—Oh, Blair, tú sigues estando tan bien como de costumbre —dice Muriel tomando un trago—. Dios mío, Clay, deberías regalarme esa chaqueta.

Bajo la vista mientras abro mi botella. La chaqueta es la escocesa de cuadros

grises y blancos, con algunos de un rojo más oscuro.

—Parece como si estuvieras agotado o algo así. Deja que me la ponga, por favor —me dice Muriel tocando la chaqueta.

Sonrió y la miro y entonces me doy cuenta de que habla totalmente en serio y estoy demasiado cansado para decir que no, así que me la quito y se la doy y ella se la pone y dice riendo:

—Te la devolveré. No te preocupes, que te la devolveré.

Hay un fotógrafo molesto de verdad que no deja de hacer fotos a todo el mundo. Se dirige hacia alguien y le enfoca con la cámara y luego le saca dos o tres fotos. Se me acerca y el flash me deja ciego durante un segundo y tomo otro trago de la botella de champán. Kim se pone a encender velas por toda la habitación y Spit pone un álbum de X y alguien empieza a sujetar globos en una de las paredes vacías. La puerta que da a la piscina y al cenador está abierta y también hay un par de globos sujetos a ella y salimos a la piscina.

—¿Qué es de tu madre? —pregunta Blair—. ¿Ya no sale con Tom?

—¿Dónde has oído eso? ¿Lo leíste en *The Inquirer*? —se ríe Kim.

—No, vi una foto suya en el *Hollywood Reporter*.

—Está en Inglaterra con Milo, ya te lo he contado —dice Kim mientras nos acercamos al agua iluminada—. Por lo menos eso leí en *Variety*.

—¿Y tú? —pregunta Blair empezando a sonreír—. ¿Con quién sales?

—*¿Moi?* —ríe Kim y luego menciona a un famoso actor con el que me parece que fui al colegio.

—Ya lo había oído por ahí. Sólo quería comprobarlo.

—Es verdad.

—No estaba en la fiesta de Navidad que diste —dice Blair.

—¿No estaba? —Kim parece preocupada—. ¿Estás segura?

—No estaba —dice Blair—. ¿Le viste tú, Clay?

—No, no le vi —contesto sin recordar.

—Es muy raro —dice Kim—. Seguramente estaba rodando exteriores.

—¿Cómo es?

—Muy agradable. Agradable de verdad.

—¿Y qué pasa con Dimitri?

—Bueno, nada —dice Kim.

—¿Lo sabe? —pregunta Blair.

—Es probable. No estoy segura.

—¿No crees que le molestará?

—Mira, Jeff sólo es una aventura. El que me gusta es Dimitri.

Dimitri está sentado junto a la piscina tocando una guitarra y está muy moreno y tiene el pelo rubio muy corto y se limita a estar sentado en la tumbona tocando unos

extraños acordes mágicos y luego se pone a tocar el mismo riff una y otra vez y Kim le mira y no dice nada. El teléfono suena dentro y Muriel grita, agitando las manos:

—Es para ti, Kim.

Kim entra y voy a preguntarle a Blair si se quiere ir, pero Spit, fumando todavía el canuto, se acerca a Dimitri con un surfista y dice:

—Heston tiene un ácido estupendo.

El surfista que está con Spit mira a Blair y le guiña un ojo y entonces ella me da una palmadita en el culo y enciende un pitillo.

—¿Dónde está Kim? —pregunta Spit al no obtener respuesta de Dimitri, que se limita a mirar la piscina mientras rasguea la guitarra. Luego nos mira a los cuatro que estamos de pie a su alrededor y durante un momento parece que va a decir algo. Pero no dice nada, sólo suspira y vuelve a mirar el agua.

Una joven actriz entra con un productor muy conocido, al que me presentaron una vez en una de las fiestas del padre de Blair, y contemplan la escena y se dirigen hacia Kim, que vuelve después de hablar por teléfono y les dice que su madre está en Inglaterra con Milo. El productor dice que según sus últimas noticias estaba en Hawai y luego dicen algo de que a lo mejor Thomas Noguchi se deja caer por aquí y luego la actriz y el productor se van y Kim se dirige hacia donde estamos Blair y yo y nos dice que quien llamaba era Jeff.

—¿Qué te dijo? —pregunta Blair.

—Es un mamón. Está en Malibu con un surfista, y no tienen intención de salir de casa.

—¿Entonces, qué quería?

—Desearme feliz Año Nuevo. —Kim parece contrariada.

—Bueno, eso está bien —dice Blair esperanzada.

—Lo que dijo fue: «Que tengas un feliz Año, cachonda» —dice Kim, y enciende un pitillo.

La botella de champán que tiene en la mano está casi vacía. Parece que se va a echar a llorar o a decir algo cuando se acerca Spit y dice que Muriel se ha encerrado en el cuarto de Kim, conque Kim y Spit y Blair y yo entramos, subimos al piso de arriba, llegamos al descansillo que da al cuarto de Kim y ésta trata de abrir la puerta, pero está cerrada.

—Muriel —llama Kim golpeando la puerta. No contesta nadie.

Spit da puñetazos a la puerta, luego patadas.

—No me jodas la puerta, Spit —dice Kim, y luego grita—: Muriel, abre.

Miro a Blair y parece preocupada.

—¿Crees que está bien?

—No lo sé —dice Kim.

—¿Qué hace ahí dentro? —quiere saber Spit.

—¡Muriel! —vuelve a gritar Kim.

Spit enciende otro porro y se apoya en la pared. Aparece el fotógrafo y nos saca fotos. La puerta se abre poco a poco y aparece Muriel con pinta de haber estado llorando. Deja que Spit, Kim, Blair y el fotógrafo y yo entremos en la habitación y luego cierra la puerta y echa el pestillo.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Kim.

—Estoy estupendamente —dice ella, secándose la cara.

La habitación está a oscuras, si se exceptúan un par de velas que hay en un rincón, junto a una cuchara y una jeringuilla y una papelina con polvo parduzco y un poco de algodón. En la cuchara ya hay algo del polvo mezclado con agua y Muriel hace una bola lo más pequeña posible con el algodón y la pone en la cuchara y clava la aguja en el algodón y la fija a la jeringuilla. Luego se levanta la manga, coge un cinturón y se lo ata alrededor del antebrazo. Distingo marcas de pinchazos y miro a Blair, que está mirando el brazo.

—¿Qué pasa aquí? —pregunta Kim—. Muriel, ¿qué estás haciendo?

Muriel no dice nada, se limita a darse unos golpecitos en el brazo buscándose una vena y miro mi chaqueta y me asombra ver que se parece a alguien lleno de pinchazos, o algo así.

Muriel coge la jeringuilla y Kim susurra:

—No lo hagas.

Pero le tiemblan los labios y parece excitada y distingo el comienzo de una sonrisa y tengo la sensación de que no quiere decir eso y cuando la aguja se clava en el brazo de Muriel, Blair se levanta y dice:

—Me marcho.

Sale de la habitación. Muriel cierra los ojos y la jeringuilla se llena poco a poco de sangre.

—Tío, esto es tremendo —dice Spit.

El fotógrafo saca un foto.

Me tiemblan las manos cuando enciendo un pitillo.

Muriel se echa a llorar y Kim le acaricia la cabeza, pero Muriel sigue llorando y babeando con pinta de ir a echarse a reír y tiene la pintura de labios toda corrida y el maquillaje emborronado.

A las doce de la noche Spit trata de encender unos cohetes pero sólo se elevan un par. Kim abraza a Dimitri, quien no parece enterarse ni que le importe, y deja la guitarra a un lado y mira fijamente la piscina y once o doce personas estamos de pie junto a la piscina y alguien quita la música para que podamos oír los ruidos de la ciudad celebrando el Año Nuevo, pero no hay demasiado que oír y sigo mirando hacia el cuarto de estar, donde Muriel está tumbada en un sofá, fumando un pitillo, con las gafas de sol puestas, viendo vídeos musicales. Lo único que oigo son

ventanas que se abren y perros que empiezan a ladrar y estalla un globo y Spit deja caer una botella de champán y la bandera americana que cuelga como una cortina encima de la chimenea se mueve con el aire caliente y Kim se levanta y enciende otro canuto.

—Feliz Año —me susurra Blair, y luego se quita los zapatos y mete los pies en el agua luminosa y caliente. Los Fear nunca llegaron a aparecer y la fiesta termina pronto.

Y en casa esa misma noche, en determinado momento de la madrugada, estoy sentado en mi cuarto viendo programas religiosos en la televisión por cable porque me he cansado de ver vídeos, y en la pantalla hay dos tipos de ésos, curas, tal vez predicadores, cuarenta, cuarenta y cinco años tal vez, con traje de hombres de negocios y corbata, hablando de discos de Led Zeppelin, diciendo que si se hacen girar al revés «contienen alarmantes pasajes sobre el demonio». Uno de los tipos se levanta y rompe el disco por la mitad y dice: «Y créanme, en cuanto cristianos temerosos de Dios, ¡no permitiremos esto!» Luego el tipo se pone a hablar de lo que le preocupa que aquello pueda resultarles perjudicial a los jóvenes. «Y los jóvenes son el futuro de esta nación», grita, y luego rompe otro disco.

—Julian quiere verte —dice Rip al teléfono. —¿A mí?

—Sí.

—¿Te dijo para qué? —pregunto.

—No. No tenía tu número y lo quería, así que se lo di. —¿No tenía mi número?

—Eso dijo.

—No creo que me llame.

—Dijo que necesitaba hablar contigo. Oye, no me gusta andar de correveidile, tío, así que dame las gracias.

—Gracias.

—Dijo que hoy iría al Teatro Chino a eso de las tres y media. Puedes verte con él allí, supongo.

—¿Y qué va a hacer él allí?

—¿Tú que crees?

Decido ver a Julian. Me dirijo al Teatro Chino de Hollywood Boulevard y miro las huellas de los pies durante un rato. Excepto una pareja de jóvenes, no de Los Angeles, que sacan fotos de las huellas, y un tipo oriental con pinta sospechosa que está junto a la taquilla, no se ve a nadie por allí. El portero, muy rubio y muy bronceado, que está junto a la puerta me dice:

—Oye, yo te conozco. Hace un par de años, en una fiesta en Santa Monica,

¿verdad?

—No lo creo —le contesto.

—Sí, hombre. En una fiesta de Kickers. ¿Te acuerdas?

Le digo que no me acuerdo y luego le pregunto si tienen abierto el bar. El portero dice que sí y me deja entrar y pido una Coca-cola.

—La película ya ha empezado —me dice el portero.

—Muy bien. Pero no quiero ver la película —le respondo.

El oriental de pinta sospechosa no deja de mirar el reloj y por fin se marcha. Termino la Coca-cola y espero hasta las cuatro. Julian no aparece.

Subo al coche y me dirijo a casa de Trent, pero Trent no está, así que me siento en su cuarto y pongo una película en el Betamax y llamo a Blair y le pregunto si quiere hacer algo esta noche, por ejemplo ir a algún club o al cine, y ella dice que a lo mejor sí y me pongo a escribir en una hoja de papel que hay junto al teléfono, copiando números de teléfono.

—Julian quiere verte —me dice Blair.

—Ya. Me lo han dicho. ¿Te dijo para qué?

—No sé para qué te querrá ver. Sólo dijo que quería hablar contigo.

—¿Tienes su número? —pregunto.

—No. Cambiaron todos los números de la casa de Bel Air. Creo que debe de estar en la casa de Malibu. Pero no estoy segura… Probablemente no quiera verte en *ese* plan.

—Bueno —empiezo—, a lo mejor me paso por la casa de Bel Air.

—Bien.

—Si quieres hacer algo esta noche me llamas, ¿vale? —le digo.

—De acuerdo.

Hay un largo silencio y Blair dice de acuerdo otra vez y cuelga.

Julian no está en la casa de Bel Air, pero en la puerta hay una nota que dice que tal vez esté en una casa de King's Road. Julian tampoco está en la casa de King's Road, pero un tipo con tirantes y el pelo rubio platino muy corto y en traje de baño está levantando pesas en la parte de atrás de la casa. Deja una de las pesas y enciende un pitillo y me pregunta si quiero un Torinal. Le pregunto dónde está Julian. Hay una chica en una tumbona junto a la piscina, rubia, borracha, que dice con una voz cansada de verdad:

—Julian puede estar en cualquier sitio. ¿Te debe dinero?

La chica ha sacado un televisor y está viendo una película de cavernícolas.

—No —le contesto.

—Eso está muy bien. Prometió pagarme un gramo de coca que le pasé. —Sacude la cabeza—. No. Nunca me lo pagó. —Vuelve a sacudir la cabeza, muy despacio. Tiene la voz espesa, una botella de ginebra, medio vacía, a su lado.

El levantador de pesas me pregunta si quiero comprar una casete pirata de *Temple of Doom*. Le digo que no y luego le pido que le diga a Julian que he estado por allí. El levantador de pesas mueve la cabeza como si no entendiera y la chica le pregunta si ha conseguido pases para el escenario para el concierto de Missing Persons.

—Sí, guapa —dice él, y ella se tira a la piscina. Unos cavernícolas se despeñan por unos riscos y yo me abro.

Camino del coche me tropiezo con Julian. Está pálido bajo el moreno de su piel y no parece en buenas condiciones y me da la sensación de que se va a desmayar allí mismo, mientras se mantiene en pie con su pinta de muerto, pero abre la boca y dice:

—Hola, Clay.

—Hola, Julian.

—¿Te apetece pirarte un poco?

—No ahora.

—Me alegra verte.

—Me dijeron que querías verme.

—Sí.

—¿Qué quieres? ¿Pasa algo?

Julian baja la vista y luego me mira bizqueando debido al sol poniente y dice:

—Necesito dinero.

—¿Para qué? —le pregunto al cabo de un rato.

Mira al suelo, se pasa la mano por la nuca y dice:

—Oye, vamos a la Galleria, ¿de acuerdo?

No quiero ir a la Galleria y tampoco quiero prestarle dinero a Julian, pero es una tarde soleada y no tengo otra cosa que hacer, así que sigo a Julian hacia Sherman Oaks.

Estamos sentados a una mesa de la Galleria. Julian picotea una hamburguesa sin comerla de verdad. Coge una servilleta y quita el ketchup con ella. Yo tomo una Coca-cola. Julian dice que necesita dinero en efectivo.

—¿Para qué? —pregunto.

—¿Quieres unas patatas fritas?

—¿Me lo vas a decir o no?

—Es para un aborto —da un mordisco a la hamburguesa y yo cojo la servilleta llena de ketchup y la dejo en la mesa que tenemos detrás.

—¿Para un aborto?

—Sí.

—¿Quién se lo va a hacer?

Hay una larga pausa y Julian dice:

—Una chica.

—Ya me lo imaginaba. Pero, ¿quién?

—Vive con unos amigos míos en Westwood. Oye, ¿puedes prestarme el dinero o no?

Miro a la gente que anda por el primer piso de la Galleria, justo debajo de nosotros, y me pregunto lo que pasaría si les dejara caer la Coca-cola encima.

—Sí —respondo al fin—. Supongo que sí.

—Estupendo —dice Julian aliviado.

—¿No tienes nada de dinero? —pregunto.

Julian me mira y dice:

—Bueno… no en este momento. Pero lo voy a tener y… Lo que pasa es que será demasiado tarde, ya sabes. Y no me gustaría tener que vender el Porsche. Sería un lío tremendo —hace una larga pausa con la hamburguesa en la mano—. Sólo por un aborto —trata de reír.

Le digo a Julian que dudo que tenga que vender su Porsche para pagar un aborto.

—¿Para qué es de verdad? —le pregunto.

—¿Qué quieres decir? —dice poniéndose a la defensiva—. Es para un aborto.

—Julian, parece demasiado dinero para un aborto.

—Bueno, el médico es caro —me dice lentamente y con voz débil—. La chica no quiere ir a una de esas clínicas. No sé por qué. Pero el caso es que no quiere.

Suspiro y me apoyo en el respaldo de la silla.

—Te lo juro por Dios, Clay. Es para un aborto.

—Vamos, Julian…

—Tengo tarjetas de crédito y una cuenta corriente, pero creo que mis padres me las han congelado. Lo único que necesito es algo de dinero en efectivo. ¿Vas a dejarme el dinero o no?

—Sí, Julian, te lo voy a dejar, pero quisiera saber para qué es.

—Ya te lo he dicho.

Nos levantamos y empezamos a andar. Pasan dos chicas y nos sonríen. Julian les devuelve la sonrisa. Nos paramos en una tienda de ropa punk y Julian coge un par de botas de policía y las mira atentamente.

—Son muy raras —dice—. Me gustan.

Las deja y luego empieza a morderse las uñas. Coge un cinturón de cuero negro y lo mira atentamente. Y entonces recuerdo al Julian que jugaba al fútbol conmigo a la salida del colegio, y luego a él y a Trent y a mí yendo a la montaña rusa al día

siguiente del cumpleaños de Julian, que cumplía once.

—¿Te acuerdas de cuando íbamos al colegio? —le pregunto—. ¿Y del Sports Clubs, a la salida?

—No me acuerdo —dice Julian.

Coge otro cinturón de cuero, lo deja y luego nos vamos de la Galleria.

Esa tarde, después de que Julian me pidiera el dinero y me dijera que se lo llevase a su casa dos días más tarde, vuelvo a casa y suena el teléfono y es Rip y me pregunta si he conseguido localizar a Julian. Le contesto que no y Rip me pregunta si quiero algo. Le digo que quiero cinco gramos. Se queda callado largo rato y luego dice:

—Quinientos.

Yo miro el póster de Elvis Costello y luego la ventana y luego cuento hasta sesenta. Rip todavía no había dicho nada cuando terminé de contar.

—Muy bien —digo.

—Muy bien —dice Rip—. Mañana. Puede ser.

Me levanto y voy hasta una tienda de discos y paseo por los pasillos mirando los discos, pero no encuentro nada que me apetezca y no tenga ya. Cojo unos cuantos discos nuevos y miro las fundas y antes de darme cuenta ha pasado una hora y afuera casi es de noche.

Spit entra en la tienda y casi choco con él, le digo hola, le pregunto por Kim, pero me fijo en las marcas de su brazo y salgo de la tienda preguntándome si Spit me recuerda. Cuando me dirijo hacia el coche, veo a Alana y Kim y a ese tipo rubio que toca rockabilly que se llama Benjamin que vienen en mi dirección. Es demasiado tarde para dar la vuelta, conque sonrío y voy a su encuentro y los cuatro terminamos en un bar japonés de Studio City.

En el bar japonés de Studio City Alana no habla mucho. Mira su Coca-cola Diet y enciende pitillos y, después de unas pocas chupadas, los apaga. Cuando le pregunto por Blair, me mira y dice:

—¿De verdad lo quieres saber? —Y luego, con una sonrisa espantosa, añade—: Parece como si de verdad te importase.

Dejo de prestarle atención y me pongo a hablar con ese tipo que se llama Benjamin y que va a Oakwood. Al parecer le han robado su BMW y dice que ha tenido muchísima suerte porque ha encontrado un BMW 320i nuevo del mismo color verde que el que le había comprado su padre y le han robado.

—Parece increíble, pero lo encontré. ¿No te parece?

—Sí, parece increíble —le contesto mirando a Alana.

Kim le da un trozo de sushi a Benjamin y luego él toma un trago del sake que ha conseguido con su carnet de identidad falso, y se pone a hablar de música.

—New Wave. Power Pop. Primitive Muzak. Todo eso es una mierda. Lo único

que cuenta es el rockabilly. Y no me refiero a esos maricones de los Stray Cats. Hablo de rockabilly de verdad. Voy a ir a Nueva York en abril para ver cómo andan las cosas por allí. No estoy seguro de que funcione. Tampoco de lo que pasa en Baltimore.

—En Baltimore, claro —digo.

—Sí. A mí también me gusta el rockabilly —dice Kim, limpiándose las manos en la servilleta—. Pero todavía ando con los Psychedelic Furs y me gusta esa canción nueva de Human League.

—Los Human League están muy pasados —dice Benjamin—. Es un grupo terminado. Muerto. No sabes de qué van las cosas ahora, Kim.

Kim se encoge de hombros. Me pregunto qué será de Dimitri. ¿Seguirá Jeff con el surfista de Malibu?

—Bueno, no quiero decir que no lo sepas —continúa Benjamin—. Pero apuesto lo que sea a que ni siquiera has leído *The Face*. Lo tienes que leer —enciende un pitillo—. Lo tienes que leer.

—¿Por qué?

Benjamin me mira, se pasa la mano por el tupé y dice:

—Porque si no te aburrirás.

Yo digo que supongo que sí y luego hago planes con Kim para vemos esa misma noche en su casa con Blair y luego voy a casa y salgo a cenar con mi madre. Cuando volvemos me meto debajo de la ducha y me siento en el suelo y dejo que el agua me caiga encima con toda la fuerza posible.

Voy a casa de Kim y encuentro a Blair sentada en la cama de Kim y tiene una bolsa de esas de Jurgenson’s en la cabeza y cuando entro, su cuerpo se pone todo tenso y se vuelve, sobresaltada, y apaga el estéreo a tientas.

—¿Quién es?

—Soy yo —le digo—. Clay.

Se quita la bolsa de la cabeza y sonríe y me cuenta que tiene hipo. Hay un perro muy grande a los pies de Blair y me agacho y acaricio la cabeza del perro. Kim sale del cuarto de baño, da una chupada al pitillo que está fumando Blair y luego lo tira al suelo. Vuelve a poner el estéreo. Suena una canción de Prince.

—Jesús, Clay, parece como si estuvieras en ácido o algo así —dice Blair, encendiendo otro pitillo.

—Acabo de cenar con mi madre —le cuento.

El perro apaga el pitillo con la pata y luego se lo come.

Kim habla de un antiguo novio suyo que una vez tuvo un viaje malo de verdad.

—Tomó el ácido y al mes y medio todavía no había bajado. Sus padres lo mandaron a Suiza.

Kim se vuelve hacia Blair, que está mirando al perro. El perro se traga el resto del pitillo.

—¿Me encontráis bien? —pregunta Kim.

Blair asiente y dice que se quite el sombrero.

—¿Tú crees? —pregunta Kim, indecisa.

—Claro, ¿por qué no? —Suspiro y me siento en la cama de Kim.

—Es pronto. ¿Por qué no vamos al cine? —dice Kim, mirándose al espejo. Se quita el sombrero.

Blair se levanta y dice:

—Es una buena idea. ¿Qué ponen?

El perro gruñe y vuelve a tragar.

Vamos en coche a Westwood. La película que quieren ver Kim y Blair empieza a las diez y trata de un grupo de chicas de una asociación universitaria a quienes degüellan y tiran a una piscina. No atiendo demasiado a la película, sólo a las partes más sangrientas. Mis ojos van de la pantalla a los dos rótulos verdes de Salida que hay encima de las dos puertas del cine. La película termina bruscamente y Kim y Blair se quedan a ver los títulos de crédito y reconocen un montón de nombres. Al salir, Blair y Kim ven a Lene, y Blair me agarra del brazo y dice:

—¡Oh, no!

—Vamos a dar la vuelta, por favor —dice Kim con voz apremiante—. No le digáis que hoy la hemos visto en la televisión.

—Demasiado tarde —Blair sonríe—. Hola, Lene.

Lene está demasiado morena y sólo lleva unos vaqueros descoloridos y una de esas camisetas casi transparentes de Hard Rock Cafe y está con un chico rubio muy joven que también está demasiado moreno y lleva gafas de sol y pantalones cortos y Lene grita:

—Dios mío. Blair. Kimmy.

Lene y Blair se abrazan y luego Lene y Kim se abrazan y hacen como que se besan en las mejillas.

—Os presento a Troy —dice Lene.

—Os presento a Clay —dice Blair, apoyando su brazo en mi hombro.

—Hola, Troy —digo yo.

—Hola, Clay —dice él.

Nos damos la mano, los dos sin fuerza, y las chicas parecen encantadas.

—Dios mío, Blair, Troy y yo hemos salido hoy en la televisión. ¿Me has visto? —pregunta Lene.

—No —dice Blair con tono de disgusto, y mira a Kim un momento.

—¿Y tú? —pregunta Lene a Kim. Kim dice que no con la cabeza.

—Yo tampoco me he podido ver. En realidad, creo que sólo me he visto una vez, pero no estoy segura. ¿Me has visto tú alguna vez, Troy?

Troy dice que no con la cabeza y se mira las uñas.

—También salió Troy, pero no me cogieron bien cuando bailaba con Troy. Siguieron a una puta del Valle que bailaba cerca de Troy. —Saca un pitillo y busca un encendedor.

—A lo mejor lo vuelven a poner y puedes verte —dice Blair con una mueca de disgusto.

—Claro, suelen ponerlo todo más de una vez —dice Kim con otra mueca y mirando a Troy.

—¿De verdad? —pregunta Lene esperanzada. Le enciendo el pitillo.

—Sí, lo repiten todo —dice Blair—. Todo.

Nunca llegamos al Nowhere Club. Kim se pierde y ha olvidado la dirección, así que vamos al Barney's Beanery y nos sentamos allí en silencio y Kim habla de su fiesta y yo juego al billar y cuando Blair pide una copa, la camarera le pide el carnet de identidad y Blair saca uno falso y la camarera trae la copa y Blair se la pasa a Kim, que la bebe muy deprisa y dice a Blair que le pida otra. Y las dos hablan de lo mal que estuvo Lene en la televisión.

Trent me llama la noche siguiente y me dice que está deprimido: se le ha terminado la coca y no consigue dar con Julian; tiene problemas con una chica.

—Fuimos a esa fiesta anoche y… —empieza Trent, y luego se interrumpe.

—¿Y qué? —pregunto, tumbado en la cama y mirando la televisión.

—Bueno, no sé, creo que vio a alguien… —Vuelve a interrumpirse—. Total, que no acabamos juntos. Anduve por ahí…

Hay otra larga pausa.

—Anduviste por ahí y ¿qué más? —pregunto.

—¿Por qué no vamos al cine? —dice de pronto Trent.

Me lleva un rato decirle algo porque en la televisión salen unos edificios que caen a cámara lenta y en blanco y negro.

Camino del Beverly Center, Trent fuma un porro y dice que esa chica vive cerca del Beverly Center y que me parezco algo a ella.

—Estupendo —digo yo.

—Las chicas andan todas jodidas. Especialmente ésa. Anda jodida del todo. Le pega a la cocaína. Y a ese medicamento que se llama Preludín. Una especie de anfeta. —Le da otra calada al canuto, y me lo pasa, y luego baja el cristal de la ventanilla y mira el cielo.

Aparcamos y luego atravesamos el Beverly Center, que está vacío. Todas las tiendas están cerradas y cuando subimos al piso de arriba, donde están los cines, la

blancura de los techos y las paredes resulta cegadora y atravesamos a toda prisa el vestíbulo y no vemos a ninguna otra persona hasta que llegamos a los cines. Hay una pareja pegándose junto a la taquilla. Sacamos las entradas y bajamos al vestíbulo de la sala trece y Trent y yo somos las únicas personas que hay en ese vestíbulo y fumamos otro porro.

Cuando salimos del cine, a los noventa minutos, o puede que a las dos horas, una chica con el pelo color de rosa y patines colgando de los hombros se acerca a Trent.

—Trent, Dios mío. ¿No encuentras que ese sitio es para ponerse a gritar? —grita la chica.

—Hola, Ronnette, ¿qué haces por aquí? —Trent está completamente pirado; se ha pasado dormido media película.

—Dando una vuelta.

—Ronnette, te presento a Clay. Clay, te presento a Ronnette.

—Hola, Clay —dice ella, flirteando—. ¿Qué película habéis visto? —abre un chicle Bazooka y se lo mete en la boca.

—Estuvimos en la sala número trece —dice Trent, fuera de combate, con los ojos enrojecidos y medio cerrados.

—¿Cómo se titulaba? —pregunta Ronnette.

—Lo he olvidado —dice Trent, y me mira. Yo también lo he olvidado y me encojo de hombros.

—Oye, Trent, necesito ir a un sitio. ¿Has venido en coche? —pregunta la chica.

—No, bueno, sí. Hemos venido en el de Clay.

—Clay, ¿podrías llevarme, por favor?

—Claro.

—Fabuloso. Voy a ponérmelos y nos vamos.

Al atravesar el vestíbulo, un guardia de seguridad que está sentado en un banco blanco y fuma un pitillo le dice a Ronnette que el Beverly Center no es una pista de patinaje.

—Demasiado —dice Ronnette, y se aleja patinando.

El guardia se queda allí sentado y da otra chupada al pitillo y mira cómo nos vamos.

Una vez en mi coche, Ronnette nos dice que acaba de cantar, en realidad ha hecho coros, en el nuevo álbum de Bandarasta.

—Pero no me gusta Bandarasta. Siempre me llama «Halloween». Y no me gusta que me llamen «Halloween». No me gusta nada.

No le pregunto quién es Bandarasta; en vez de eso le pregunto si es cantante.

—Bueno, a veces. Pero en realidad soy peluquera. Verás, tuve un mono y me echaron y ahora ando por ahí. También pinto… ¡Dios mío! Ahora que me acuerdo, he

dejado unos dibujos en la casa de Devo. Creo que quieren usarlos en un vídeo. Es lo mismo… —Se ríe y luego para y hace un globo con el chicle—. ¿Qué me preguntabas? Lo he olvidado.

Veo que Trent se ha dormido y le doy un codazo en el estómago.

—Estoy despierto, tío… Estoy despierto. —Baja el cristal de su ventanilla.

—Cla-ay —dice Ronnette—. ¿Qué me preguntabas? Se me ha olvidado.

—¿A qué te dedicas? —pregunto irritado, tratando de mantenerme despierto.

—Ah, era eso. Corto el pelo en Flip. Sube el volumen. Me encanta esa canción.

—Trent, despierta, carapijo —digo en voz alta por encima de la música.

—Estoy despierto, tío, estoy despierto. Sólo tengo los ojos cansados.

—Ábrelos —le digo.

Los abre.

—Te queda muy bien el pelo —le dice a Ronnette.

—Me lo teñí yo. Tuve un sueño muy raro, ¿sabes? Vi que el mundo entero se deshacía. Yo estaba en La Ciénaga y desde allí veía el mundo entero y se deshacía como si fuera de verdad. Así que pensé: si el sueño se vuelve realidad, ¿qué podría hacer para evitar que el mundo se deshiciera? ¿Entiendes?

Asiento con la cabeza.

—¿Qué podría hacer para que las cosas sean de otro modo? Así que pensé que si me hacía un agujero en la oreja, o cambiaba de aspecto físico, o me teñía el pelo, el mundo a lo mejor no se deshacía. Conque me teñí el pelo y este rosa dura. Me gusta. Dura. Y ya no creo que el mundo se vaya a deshacer.

Su tono no me tranquiliza y casi no puedo creer que esté asintiendo con la cabeza como si la entendiera, pero me paro en Danny's de Santa Monica y ella se baja del pequeño asiento trasero del Mercedes y se sienta en la acera y se ríe mientras nos alejamos. Le pregunto a Trent dónde la ha conocido. Pasamos junto al cartel de Sunset. Desaparezca aquí.

—Por ahí —dice Trent—. ¿Te apetece que fumemos un porro?

Al día siguiente voy a la casa de Julian de Bel Air con el dinero en un sobre verde. Está tumbado en la cama con un traje de baño mojado viendo vídeos musicales. La habitación está a oscuras, la única luz es la de las imágenes en blanco y negro de la televisión.

—Traigo el dinero —le digo.

—Estupendo.

—No necesitas contarlo. Está todo.

—Gracias, Clay.

—¿Para qué es de verdad, Julian?

Julian mira el vídeo hasta que se termina y luego se vuelve hacia mí.

—¿Por qué lo quieres saber?

—Porque es una porrada de dinero.

—¿Entonces por qué me lo prestas? —pregunta, pasándose la mano por el pecho moreno.

—Porque eres amigo mío. —Y parece que le estoy haciendo una pregunta. Bajo la vista.

—Claro que lo soy —dice Julian, volviendo a mirar la televisión.

Empieza otro vídeo.

Julian se duerme.

Me marcho.

Rip me llama y me dice que por qué no nos vemos en La Scala Boutique, comemos algo, una ensalada o así, y hablamos de negocios. Voy a La Scala y encuentro aparcamiento en la parte de atrás y me quedo sentado en el coche hasta que termina la canción de la radio. Una pareja, en un Jaguar azul oscuro, cree que me voy a ir, pero hago como que no los veo. Me quedó allí sentado un poco más y la pareja del Jaguar toca el claxon y se va. Me bajo del coche y entro en el restaurante y me siento ante la barra y pido un vaso de vino tinto. Cuando lo termino, pido otro y al llegar Rip ya he bebido tres vasos.

—Hola, ¿cómo va todo?

Miro el vaso.

—¿La traes?

—Oye —cambia el tono—. Te he preguntado que cómo te van las cosas. ¿Vas a contestarme o no?

—Todo va bien, Rip.

—Estupendo. Eso es precisamente lo que quería oír. Termina ese vino y vamos a una mesa, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Tienes buen aspecto.

—Gracias —le digo, termino el vino y dejo un billete de diez dólares en la barra.

—Y un moreno estupendo —me dice cuando nos sentamos.

—¿La has traído? —pregunto.

—Tranquilo, chico —dice Rip, mirando la carta—. Hace calor de verdad.

—Sí.

Una vieja, que lleva una sombrilla, cae de rodillas al otro lado de la calle.

—¿Te acuerdas del verano pasado? —me pregunta.

—No muy bien.

Junto a la vieja se han parado unas cuantas personas y llega una ambulancia, pero la mayor parte de los clientes de La Scala no parece que se fijen.

—Tienes que acordarte.

El verano pasado. Cosas que recuerdo del verano pasado. Ir a clubs: The Whire, Nowhere Club, Land's End, el Edge. Un albino en el Canter's a las tres de la mañana. Un enorme cráneo verde que mira a los que pasan en coche desde un cartel de Sunset, con capucha, una patena en la mano, dedos huesudos señalando algo. Un travestí que vi en una película. Vi a un montón de travestís ese verano. Una cena con Blair en Morton's cuando me dijo que no fuera a New Hampshire. Un enano al que vi subir a un Corvette. Un concierto de las GoGo al que fui con Julian. Una fiesta en casa de Kim un domingo por la tarde que hacía mucho calor. Los B-52s en el estéreo, Gazpacho, chiles en Chasen's, hamburguesas, daiquiris, helados. Dos chicos ingleses tumbados junto a la piscina que me dicen que les gusta mucho trabajar en Fred Segal. Todos los chicos ingleses que conocí ese verano trabajaban en Fred Segal. Un chico francés, con el que se acostó Blair, fumando un porro, los pies en el jacuzzi. Largos en la piscina. Rip trae un ojo de plástico en la boca. Miro las palmeras, y luego el cielo.

Se supone que esta noche va a tocar alguien en The Palace, pero Blair está borracha y Kim distingue a Lene en la puerta y las dos se enfadan y Blair da la vuelta al coche. Una chica llamada Angel iba a venir con nosotros, pero por la tarde se enganchó en el desagüe de su jacuzzi y casi se ahoga. Kim dice que han reabierto The Garage, en La Brea, y Blair se dirige a La Brea y luego baja por la carretera de La Brea y luego vuelve a subir y no consigue encontrarlo. Blair se ríe y dice:

—Esto es ridículo.

Luego pone una cinta de Spandau Ballet y sube el volumen.

—Vamos al puñetero Edge —grita Kim.

Blair se echa a reír y luego dice:

—De acuerdo.

—¿Tú qué opinas, Clay? ¿Vamos al Edge o no? —pregunta Kim.

Yo voy en el asiento de atrás, borracho, y me encojo de hombros, y cuando llegamos al Edge tomo otro par de copas.

El pinchadiscos del Edge esta noche no lleva camisa y tiene unas pinzas en los pezones y lleva un sombrero de vaquero de cuero y suelta entre las canciones:

—Hip-Hip Hurra.

Kim me dice que es evidente que el pinchadiscos no puede decidir si es un chulo o New Wave. Blair me presenta a una de sus amigas, Christie, que sale en un nuevo programa de televisión de la ABC. Christie está con Lindsay, que es alto y se parece mucho a Matt Dillon. Lindsay y yo subimos al servicio y esnifamos un poco de coca.

En el espejo, encima del lavabo, alguien ha escrito con letras negras: «Leyes de las tinieblas».

Después de salir del servicio, Lindsay y yo nos sentamos en la barra de arriba y me cuenta que en la ciudad no hay demasiados sitios a los que ir. Asiento, mientras miro las luces estroboscópicas de la gran pista de baile. Lindsay me enciende el pitillo y habla, pero la música está muy alta y no consigo oír casi nada de lo que dice. Un surfista se me echa encima y sonríe y me pide fuego. Lindsay le da fuego al chico y le devuelve la sonrisa. Luego se pone a hablar de que en los últimos cuatro meses no ha conocido a nadie que tenga más de diecinueve años.

Lindsay se levanta y dice que acaba de ver a su díler y que tiene que hablar con él. Me quedo en la barra y enciendo otro pitillo y pido otra copa. También hay una chica gorda sentada sola en la barra vacía. Trata de hablar con el barman que, como el pinchadiscos, va sin camisa y baila solo detrás de la barra al sonido de la música que despide el sistema sonoro del club. La chica gorda bebe Tab con una paja y lleva un montón de maquillaje encima y unos pantalones rojos de Calvin Klein y unas botas de vaquero. El barman no la escucha y tengo esta imagen suya: la veo sentada sola en una habitación esperando a que suene el teléfono. La chica gorda pide otro Tab. Abajo la música se interrumpe y el pinchadiscos anuncia que dentro de quince días habrá una fiesta en The Florentine Gardens.

—Esto está muy animado —le dice la chica gorda al barman.

—¿Cómo? —pregunta el barman.

La chica baja la vista, avergonzada, y paga y se levanta y se abrocha el botón de arriba de los pantalones y se aleja de la barra y en un momento determinado de esa misma noche caigo en la cuenta de que voy a pasar en casa otras dos semanas.

El psiquiatra al que voy me dice que tiene una idea nueva para un guión de cine. En vez de escuchar, pongo la pierna por encima del brazo de la enorme butaca de cuero negro y enciendo otro pitillo. El tipo sigue hablando y al cabo de un par de frases se pasa los dedos por la barba y me mira. Tengo las gafas de sol puestas y no está seguro de que le esté mirando. El psiquiatra habla un poco más y de pronto no importa nada lo que dice. Hace una pausa y me pregunta si le quiero ayudar a escribirlo. Le digo que no me interesa. El psiquiatra dice:

—Clay, ya sabes que tú y yo hemos hablado bastante de que deberías ser más activo y no tan pasivo, y creo que sería una buena idea que me ayudaras a escribirlo. Por lo menos, el borrador.

Murmuro algo, le echo el humo del pitillo y miro por la ventana.

Aparco el coche delante del nuevo apartamento de Trent, a unas cuantas

manzanas de la U.C.L.A., en Westwood, el apartamento en el que vive durante el curso. Rip abre la puerta, pues ahora es el díler de Trent, dado que éste no ha conseguido dar con Julian.

—Adivina quién está —dice Rip.

—¿Quién?

—Adivínalo.

—¿Quién?

—Adivínalo.

—¿De quién se trata, Rip?

—Es joven, es rico, es iraní. —Rip me empuja al cuarto de estar—. Se trata de Atiff.

Atiff, a quien no he visto desde que nos graduamos, está sentado en el sofá. Lleva mocasines Gucci y un traje italiano muy caro. Estudia primero en la U.S.C. y tiene un 380 SL negro.

—Clay, ¿cómo estás, amigo? —Atiff se levanta del sofá y me estrecha la mano.

—Muy bien. ¿Y tú?

—Muy bien, muy bien. Acabo de llegar de Roma.

Rip sale de la habitación y entra en el cuarto de Trent y pone el canal de los vídeos musicales y sube el volumen.

—¿Dónde está Trent? —pregunto.

—Duchándose —dice Atiff—. Tienes buen aspecto. ¿Qué tal por New Hampshire?

—Bien —digo, y sonrío al que comparte la casa con Trent, Chris, que está sentado en la mesa de la cocina, hablando por teléfono. Me devuelve la sonrisa y se levanta y se pone a pasear muy nervioso por la cocina. Atiff habla de los clubs de Venecia y de que ha perdido una maleta de Louis Vuitton en Florencia. Enciende un pitillo italiano muy fino.

—He vuelto hace un par de noches porque me dijeron que las clases iban a empezar en seguida. Pero no estoy seguro de cuándo van a empezar. —Hace una pausa—. ¿Estuviste en la fiesta de Sandra, en Spago, ayer por la noche? ¿No? No estuvo muy bien.

Asiento y miro a Chris, que cuelga el teléfono y grita:

—¡Mierda!

—¿Qué pasa? —pregunta Atiff.

—Me han robado la guitarra y tenía escondidas dentro unas anfetas que le debía pasar a alguien.

—¿Qué es de tu vida? —le pregunto a Chris.

—Voy a la U.C.L.A.

—¿Te has matriculado?

—Más o menos.

—También compone música —dice Trent, que aparece en la puerta. Sólo lleva unos vaqueros y tiene el pelo mojado y se lo seca con una toalla—. Ponnos algo tuyo, Chris.

—Claro —dice Chris encogiéndose de hombros.

Chris va al estéreo y pone una cinta. Desde donde estoy puedo ver el jacuzzi, humeante, azul, con la luz encendida, y más allá un equipo de pesas y dos bicicletas. Me siento en el sofá y hojeo unas revistas que hay dispersas por la mesa. Un par de *GQ*, unos cuantos *Rolling Stone*, un número de *Playboy* y el número de *People* con la foto de Blair y su padre, y un ejemplar de *Stereo Review* y otro de *Surfer*. Cojo el *Playboy* y luego miro el póster enmarcado del álbum «Hotel California», colgado en la pared, y luego la sombra de las palmeras y las letras azules.

Trent dice que un tal Larry no va al instituto de cine. La música sale por los altavoces y trato de oírla, pero Trent sigue hablando de Larry y Rip hace ruidos histéricos en el cuarto de Trent.

—Su padre hizo una jodida serie que está entre las diez de más audiencia. Larry tiene su propia cámara y en la U.S.C. no le admiten. Tiene la cosa jodida.

—No le admiten porque es adicto a la heroína —grita Rip.

—Eso es una idiotez —dice Trent.

—¿A que no lo sabías? —dice Rip riendo.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Pues era un tipo normal —dice Rip, bajando el volumen de la televisión.

—Mierda, Rip —grito yo—. ¿Y qué entiendes tú por normal?

—Pues normal, ¿qué va a ser?

—Mierda, nunca supuse eso de Larry —dice Atiff.

—Eres un mierda —grita Trent en dirección al dormitorio.

—Mira, Trent, me tocas los cojones —grita Rip.

—Vete a tomar por el culo —chilla Trent. Luego se ríe y vuelve al dormitorio—. ¿Ha hecho alguien las reservas en Monton's?

Tengo la sensación de un déjà vu repetido y al abrir un *GQ* recuerdo las paredes de la habitación de mis hermanas. La música está muy alta y la canción parece interpretada por una niña y la caja de ritmos se oye demasiado. La voz de la niña canta: *«No sé dónde ir / No sé qué hacer / No sé dónde ir / No sé qué hacer / Dímelo tú / Dímelo tú…»*

—¿Habéis hecho las reservas? —vuelve a gritar Trent.

—¿Tienes anfetas? —le pregunta Chris a Trent.

—No —responde Trent—. ¿Ha hecho alguien las reservas?

—¿Anfetas? —pregunta Atiff.

—Oye, no tenemos anfetas —le digo.

La música se acaba.

—Tenéis que oír otra canción —dice Trent, poniéndose una camisa.

Chris no le hace caso y coge el teléfono de la cocina. Marca y pregunta a alguien que está al otro lado de la línea si tiene anfetas. Chris hace una pausa y cuelga. Parece abatido.

—Hoy me ha hecho proposiciones un tipo —dice Rip entrando en el cuarto de estar—. Me abordó en Flip y me ofreció seiscientos dólares si iba a Laguna con él a pasar el fin de semana.

—Estoy seguro de que no fuiste el único al que le hizo proposiciones —dice Trent, saliendo del cuarto de estar y abriendo la puerta que da al jacuzzi. Se agacha y prueba el agua—. ¿Chris, tienes pitillos?

—Sí, en mi habitación, en la mesilla —dice Chris marcando otro número.

Vuelvo a mirar el póster y me pregunto si debería esnifar la coca que tengo en el bolsillo ahora, antes de ir a Morton's, o cuando lleguemos allí. Trent sale de la habitación de Chris y quiere saber quién es el que está dormido en el suelo de la habitación de Chris.

—Es Alan, me parece. Lleva así como un par de días.

—Estupendo —dice Trent—. Estupendo de verdad.

—Déjale en paz, está con el mono o algo así.

—Vámonos —dice Trent.

Rip va al cuarto de baño y Atiff y yo nos ponemos de pie.

Chris cuelga el teléfono.

—¿Vas a estar aquí cuando vuelva? —le pregunta Trent.

—No, voy a ir a Colony por unas anfetas.

Mis sueños empiezan tranquilamente. Soy más joven y vuelvo a casa del colegio y el día está nublado, hay nubes grises y blancas y algunas color púrpura. Entonces se pone a llover y echo a correr. Después de correr por entre el agua que cae durante lo que parece mucho tiempo, de repente resbalo en el barro y caigo de bruces en el suelo porque la tierra está muy mojada. Empiezo a hundirme y se me llena la boca de barro y empiezo a tragarlo y el barro me sube hasta la boca y por fin me llega a los ojos y no me despierto hasta que estoy completamente hundido en él.

Empieza a llover en Los Angeles. Leo que hay casas que se hunden, que se deslizan colina abajo en medio de la noche, y me paso la noche entera despierto, habitualmente esnifando coca, hasta que al amanecer estoy seguro de que a nuestra casa no le ha pasado nada. Luego salgo a la humedad de la mañana y cojo el periódico, leo las críticas de cine y trato de ignorar la lluvia.

Los días que llueve no pasan muchas cosas. Una de mis hermanas compra un pez y lo mete en el jacuzzi y el calor y el cloro lo matan. Recibe unas llamadas

telefónicas muy raras. Alguien llama, normalmente a altas horas de la noche, y cuando descuelgo la persona que ha llamado no dice nada durante tres minutos. Los cuento. Luego oigo un suspiro y cuelgan. Los semáforos de Sunset están estropeados. La luz amarilla se enciende en un cruce y luego la verde durante un par de segundos, seguida de la amarilla, y luego la roja y la verde se encienden al mismo tiempo.

Trent ha venido a verme. Llevaba un traje caro de verdad, dijeron mis hermanas, y conducía un Mercedes que no era suyo.

—Es de un amigo mío —les dijo Trent.

También les dijo que me dijeran que Scott ha tenido una sobredosis. No sé quién es ese Scott. Sigue lloviendo.

Y esa noche, después de tres de esas extrañas llamadas, estrello un vaso contra la pared. No viene nadie a ver qué ha pasado. Luego me tumbo en la cama, despierto, tomo veinte miligramos de Valium para contrarrestar la coca, pero no consigo dormir. Pongo el canal de los vídeos musicales y contemplo el Valle por la ventana y miro las luces de neón bajo el cielo púrpura de la noche y miro pasar las nubes y luego me tumbo en la cama y trato de recordar cuántos días llevo en casa y luego me levanto y paseo por la habitación y enciendo otro pitillo y luego suena el teléfono. Así son las noches cuando llueve.

Estoy sentado en Spago con Trent y Blair, y Trent dice que está seguro de que en la barra esnifan cocaína y yo le digo que por qué no se une a ellos y me dice que me calle. Como esnifamos medio gramo antes de salir de casa de Trent no tenemos hambre y sólo pedimos unos aperitivos y una pizza y seguimos bebiendo mosto y vodka. Blair sigue oliéndose la muñeca y canturrea mientras el single nuevo de Human League suena en el sistema estéreo.

Blair le pregunta al camarero, después de que nos sirva la cuarta ronda de cócteles, si estaba en el Edge la otra noche. El camarero sonríe y niega con la cabeza.

—Oye, ¿Walker es alcohólico de verdad? —pregunta Blair a Trent.

—Sí, es alcohólico —contesta Trent.

—Ya lo sabía. Pero, con todo, Walker es estupendo. Es muy agradable.

Trent ríe y se muestra de acuerdo, luego me mira.

Durante un momento me sobresalto y los miro a los dos y digo:

—Walker es muy agradable. —Aunque no sé quién es Walker.

—Sí, Walker me cae muy bien —dice Trent.

—Sí, Walker es una persona muy agradable —añade Blair.

—Creo que no os lo había dicho —empieza Trent—. Mañana voy a Springs a ver unos cactus mejicanos. Es de lo más típico que se puede ver por aquí. Mi madre me lo propuso y yo dije: «De ninguna manera», y ella dijo: «Nunca haces nada por mí», y me di cuenta de que era verdad, así que dije: «Muy bien, iremos», porque me dio

pena, ya sabéis. Además, me han dicho que Sandy tiene una coca estupenda y también irá.

—Eres un chico muy agradable —dice Blair sonriendo.

Casi son las doce de la noche y alguien paga la cuenta y le digo a Trent, después de que Blair fuera al servicio, que no tengo ni idea de quién es Walker. Trent me mira y dice:

—Estás chiflado, ¿lo sabías?

—No estoy chiflado.

—Sí, tío, eres absurdo.

—¿Y por qué estoy chiflado?

—Porque lo estás.

—Eso es absurdo.

—A lo mejor no lo es.

—Pues vaya.

—Tú estás loco, Clay —se ríe Trent.

—No, no lo estoy —le digo, riéndome también.

—Sí, creo que lo estás. En realidad, estoy completamente seguro de ello —dice.

—¿Estás seguro?

Trent termina su copa, chupa un cubito de hielo y pregunta:

—¿Con quién follas ahora?

—Con nadie. Además, eso no es asunto tuyo ni de Blair, ¿entendido?

—Entendido —dice Trent.

— ¿Y tú con quién follas? —le pregunto.

No dice nada.

—Dime con quién follas —vuelvo a preguntarle.

—Por favor, Clay.

—Anda, dime con quién follas —repito una vez más.

—No lo entenderías.

—¿No entendería qué? ¿Qué es lo que no entendería? —le pregunto—. Si tiene algo que ver con Blair, te equivocas. Ella lo debería saber. ¿Todavía cree que andamos ligados? ¿Te dijo eso? Bien, pues no. ¿Entendido?

Se me están pasando los efectos de la coca y estoy a punto de levantarme para ir al servicio.

—¿Se lo has dicho? —pregunta por fin Trent.

—No —digo, mirándole.

—So zorro —dice muy despacio.

—¿Quién es el zorro? —pregunta Blair, sentándose.

—Roberto —dice Trent, apartando la vista.

No quiero dejar solos a Trent y Blair, conque me quedo allí sentado muy quieto.

—Bueno, a mí no me lo parece.

—Es que no lo es.

—Sólo es distinto —dice Blair.

—¿Por qué te gusta? —pregunta Trent, chupando otro cubito de hielo y mirándome.

—Porque… —dice Blair, poniéndose de pie.

—Porque no has estado muchas veces con él —dice Trent, que también se levanta, y Blair se ríe y a su vez añade:

—Puede ser. —Y está de mejor humor y me pregunto si habrá esnifado coca en el servicio. Probablemente. Luego me pregunto si eso importa.

Mientras esperamos a que traigan el coche, Blair y Trent se ríen de un modo que me irrita y luego ella mira al cielo, que está lleno de nubes, y se pone a llover. Entramos en el coche de Trent y ella pone una cinta y empieza a cantar Bananarama y Trent le pregunta dónde está la cinta de Beach-Mix y Blair le dice que está cansada de ella porque la ha oído demasiadas veces. Por algún motivo la creo y bajo el cristal de la ventanilla y nos dirigimos a After Hours.

La chica junto a la que estoy sentado en After Hours tiene dieciséis años y está muy morena y me dice que es trágico que en la KROQ tengan lista de éxitos. Blair está sentada frente a mí y junto a Trent, que está haciendo su imitación de Richard Blade para dos chicas rubias. Se acerca Rip, después de hablar con la estrella del pomo gay que está sentado en la barra con su novia, y susurra algo al oído de Blair y los dos se levantan y se van. La chica que está sentada junto a mí está borracha y tiene la mano en mi muslo y ahora pregunta si se ha incendiado The Whiskey y le digo que sí, claro, y Blair y Rip vuelven y se sientan y los dos parecen sobreexcitados; Blair mueve la cabeza adelante y atrás mientras mira a los que bailan; y Rip mira a todas partes buscando a la chica con la que vino. Blair saca un lápiz y se pone a escribir algo en la mesa. Rip localiza a la chica. Un chico alto y rubio se acerca a nuestra mesa y una de las chicas que está sentada junto a Trent se levanta de un salto y dice:

—¡Teddy! Creía que estabas en coma.

Teddy explica que no lo está, pero que le han quitado el permiso de conducir por circular borracho por la Pacific Coast Highway, y Blair sigue escribiendo en la mesa y Teddy se sienta. Me parece distinguir a Julian que se va, y dejo la mesa y voy a la barra y luego salgo y llueve mucho y oigo a Duran Duran sonando dentro y una chica a la que no conozco pasa a mi lado y me dice hola y yo le contesto y voy al servicio y cierro la puerta y me miro en el espejo. Llama gente a la puerta y me apoyo en ella, no puedo esnifar la coca y lloro durante unos cinco minutos y luego salgo y vuelvo al club, que está a oscuras y abarrotado, y nadie puede ver que tengo la cara hinchada y

los ojos rojos y me siento junto a la chica rubia borracha y ella y Blair están hablando de sus calificaciones. Luego llega Griffin con una chica rubia muy guapa y me sonríe y los dos van a la barra a hablar con la estrella del porno gay y su novia. En un determinado momento Blair se marcha con Rip o quizá con Trent, o quizá Rip se marcha con Trent, o quizá Rip se marcha con las dos chicas rubias, y yo acabo bailando con esa chica y ella se pega a mí y me susurra que por qué no vamos a su casa. Y atravesamos la abarrotada pista y ella va al servicio y yo la espero ante una mesa. Alguien ha escrito «Auxilio» muchas veces con lápiz rojo en la mesa con letra infantil y hay números de teléfono alrededor de los veinte «Auxilio» y muchas palabras ilegibles alrededor de los números de teléfono. La chica vuelve y salimos de After Hours, pasamos junto a la chica que me dijo hola y que está llorando en la acera, y también pasamos junto a la estrella del porno gay, que fuma un porro; pasamos junto a cuatro tipos mejicanos que molestan a las chicas que entran y salen del club, y junto al empleado de seguridad y al que se ocupa del aparcamiento, que no deja de decirles a los mejicanos que será mejor que se vayan. Y uno de ellos me llama maricón de mierda y la chica y yo entramos en su coche y nos dirigimos a las colinas y llegamos a su habitación y me desnudo y me tumbo en su cama y ella va al cuarto de baño y espero un par de minutos y por fin sale envuelta en una toalla, y se sienta en la cama y pone mis manos en sus hombros, y dice que me quede quieto y luego que me apoye contra la cabecera de la cama y lo hago y entonces se quita la toalla y queda desnuda y de un cajón de junto a la cama saca un tubo de Bain De Soleil y me lo da y luego del mismo cajón saca unas gafas de sol Wayfarer y me dice que me las ponga, cosa que hago. Y me quita el tubo de crema solar y se echa un poco en los dedos y empieza a tocarse y me dice que haga lo mismo y lo hago. Al cabo de un rato me paro y trato de acercarme a ella pero dice que no, y vuelve a poner mi mano en mi cuerpo y su mano vuelve a empezar y la cosa sigue así un rato y le digo que me voy a correr y ella dice que espere un momento y que ya casi está y empieza a moverse más deprisa, separando las piernas, apoyándose en la almohada, y me quito las gafas de sol y me dice que me las vuelva a poner y me las pongo y entonces me corro y supongo que ella también. Bowie suena en el estéreo y ella se levanta y lo apaga y pone el canal de los vídeos musicales. Me quedo allí, desnudo, con las gafas puestas, y ella me da una caja de Kleenex. Me limpio y entonces veo un *Vogue* que hay al lado de la cama. Se pone una bata y me mira. Oigo un trueno a lo lejos y empieza a llover con más fuerza. Enciende un pitillo y empiezo a vestirme. Y luego llamo a un taxi y por fin me quito las Wayfarer y ella me dice que baje la escalera con cuidado para no despertar a sus padres. El taxi me lleva a casa de Trent y cuando entro en mi coche, en el asiento hay una nota que dice: «¿Lo has pasado bien?», y estoy seguro de que es la letra de Blair y vuelvo a casa.

Estoy sentado en la consulta de mi psiquiatra al día siguiente, tengo resaca de coca y sangro al estornudar. Mi psiquiatra lleva un jersey de pico sin nada debajo y unos vaqueros con las perneras cortadas. Me pongo a llorar con ganas. Me mira y se toca la cadena de oro que lleva al cuello. Dejo de llorar al cabo de un rato y me mira un poco más y luego escribe algo en un block. Me pregunta algo. Le digo que no sé lo que va mal; que a lo mejor se trata de algo que tiene que ver con mis padres, pero no creo, o quizá con mis amigos o simplemente que a veces me encuentro perdido; también puede tratarse de las drogas.

—Por lo menos eres consciente de esas cosas. Pero yo no hablaba de eso. En realidad no te preguntaba nada de eso.

Se levanta y pasea por la habitación y endereza una cubierta enmarcada de un *Rolling Stone* con una foto de Elvis Costello y las palabras «Elvis Costello se arrepiente» en grandes letras blancas. Espero que responda a mi pregunta.

—¿Te gusta? ¿Lo viste en el Amphitheater? ¿Sí? Creo que ahora está en Europa. Por lo menos eso oí en la cadena de vídeos musicales. ¿Te gusta el último álbum?

—¿Y qué pasa conmigo?

—¿Qué pasa contigo?

—¿Qué pasa conmigo?

—Ya te encontrarás mejor.

—No lo creo —digo yo.

—Hablemos de otra cosa.

—Pero, ¿qué va a ser de mí? —grito, ahogándome.

—Venga ya, Clay —dice el psiquiatra—. No seas tan… mundano.

Era el cumpleaños de mi abuelo y llevábamos en Palm Springs casi dos meses; demasiado tiempo. El sol calentaba y el aire era denso aquellas semanas. Era la hora del almuerzo y todavía estábamos sentados bajo la cornisa de delante de la piscina de la vieja casa. Podría recordar que aquel día mi abuelo me había regalado una bolsa de caramelos y que los había tragado sin parar muy nervioso. La guardesa trajo unos entremeses fríos y cerveza y patatas fritas en una gran bandeja de madera, y la dejó en la mesa alrededor de la que estaban sentados mi tía y mi abuela y mi abuelo y mi madre y mi padre. Mi madre y mi tía cogieron unos sandwiches de pavo. Mi abuelo llevaba un sombrero de paja y bebía cerveza Michelob. Mi tía se abanicaba con una revista People. *Mi abuela no se encontraba muy bien y mordisqueó un poco de un sandwich y tomó té frío. Mi madre no prestaba mucha atención a la conversación. Con los ojos clavados en el agua fría, vigilaba a mis hermanas y primos, que jugaban en la piscina.*

—Creo que llevamos demasiado tiempo aquí —dijo mi tía.

—Eso parece una indirecta —dijo mi padre, cambiando de postura en la silla.

—Me quiero ir —dijo mi tía con voz distante, mirando al vacío, con los dedos apretando la revista.

—Muy bien —intervino mi abuelo—. Será mejor que nos vayamos antes de que sea demasiado tarde. Me estoy poniendo rojo como un tomate. ¿No te parece, Clay? —Me guiña un ojo y abre la quinta cerveza.

—Reservaré pasajes para el avión hoy mismo —dijo mi tía.

Uno de mis primos estaba leyendo un número de L.A. Times *y dice algo de un accidente de aviación en San Diego. Todos murmuran algo y los planes para irse se olvidan.*

—Es terrible —dijo mi tía.

—Creo que es mejor morir en un accidente de aviación que de cualquier otro modo —dijo mi padre al cabo de un rato.

—Creo que debe de ser algo horroroso.

—No. Ni te enteras. Te tomas un Librium y cuando se estrella el avión ni te has dado cuenta. —Mi padre cruzó las piernas.

En la mesa se hizo el silencio. Los únicos sonidos eran los de mis hermanas y primos jugando en el agua.

—¿Y tú qué opinas? —le preguntó mi tía a mi madre.

—Trato de no pensar en esas cosas —le contestó mi madre.

—¿Y tú, Mamá? —le preguntó mi padre a mi abuela.

Mi abuela, que no había dicho nada en todo el día, se limpió la boca y dijo con toda tranquilidad.

—No quisiera morir de ninguna manera.

Voy a casa de Trent, pero Trent, recuerdo, está en Palm Springs, así que voy a casa de Rip y un chico rubio abre la puerta vestido únicamente con un traje de baño. La lámpara de infrarrojos del cuarto de estar está encendida.

—Rip ha salido —dice el chico rubio.

Me marcho, y cuando estoy aparcando en Wilshire, Rip aparca frente a mí en su Mercedes y se asoma por la ventanilla y dice:

—Spin y yo vamos al City Café. ¿Nos vemos allí?

Asiento y sigo a Rip Melrose abajo. En la matrícula de su coche pone «CLIMAXX» y brilla.

El City Café está cerrado y hay un anciano vestido con harapos y un viejo sombrero negro, hablando solo, junto a la puerta, y cuando la empujamos nos mira enfadado.

Al volver al coche pregunto a Rip:

—¿A dónde quieres que vayamos?

—Spin quiere ir al Hard Rock.

—Os seguiré —le digo.

Empieza a llover.

Llegamos al Hard Rock Café y, una vez que nos hemos sentado, Spin me dice que esta tarde tuvo algo bueno de verdad. Hay un hombre sentado en la mesa de al lado de la nuestra cuyos ojos están cerrados con fuerza. A la chica que está con él no parece que le importe y toma una ensalada. Cuando el hombre abre los ojos al fin, por algún motivo me siento aliviado. Spin sigue hablando y cuando trato de cambiar de tema y le pregunto por Julian, Spin me dice que Julian le ha estafado una vez. Rip cuenta que Julian anda con problemas.

—Es que está muy colgado.

Spin me mira y asiente:

—Sí, muy colgado.

—Vende una coca y un caballo estupendos, pero no debería venderles a los chavales de los colegios. Eso es realmente bajo.

—Sí —digo—. Muy bajo.

—Hay quienes dicen que el chaval de trece años que murió de una sobredosis en Beverly le había comprado el caballo a Julian.

Me vuelvo hacia Rip al cabo de un rato.

—¿Qué ha sido de tu vida últimamente?

—Nada especial. Tomé unos tranquilizantes para animales la otra noche y fuimos a ver a The Grimsoles —dice—. No estuvieron mal. Tiraron ratas al público. Warren se encontró una en el coche. —Rip baja la vista y ríe—. Y la mató. Era grandísima. Tardó veinte o treinta minutos en liquidar a la jodida.

—Yo acabo de volver de Las Vegas —dice Spin—. Estuve allí con Derf. Nos pasamos el rato en la piscina del hotel de mi padre. No hizo demasiado calor… me parece.

—¿Y tú que has hecho, tío? —me pregunta Rip.

—No demasiadas cosas —digo.

—Claro, ya no hay muchas cosas que hacer —dice Rip.

Spin asiente.

Después de cenar fumamos un porro en el coche mientras vamos a Malibu a comprar un par de gramos de coca a un tipo que se llama Muerto. Voy sentado en el pequeño asiento trasero del coche de Rip y pienso en lo que ha dicho Rip: «Vamos a ver a un tipo que se llama Marto». Pero cuando Spin dijo: «¿Cómo sabes que va a estar por allí?», y Rip dijo, «Porque Muerto siempre anda por ahí», comprendí que su nombre era ése.

Parece que hay una fiesta en casa de Muerto y unos chavales nos miran extraños, probablemente porque Rip y Spin y yo no vamos en traje de baño. Nos dirigimos hacia Muerto, que tiene unos cuarenta y cinco años, lleva pantalones cortos, y está

tumbado encima de un montón de cojines, con dos chicos muy morenos sentados a su lado mirando la televisión, y Muerto le da a Rip un sobre muy grande. Hay una chica rubia muy guapa en bikini sentada detrás de Muerto que le acaricia la cabeza al chico que está a la izquierda de Muerto.

—Andaos con ojo, chicos —balbucea Muerto.

—¿Por qué dices eso, Muerto? —pregunta Rip.

—Hay estupas husmeando por la Colony.

—¿De verdad? —pregunta Rip.

—Sí. A uno de mis chicos le pegó un tiro en la pierna uno de esos jodidos estupas.

—¿De verdad?

—Sí.

—¡Jesús!

—El chaval sólo tenía diecisiete años, por el amor de Dios. Y le alcanzaron en la pierna. A lo mejor le conoces.

—¿Quién era? —pregunta Rip—. ¿Christian?

—No. Randall. Va a Oakwood. ¿Le conoces?

Spin dice que no con la cabeza y «Hambriento como un lobo» sale de los altavoces que están sujetos al techo, encima de la cabeza calva y sudorosa de Muerto.

—Conque ya podéis tener cuidado.

—Sí, tendremos cuidado —dice Spin, dándole un beso a la chica que sigue acariciando el pelo rubio del chico. El chico rubio me guiña un ojo y hace un puchero con la boca.

En el coche Spin prueba la coca y dice que está cortada con demasiada novocaína. Rip dice que en este momento le da igual y que lo único que quiere es hacerse una línea. Rip pone la radio muy alta y grita encantado:

—¿Qué va a ser de todos nosotros?

—¿Y quiénes somos todos, tío, quiénes somos todos? —grita a su vez Spin.

Esnifamos parte de la coca y vamos a unos sótanos de Westwood y nos enrollamos con los videojuegos durante casi dos horas y al final hemos gastado como veinte dólares por cabeza y dejamos de jugar sólo porque nos quedamos sin monedas de veinticinco centavos. Rip es el único que tiene billetes de cien dólares y el encargado de las máquinas no se los quiere cambiar. De modo que Rip vuelve a guardarse la pasta en el bolsillo y manda a tomar por el culo al tipo y los tres volvemos a su coche y terminamos la coca que nos queda.

El padre de Blair da una fiesta para un joven actor australiano cuya nueva película se estrena en Los Angeles la semana que viene. El padre de Blair trata de conseguir que el actor sea la estrella de la nueva película que va a producir, una película de

aventuras de ciencia ficción que se titula *Jinetes de las estrellas*. Pero el precio del actor australiano es demasiado alto. Voy a la fiesta para tratar de hablar con Blair, pero todavía no la he visto, sólo me encuentro con montones de actores y amigos de Blair del instituto de cine de la U.S.C. También está Jared y todo el rato trata de ligarse al actor australiano. Jared no deja de preguntarle si ha visto «Zona crepuscular», con Agnes Moorehead, y el actor australiano niega con la cabeza sin parar y dice:

—No, camarada.

Jared menciona otros episodios de la serie y el actor australiano, que suda mucho y bebe su cuarto cubata de ron, le repite sin parar a Jared que no ha visto ninguno de los episodios de «Zona crepuscular» de los que le habla. Por fin, el actor se aleja de Jared y a Jared se le une su nuevo novio, no el camarero del Morton's, sino un diseñador de modas que trabajaba en la última película del padre de Blair, y que tal vez sí, tal vez no, se ocupe del vestuario de *Jinetes de las estrellas*. Luego el actor australiano se acerca a su mujer, que le ignora. Kim me cuenta que se han peleado esta misma tarde y que ella se largó de su bungalow del Beverly Hills Hotel muy cabreada y fue a una peluquería carísima de Rodeo donde le desgraciaron el pelo. La han dejado pelirroja y con el pelo casi al cero y cuando vuelve la cabeza en un ángulo diferente, veo zonas blancas entre el poco pelo que le queda.

Salen a relucir los daños provocados en Malibu por la tormenta y alguien cuenta que la casa de al lado de la suya se ha hundido.

—Como os lo cuento. Un minuto antes estaba allí y al siguiente… zas… Ya no estaba.

La madre de Blair asiente mientras escucha al director que le cuenta eso y le tiemblan los labios y no deja de mirar a Jared. Voy a acercarme a ella para preguntarle dónde está Blair, pero entran un par de actores y actrices y un director y algunos ejecutivos de los estudios. Vienen de la entrega de los Premios Globo. Una de las actrices cruza la habitación casi corriendo y abraza al diseñador de modas y le susurra en voz alta:

—Marty no ha ganado, consíguele un whisky, puro, en seguida, y a mí tráeme un vodka Collins antes de que me desmaye. No te importa, ¿verdad, querido?

El diseñador de modas chasca los dedos en dirección al barman negro de pelo blanco y dice:

—¿Lo has oído?

El barman sale de su estupor y prepara las bebidas que ha pedido la actriz. La gente se pone a preguntarle quién se llevó los Premios Globo. Pero la actriz y la mayoría de los actores y productores y ejecutivos de los estudios lo han olvidado. El director, Marty, sí se acuerda, y recita nombre por nombre con cuidado, y si alguien le pregunta quiénes eran los otros nominados, el director los recita en orden

alfabético.

Me pongo a hablar con uno de los chicos que va al instituto de cine de la U.S.C. Está muy moreno y tiene una barba rubia incipiente y lleva gafas y unos playeros Tretorn bastante rotos y no para de hablar de la «indiferencia estética» de las películas americanas. Estamos sentados los dos solos en el estudio y en seguida entran Alana y Kim y Blair. Se sientan. Blair no me mira. Kim coge al chico del instituto de cine por el brazo y le pregunta: —Te llamé ayer por la noche, ¿por dónde andabas?

—Jeff y yo nos fumamos un par de canutos y fuimos al pre-estreno de la nueva «Viernes 13».

Yo miro a Blair tratando de atraer su atención. Pero ella no quiere mirarme.

Jared y el padre de Blair y el director de *Jinetes de las estrellas* y el diseñador de modas entran y se sientan y la conversación trata del actor australiano y el padre de Blair le pregunta al director, que lleva una camisa polo y gafas oscuras, qué hace en la ciudad el actor.

—Creo que anda por aquí para ver si es nominado para un Oscar.

—¿Por esa mierda? —suelta el padre de Blair.

Se calma y mira a Blair, que está sentada junto a la chimenea, cerca de donde suele estar el árbol de Navidad, y parece deprimida. Su padre se acerca a ella.

—Ven aquí, cariño, y siéntate en el regazo de papá.

Blair le mira incrédula durante un momento y luego baja la vista, sonríe y sale de la habitación. Nadie dice nada. Al cabo de un rato el director se aclara la garganta y dice que si no quieren que ese «jodido Aussie» trabaje en *Jinetes de las estrellas*, ¿quién coño va a ser la estrella? Surgen algunos nombres.

—¿Qué tal aquel chico tan maravilloso que trabajaba en *El hombre bestia*? Ya sabes a quién me refiero, Clyde.

El diseñador de modas mira al director, que se rasca la barbilla, sumido en sus pensamientos.

Blair vuelve a entrar con una copa y me mira y yo aparto la vista como si estuviera muy interesado en la conversación.

El diseñador de modas se da una palmada en la rodilla y dice:

—¡Marco! ¡Marco! —Y repite el nombre—. Marco… ¿Marco qué?… Ferra… Ferra… ¡mierda! Lo he olvidado por completo.

—¿Marco King?

—No, no, no.

—¿Marco Katz?

Desesperado, el diseñador de modas dice al fin:

—¿Ha visto alguien *El hombre bestia*?

—¿Cuándo estrenaron *El hombre bestia*? —pregunta el padre de Blair—. Creo

que fue el otoño pasado.

—¿Tú crees? Me parece que la vi en Avco hacia el verano.

—Pero yo vi su pre-estreno en MGM.

—No me parece que la estrenaran en Avco —dice alguien.

—Creo que estáis hablando de Marco Ferraro —dice Blair.

—Eso es —dice el diseñador de modas—. Marco Ferraro.

—Me parece que murió de una sobredosis —dice Jared.

—Sí, *El hombre bestia*. Estaba bastante bien —me dice el estudiante de cine—. ¿La viste?

Asiento y miro a Blair. No me había gustado *El hombre bestia* y le pregunto al estudiante de cine:

—¿Encontraste bien el modo en que eliminaban a los personajes? Me parece que no había ningún motivo.

El estudiante de cine hace una pausa y dice:

—Tal vez, pero eso pasa en la vida real…

Vuelvo a mirar a Blair.

—¿No crees? —insiste el estudiante de cine.

—Puede ser —digo.

Blair no me quiere mirar.

—¿Marco Ferraro? —pregunta el padre de Blair—. ¿Es italiano?

—Está tan bueno —suspira Kim.

—Total, chica —confirma Alana.

—¿De verdad? —pregunta el director haciendo una mueca e inclinándose hacia Kim—. ¿Y quién más piensas que está… bueno?

—Venga, chicas —dice el padre de Blair—. A ver si nos dáis alguna idea.

—No grandes actores —dice Jared—. Sólo tipos que estén buenos.

El diseñador de modas asiente y dice:

—Eso mismo.

—Papá, ya sabes que te dije que metieras a Adam Ant o a Sting en la película —dice Blair.

—Ya lo sé, ya lo sé, cariño. Clyde y yo hemos hablado de eso y quizá se pueda arreglar. ¿Qué os parecerían Adam

Ant o Sting en *Jinetes de las estrellas*? —pregunta a Alana y Kim.

—Lo veo bien —dice Kim.

—Yo lo veo doblemente bien —dice Alana.

—Los tengo en vídeo —añade Kim.

—Estoy de acuerdo con Blair —dice el padre de Blair—. Deberíamos considerar seriamente a Adam Ant o a String.

—Es Sting, papá.

—Muy bien, Sting.

Clyde sonríe y mira a Kim.

—Bueno, ¿qué te parece Sting?

Kim se sonroja y dice:

—Estaría muy bien.

—Bueno, pues llamadle a él y a Adam para hacer unas pruebas la semana que viene.

—Gracias, papá —dice Blair.

—De nada, cariño.

—Será mejor que nos enteremos antes de cómo andan de precio —dice Jared.

—Lo haremos, no te preocupes —dice Clyde, sonriendo todavía a Kim—. ¿Quieres estar presente cuando hagamos las pruebas?

Por fin Blair me mira con una expresión triste en la mirada y yo miro a Kim, casi avergonzado.

Kim se sonroja otra vez y dice:

—Es posible.

Julian no me ha llamado desde que le di el dinero, así que decido llamarle yo al día siguiente. Pero no tengo su número, así que llamo a Rip, pero Rip no está, me dice un chico, así que llamo a casa de Trent y contesta Chris y me dice que Trent está todavía en Palm Springs y luego me pregunta si sé de alguien que tenga anfetas.

Por fin llamo a Blair y ella me da el número de Julian y cuando voy a decirle que siento lo de la otra noche en After Hours, me dice que tiene que irse y cuelga. Llamo a ese número y contesta una chica con una voz que me suena mucho.

—Está en Malibu o en Palm Springs.

—¿Qué está haciendo?

—No lo sé.

—Oye, ¿no sabes el teléfono de esos lugares?

—Lo único que sé es que está en la casa de Rancho Mirage o en la casa de la Colony —calla y parece indecisa—. Es lo único que sé. —Hay una larga pausa—. ¿Quién llama? ¿Finn?

—¿Finn? No. Oye, necesito el número.

Hay otra pausa y luego un suspiro.

—Muy bien. Mira, yo no sé dónde está. Mierda… no debería decírtelo. ¿Quién eres?

—Clay.

Hay una pausa todavía más larga.

—Oye —digo—. No le cuentes que he llamado. Trataré de hablar con él más adelante.

—¿Seguro?
—Sí. —Y me dispongo a colgar.
—¿Eres Finn? —pregunta la chica.
Cuelgo.

Esa noche voy a una fiesta a casa de Kim y conozco a un tipo, Evan, que me dice que es muy amigo de Julian, y al día siguiente vamos a McDonald's cuando él sale de clase. Son las tres de la tarde y Evan se sienta ante mí.
—¿Así que Julian está en Palm Springs? —le pregunto.
—Palm Springs es un sitio maravilloso —dice Evan.
—Sí —digo yo—. ¿Sabes si está allí?
—Me gusta muchísimo. Es el sitio más maravilloso del mundo. A lo mejor podemos ir juntos algún día —dice él.
—Sí, algún día. —¿Qué quiero decir con eso?
—Sí. Es un sitio estupendo. También Aspen.
—¿Está Julian allí?
—¿Julian?
—Sí, me dijeron que seguramente estaba allí.
—¿Y qué iba a hacer Julian en Aspen?
Le digo que tengo que ir al servicio. Evan dice que muy bien. En vez de eso voy al teléfono y llamo a Trent, que ya volvió de Palm Springs, y le pregunto si vio a Julian allí. Me contesta que no y que la coca que le pasó Sandy no es muy buena y que tiene bastante pero no puede venderla. Le digo a Trent que no consigo encontrar a Julian y que ando colgado y cansado. Me pregunta dónde estoy.
—En un McDonald's de Sherman Oaks —le contesto.
—Por eso andas así —dice Trent.
No le entiendo y cuelgo.

Rip dice que siempre se puede encontrar a alguien en Pages, en Encino, a la una o dos de la mañana. Rip y yo vamos una noche porque Du-par's está abarrotado de chavales que vienen de fiestas del colegio, y de viejas camareras con zapatos ortopédicos y lilas sujetas al uniforme con alfileres que no paran de decir a los chavales que dejen de armar lío. Así que Rip y yo vamos a Pages y nos encontramos con Billy y Rod y con Simon y Amos y LeDeu y Sophie y Kristy y David. Sophie se sienta con nosotros y arrastra con ella a LeDeu y David. Sophie nos habla del concierto de Vice Squad en The Palace y nos cuenta que su hermano le dio un Torinal antes del concierto y que se lo pasó dormida. LeDeu y David están en una banda que se llama Western Survival y parecen tranquilos y cautos. Rip pregunta a Sophie por

alguien que se llama Boris y ella le dice que está en la casa de Newport. LeDeu tiene una gran mata de pelo negro, tieso de verdad, que le sale disparada en todas direcciones, y me cuenta que siempre que va a Du-par's la gente se aparta de él. Por eso él y David vienen siempre al Pages. Sophie se me duerme en el hombro y en seguida se me duerme el brazo, pero no lo muevo pues su cabeza está apoyada en él. David lleva gafas de sol y una camiseta de Fear y me dice que me vio en la fiesta de Fin de Año de Kim. Asiento y le digo que me acuerdo de él.

Hablamos de los nuevos músicos y de la situación de las bandas de Los Angeles y de la lluvia y Rip hace gestos a una pareja de mejicanos que están sentados enfrente de nosotros. Les hace muecas y se tapa la cara con el sombrero flexible negro que lleva. Me disculpo y voy al servicio. Dos chistes escritos en la pared de Pages: ¿Cómo dejar preñada a una monja? Jodiendo con ella. ¿Qué diferencia hay entre una niña bien y un plato de espaguetis? Los espaguetis se mueven cuando los comes. Y debajo de los chistes: «Julian tiene buen material. Y está muerto».

Es la última semana en el desierto y casi todos se han ido. Sólo quedamos mi abuelo y mi abuela, mi padre y mi madre y yo. Todas las muchachas se han ido, y el jardinero y el que atendía la piscina. Mis hermanas se han ido a San Francisco con mi tía y sus hijos. Todos estaban cansados de Palm Springs. Llevamos más de dos meses yendo y viniendo y en las últimas tres semanas sólo habíamos estado una vez en Rancho Mirage. Durante la última semana no habían pasado demasiadas cosas. Uno o dos días antes de que nos fuéramos, mi madre fue al pueblo con mi abuela y compraron un bolso azul. Mis padres la llevaron aquella noche a la fiesta de un director. Me quedé en casa con mi abuelo, que se emborrachó y se durmió a primera hora de la tarde. La cascada artificial de la espaciosa piscina no funcionaba y, con excepción del jacuzzi, la piscina se estaba vaciando. Alguien había encontrado una serpiente de cascabel flotando en lo que quedaba de agua y mis padres me habían recomendado que no saliera al desierto.

Aquella noche hacía mucho calor y mientras mi abuelo dormía comí una chuleta y costillas que habían traído dos días antes de uno de los hoteles que mi abuelo tenía en Nevada. Vi un episodio de «Zona crepuscular» y di un paseo. No había nadie en el exterior. Las palmeras se movían y las luces del exterior brillaban mucho y si te alejabas de la casa entrando en el desierto todo era oscuridad. No pasaban coches y me pareció ver que una serpiente de cascabel entraba en el garaje. La oscuridad, el viento, los ruidos del desierto, el paquete de cigarrillos vacío en el camino de entrada, todo parecía mágico y corrí dentro y apagué todas las luces y me metí en la cama, escuchando el extraño viento del desierto que rugía al otro lado de mi ventana.

Es un sábado por la noche muy tarde y todos vamos a casa de Kim. No hay mucho que hacer, excepto beber ginebra y tónica y vodka y lima y ver películas antiguas en el Betamax. Me quedo mirando el retrato de la madre de Kim que cuelga sobre la barra en el cuarto de estar de techo tan alto. No pasan demasiadas cosas esa noche excepto que Blair ha oído hablar del New Garage, en el centro, entre la calle 6 y 7 o la 7 y 8, y Dimitri y Kim y Alana y Blair y yo decidimos ir al centro.

El New Garage es un club que en realidad es un aparcamiento de cuatro pisos; el primero y segundo y tercer pisos están desiertos y todavía hay un par de coches aparcados allí desde el día anterior. El club está en el cuarto piso. La música está muy alta y hay un montón de gente bailando y todo el piso huele como a cerveza y sudor y gasolina. Suena el nuevo single de Icicle Works y están dos de las Go-Go's y también uno de The Blasters y Kim dice que ha visto a John Doe y a Exene de pie junto al pinchadiscos. Alana se pone a hablar con un par de chicos ingleses que conoce y que trabajan en Fred Segal. Kim habla conmigo. Me cuenta que no cree que a Blair le guste ya. Me encojo de hombros y miro por una ventana que está abierta. Desde donde estoy de pie, miro por la ventana y veo los techos de los edificios del barrio financiero, a oscuras, y con alguna habitación encendida en los pisos de más arriba. Hay una catedral enorme con una cruz casi monolítica encendida que apunta a la luna; una luna que parece más redonda y más grotescamente amarilla de lo que recuerdo. Miro a Kim un momento y no digo nada. Veo a Blair en la pista de baile con un chico rubio bastante guapo, de unos dieciséis, o tal vez diecisiete años, y los dos parecen muy contentos. Kim dice que aquello está muy mal, aunque no sé a qué se refiere. Dimitri, borracho y murmurando incoherencias, se nos acerca dando tumbos, y me parece que le va a decir algo a Kim, pero en vez de eso saca las manos por la ventana, se araña la piel con el cristal y, al tratar de retirar la mano, se hace unos cortes y se pone a sangrar mucho. Después de llevarle a urgencias de un hospital, vamos a un café de Wilshire y nos quedamos allí sentados hasta las cuatro y luego vamos a casa.

Hay otro programa religioso justo antes de que deba salir con Blair. El hombre que habla tiene el pelo gris, gafas de sol con cristales color de rosa y una chaqueta con las solapas muy grandes y sostiene un micrófono. Un Cristo de neón permanece olvidado al fondo.

—Te sientes confuso, te sientes frustrado —me dice—. No sabes lo que va a pasar. Por eso estás sin esperanzas, desamparado. Por eso no ves que la situación tenga salida. Pero Jesús vendrá. Vendrá a través de la pantalla de la televisión. Jesús pondrá un obstáculo en tu vida y tendrás que sobrepasarlo y El te ayudará. El, el Padre Celestial, liberará a los cautivos. Enseñará a los que no saben. Alabemos al

Señor. Dejemos que nos haga libres esta noche. Dile a Jesús: «Perdona todos mis pecados», y entonces sentirás una alegría inexpresable. En el nombre de Jesús. Amén… ¡Aleluya!

Espero que pase algo. Me quedo allí sentado casi una hora. No pasa nada. Me levanto, esnifo el resto de la coca que tengo en el armario y me paro en el Polo Lounge para tomar una copa antes de recoger a Blair, a la que he llamado antes para decirle que tenía dos entradas para un concierto en el Amphitheater y ella no dijo nada excepto «Podemos ir», y yo dije que la recogería a las siete y ella colgó. Me digo a mí mismo, mientras estoy sentado solo en la barra, que estuve a punto de llamar a uno de los números que aparecieron en la parte de abajo de la pantalla. Pero me di cuenta de que no sabía qué decir. Y recuerdo siete de las palabras que dijo el hombre. Dejemos que nos haga libres esta noche.

Recuerdo estas palabras cuando Blair y yo estamos sentados en Spago después de asistir al concierto y es tarde y estamos sentados en el patio y Blair suspira y enciende un pitillo. Bebemos champán Kirs, pero Blair ya tiene bastante y cuando pide la sexta copa le digo que me parece que ya ha bebido bastante y ella me mira y dice:

—Hace calor y tengo mucha sed y pediré lo que me apetezca.

Estoy sentado con Blair en una heladería italiana de Westwood. Blair y yo tomamos un helado italiano y hablamos. Blair menciona que esta noche en la televisión por cable ponen *La invasión de los ladrones de cuerpos*.

—¿La versión original? —digo, preguntándome por qué me hablará de esa película. Empiezo a establecer relaciones paranoicas.

—No.

—¿La nueva versión? —pregunto cautamente.

—Sí.

—Vaya —digo, y vuelvo a mirar mi helado, que casi ni he probado.

—¿Notaste el terremoto? —pregunta.

—¿Cómo?

—¿Que si esta mañana notaste el terremoto?

—¿Hubo un terremoto?

—Sí.

—¿Esta mañana?

—Sí.

—Pues no lo noté.

Pausa.

—Pensé que a lo mejor lo habrías notado.

En el aparcamiento me vuelvo hacia ella y digo:

—Oye, lo siento, de verdad. —Aunque en realidad no estoy seguro de que lo

sienta.

—No importa —dice ella.

Un semáforo rojo en Sunset, la beso y ella mete la segunda y sale a toda pastilla. En la radio hay una canción que ya he oído cinco veces hoy mismo. Blair enciende un pitillo. Pasamos junto a una pobre con el pelo sucio y despeinado y una bolsa de Bullock que está sentada junto a un montón de periódicos amarillentos. Se ha instalado a la orilla de la autopista, y vuelve la cara hacia el cielo; tiene los ojos semicerrados porque le molesta el sol. Blair se dirige por una calle lateral colina arriba. No nos cruzamos con ningún coche. Blair sube el volumen de la radio. No ve al coyote. Es grande y de pelo pardo y el coche le alcanza de lleno en mitad de la calle y Blair grita y trata de enderezar el coche. El pitillo se le cae de los labios. Pero el coyote ha quedado enganchado bajo las ruedas y aúlla y el coche no puede moverse. Blair detiene el coche y mete la marcha atrás y para el motor. Yo no quiero bajarme del coche, pero Blair llora histéricamente, con la cabeza en el regazo, y me bajo del coche y me dirijo lentamente hacia el coyote. Está tumbado de lado, tratando de mover el rabo. Tiene los ojos abiertos y pinta de asustado y veo que ha empezado a morir allí bajo el sol mientras le sale sangre por la boca. Tiene las patas rotas y su cuerpo se mueve convulsivamente y observo el charco de sangre que se está formando junto a su cabeza. Blair me llama, pero la ignoro mientras miro al coyote. Me quedo allí unos diez minutos. No pasan coches. El coyote se agita y arquea el cuerpo y luego sus ojos quedan en blanco. Acuden moscas y revolotean por encima de la sangre y se posan en los ojos del coyote. Vuelvo al coche y Blair arranca y cuando llegamos a su casa pone la televisión y creo que ha tomado Valium o algo así y nos vamos a la cama mientras empieza «Otro mundo».

Y en la fiesta de Kim, esa noche, mientras todos juegan a Quarters y se emborrachan, Blair y yo nos sentamos en un sofá del cuarto de estar y oímos un viejo álbum de XTC y Blair me dice que podríamos ir a la casa de invitados y nos levantamos y salimos del cuarto de estar y pasamos junto a la piscina y una vez dentro de la casa de invitados nos besamos furiosamente y nunca la había deseado tanto y me coge por la espalda y me aprieta tanto contra ella que pierdo el equilibrio y los dos caemos, lentamente, sobre nuestras rodillas, y mete sus manos por debajo de mi camisa y noto su mano suave y fresca en mi pecho y la beso, le chupo el cuello y luego el pelo, que huele a jazmín, y me aprieto contra ella y nos quitamos los vaqueros el uno al otro y nos metemos mano y froto la mano contra sus bragas y cuando trato de penetrarla con demasiada precipitación, respira con fuerza y trato de ser muy delicado.

Estoy sentado en Trumps con mi padre. Ha comprado un Ferrari nuevo y lleva un sombrero vaquero. Se ha quitado el sombrero al entrar en Trumps, lo que por algún motivo me tranquiliza. Quiere que vea a su astrólogo y me recomienda que compre el Astroscopio Leo del año que empieza.

—Lo compraré.

—Las vibraciones planetarias influyen en el cuerpo de un modo bastante extraño —dice.

—Lo sé.

La ventana junto a la que nos sentamos está abierta y me llevo una copa de champán a los labios y cierro los ojos y luego miro hacia las colinas. Un hombre de negocios se para junto a nuestra mesa. Yo había pedido a mi madre que viniese pero dijo que estaba muy ocupada. Estaba tumbada junto a la piscina leyendo un número de *Glamour* cuando le dije que viniera.

—Sólo a tomar una copa.

—No me apetece ir a Trumps «sólo a tomar una copa».

Suspiré y no dije nada.

—No me apetece ir a ningún sitio.

Una de mis hermanas, que estaba tumbada junto a ella, se encogió de hombros y se puso las gafas de sol.

—Además, quiero ver la televisión por cable —dijo, molesta, cuando se alejó de la piscina.

El hombre de negocios se va. Mi padre no habla mucho. Trato de entablar conversación. Le hablo del coyote que atropelló Blair. Me dice que es una pena. Sigue mirando por la ventana, contemplando su Ferrari rojo metalizado. Mi padre me pregunta si pienso volver a New Hampshire y yo le miro y digo que sí.

Me despertó el sonido de unas voces fuera. El director a cuya fiesta mis padres habían llevado a mi abuela la noche anterior estaba fuera sentado ante una mesa, bajo la sombrilla, tomando el aperitivo. La mujer del director estaba sentada a su lado. Mi abuela tenía buen aspecto bajo la sombra de la sombrilla. El director empezó a hablar de la muerte de un especialista en una de sus películas. Contó que había tropezado. Y que cayó de cabeza al piso de abajo.

—Era un chico estupendo. Sólo tenía dieciocho años.

Mi padre abrió otra cerveza.

Mi abuelo parecía abatido.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó tristemente mi abuelo.

—¿Cómo? —El director le miró.

—¿Que cómo se llamaba? ¿Cuál era el nombre de ese chico?

Hubo un largo silencio y sólo se oyó la brisa del desierto y el sonido del jacuzzi calentándose y de la piscina vaciándose. También se oía a Frank Sinatra cantando «Summer Wind», y recé para que el director se acordara del nombre. Por algún motivo me parecía muy importante. Necesitaba que el director dijera el nombre. El director abrió la boca y dijo:

—Lo he olvidado.

Después de almorzar con mi padre voy a casa de Daniel.

La muchacha abre la puerta y me lleva al jardín, donde la madre de Daniel, a la que he conocido en la fiesta del Día de los Padres de Camden, en New Hampshire, está jugando al tenis en bikini y con el cuerpo embadurnado de aceite solar. Deja de jugar al tenis con la máquina lanzapelotas y se me acerca y me habla de Japón y de Aspen y luego de un sueño muy raro que tuvo la noche pasada en el que raptaban a Daniel. Se sienta en una tumbona junto a la piscina y la muchacha le trae té frío y la madre de Daniel quita el limón y lo chupa mientras mira al joven rubio que está quitando las hojas de la piscina y luego me dice que le duele la cabeza y que lleva días sin ver a Daniel. Entro en la casa y subo la escalera y paso junto al cartel de la nueva película del padre de Daniel y entro en el cuarto de Daniel y me pongo a esperarle. Cuando es evidente que Daniel no va a venir a su casa, cojo mi coche y me dirijo a casa de Kim a recoger mi chaqueta.

Lo primero que oigo cuando entro en la casa son gritos. A la muchacha no parece que le importen y se dirige a la cocina después de abrirme la puerta. La casa todavía no está amueblada y cuando salgo a la piscina paso junto a los tiestos nazis. La que grita es Muriel. Me dirijo hacia donde está tumbada con Kim y Dimitri junto a la piscina y se calla. Dimitri lleva un traje de baño Speedo negro y un sombrero mejicano y tiene una guitarra entre las manos y trata de tocar «L. A. Woman», pero no puede tocar la guitarra porque se ha cortado en el New Garage y cada vez que aprieta las cuerdas su cara se contrae. Muriel vuelve a gritar. Kim fuma un porro y al fin me ve y se levanta y me dice que creía que su madre estaba en Inglaterra pero ha leído recientemente en *Variety* que estaba en Hawai rodando exteriores con el director de su nueva película.

—Deberías llamar antes de venir —dice Kim, pasándole el canuto a Dimitri.

—Traté de hacerlo, pero no contestó nadie —miento, comprendiendo que aunque hubiera llamado nadie habría respondido al teléfono.

Muriel chilla y Kim me mira, distraída, y dice:

—Seguramente llamaste a los números que he desconectado.

—Seguramente —le digo—. Lo siento. Sólo he venido por mi chaqueta.

—Bien…, por esta vez que pase, pero no me gusta que aparezca nadie sin avisar antes. Hay alguien que anda contando a todo el mundo donde vivo. Y eso no me gusta.

—Lo lamento.

—Lo que quiero decir es que antes me gustaba ver gente, pero ahora no lo puedo soportar.

—¿Cuando vuelves a clase? —le pregunto cuando nos dirigimos a su habitación.

—No lo sé —se pone a la defensiva—. Me parece que todavía no han empezado.

Entramos en su habitación. Sólo hay un colchón enorme en el suelo y un equipo estéreo muy caro que ocupa toda una pared y un póster de Peter Gabriel y una pila de ropa en un rincón. También están las fotos que le sacaron en la fiesta de Fin de Año clavadas encima del colchón. Veo una de Muriel, con mi chaqueta puesta, mirándome. Otra en la que estoy en el cuarto de estar sólo con unos vaqueros y una camiseta, tratando de abrir una botella de champán, completamente ido. Otra de Blair encendiendo un pitillo. Una de Spit, desplomado debajo de la bandera. Muriel grita fuera y Dimitri sigue intentando tocar la guitarra.

—¿Qué ha sido de tu vida? —pregunto.

—¿Y de la tuya? —me pregunta ella.

No digo nada.

Me mira desconcertada.

—Venga, Clay, cuenta. —Mira la pila de ropa—. Tienes que haber hecho algo.

—Creo que no.

—Cuéntame lo que has estado haciendo —vuelve a preguntar.

—Cosas, me parece. —Me siento en el colchón.

—¿Qué cosas?

—Y yo qué sé. Cosas. —Pierdo la voz y durante un momento pienso en el coyote y creo que me voy a echar a llorar, pero la cosa pasa y sólo quiero coger mi chaqueta y largarme de allí.

—¿Como por ejemplo?

—¿En qué trabaja tu madre?

—Es la narradora de un documental sobre los espásticos. Dime lo que has estado haciendo.

Alguien, seguramente Spit o Jeff o Dimitri, ha escrito el alfabeto en la pared. Trato de concentrarme en él, pero advierto que la mayoría de las letras no están ordenadas, así que pregunto:

—¿Y qué más hace tu madre?

—Ha ido a Hawai a hacer esa película. ¿Qué cosas has hecho?

—¿Has hablado con ella?

—No me hagas preguntas sobre mi madre.

—¿Y por qué no?

—No digas eso.

—¿Y por qué no? —vuelvo a preguntarle.

Encuentra mi chaqueta.

—Aquí la tienes.

—¿Y por qué no?

—Dime qué cosas has hecho —me pregunta dándome la chaqueta.

—¿Y tú?

—¿Qué cosas has hecho? —pregunta con voz temblorosa—. Y no me hagas más preguntas, Clay, ¿de acuerdo?

—¿Por qué no?

Se sienta en el colchón después de que yo me he levantado. Muriel grita.

—Porque…, no me acuerdo —solloza.

La miro y no siento nada y me marcho con mi chaqueta.

Rip y yo estamos sentados en I.R.S. Records, en La Brea. Uno de los ejecutivos encargados de promoción le compra un poco de coca a Rip. El tipo encargado de la promoción tiene veintidós años y el pelo rubio platino y va vestido completamente de blanco. Rip quiere saber lo que le puede sacar.

—Necesito algo de coca —dice el tipo.

—Muy bien —dice Rip, y busca en el bolsillo de su guerrera de paracaidista.

—Hace un buen día —dice el tipo.

—Sí, muy bueno —dice Rip.

—Estupendo —digo yo.

Rip le pregunta al tipo si le puede conseguir un pase al escenario para el concierto de The Fleshtones.

—Claro. —Le da a Rip dos pequeños sobres.

Rip dice que le llamará más tarde, muy pronto, y le da un sobre.

—Estupendo —dice el tipo.

Rip y yo nos levantamos y Rip le pregunta:

—¿Has visto a Julian?

El tipo está sentado detrás de una enorme mesa de despacho y coge el teléfono y le dice a Rip que espere un minuto. El tipo no dice nada por teléfono. Rip se acerca a la mesa y coge una maqueta de un nuevo grupo inglés que está encima de la gran mesa de cristal. El tipo cuelga el teléfono y Rip me pasa la maqueta. La miro y la vuelvo a dejar en la mesa. El tipo hace una mueca y le dice a Rip que podrían verse para almorzar.

—¿Qué es de Julian? —pregunta Rip.

—No lo sé —dice el encargado de promoción.

—Muchas gracias —dice Rip guiñándole un ojo.

—De nada, chico —dice el tipo, y se arrellana en su butaca.

Trent me llama mientras Blair y Daniel están en mi casa y nos invita a una fiesta en Malibu; dice algo de que a lo mejor los X se dejan caer por allí. Blair y Daniel dicen que les parece una buena idea y aunque yo pienso que en realidad no me apetece ir a una fiesta o ver a Trent en aquel plan, el día está despejado y un paseo en coche hasta Malibu tampoco parece tan mala idea. Daniel quiere ir a ver las casas que derribó la tormenta. Vamos por la Pacific Coast Highway y tengo cuidado de conducir despacio y Blair y Daniel hablan del nuevo álbum de U2, y cuando suena la nueva canción de The Go-Go's me dicen que suba el volumen y cantan, medio en broma, medio en serio. Refresca a medida que nos acercamos al océano y el cielo se pone púrpura, y pasamos junto a una ambulancia y dos coches de policía aparcados a un lado de la carretera cuando enfilamos hacia la oscuridad de Malibu y Daniel saca la cabeza para fisgar mejor y yo voy más despacio. Blair dice que debe de haber habido un accidente, y los tres nos quedamos callados durante un momento.

Los X no están en la fiesta de Malibu. Tampoco hay mucha gente. Trent abre la puerta llevando unos pantalones cortos y nos dice que él y un amigo utilizan la casa de un tipo mientras éste se encuentra en Aspen. Al parecer Trent suele venir aquí con frecuencia y tiene un montón de amigos, que por lo general también son tipos de pelo rubio, guapos y modelos como Trent, y nos dice que nos sirvamos una copa y algo de comer y él se dirige al jacuzzi y se tumba bajo el cielo que se ha nublado. Por lo general sólo hay chicos en la casa y llenan todas las habitaciones y todos parecen el mismo: delgados, el cuerpo muy moreno, pelo rubio corto, ojos azules de mirada vacía, la misma voz sin entonación, y me pongo a preguntarme si me pareceré a ellos. Trato de olvidarlo y consigo una copa y observo el cuarto de estar. Dos chicos están jugando al Comecocos. Otro chico está tumbado en un supermullido sofá fumando un porro y viendo vídeos musicales. Uno de los chicos que juega al Comecocos grita y le da un golpe muy fuerte a la máquina.

Hay dos perros corriendo por la playa desierta. Uno de los chicos rubios les llama:

—Hanoi, Saigón, venid aquí.

Y los perros, unos dóberman, acuden dando saltos al porche. El chico los acaricia y Trent sonríe y se pone a quejarse de los camareros de Spago. El chico que le dio el golpe al Comecocos se acerca y mira a Trent.

—Necesito las llaves del Ferrari. Voy por más alcohol. ¿Sabes dónde están las tarjetas de crédito?

—Que lo carguen a la cuenta —dice Trent con voz aburrida—. Y trae muchas

tónicas, ¿entendido, Chuck?

—¿Y las llaves?

—En el coche.

—Por supuesto.

El sol empieza a asomar entre las nubes y el chico de los perros se sienta junto a Trent y se pone a hablar con nosotros. Al parecer también es modelo y trata de trabajar en el cine, como Trent. Pero lo único que le ha conseguido su agente es un anuncio de Carl's Jr.

—Oye, Trent, ya está listo —dice un chico desde el interior de la casa.

Trent me da un golpecito en el hombro y me guiña un ojo y me dice que tengo que ver algo; hace un gesto a Blair y Daniel para que vengan también. Entramos en la casa y bajamos a un vestíbulo y entramos en lo que parece el dormitorio principal. Hay unos diez chicos en la habitación, además de nosotros cuatro y los dos perros, que nos siguieron al interior de la casa. En la habitación todo el mundo está mirando una gran pantalla de televisión. Yo también miro.

Hay una chica, desnuda, de unos quince años, en una cama, con los brazos atados por encima de la cabeza y las piernas abiertas, y cada uno de los pies atado a uno de los postes de la cama. Está tumbada encima de algo que parece un periódico. La película es en blanco y negro y borrosa y resulta difícil determinar sobre lo que está tumbada, pero parece un periódico. La cámara cambia a un chico, delgado, desnudo, con pinta asustada, de unos dieciséis años, o quizá diecisiete, al que empuja dentro de la habitación un tipo negro y gordo que también está desnudo y con una tremenda erección. El chico mira a la cámara durante un tiempo demasiado largo con expresión de pánico en la cara. El negro ata al chico en el suelo, y me pregunto por qué hay una sierra mecánica en un rincón de la habitación, al fondo, y luego se folla al chico y después a la chica, y luego desaparece de la pantalla. Cuando vuelve a aparecer lleva una caja. Parece una caja de herramientas y durante un momento me siento confuso y Blair sale de la habitación. Y saca un pico de hielo y lo que parece un gancho de metal y unos clavos y luego un cuchillo fino y delgado y se dirige hacia la chica y Daniel sonríe y me da un codazo en las costillas. Me voy cuando el negro trata de clavarle un clavo en la garganta a la chica.

Me siento al sol y enciendo un pitillo y trato de tranquilizarme. Pero alguien sube el volumen, de modo que allí, sentado en el porche, oigo las olas y los gritos de las gaviotas y hasta el sonido de los cables del teléfono, y noto el sol brillando encima de mí y escucho el rumor de los árboles agitados por la cálida brisa y los chillidos de la chica que llegan del televisor del dormitorio principal. Trent sale veinte, tal vez treinta minutos después, cuando ya se han apagado los gritos del chico y de la chica, y veo que está empalmado. Se sienta junto a mí.

—El tipo pagó quince mil dólares por eso.

Los dos chicos que jugaban al Comecocos salen al porche con unas copas en la mano, y uno le dice a Trent que no cree que sea real, aunque la escena de la sierra mecánica tenía mucha fuerza.

—Te apuesto lo que quieras a que es real —dice Trent, un poco a la defensiva.

Me siento en la butaca y veo que Blair pasea junto a la orilla.

—Sí, yo también creo que es real —dice el otro chico, metiéndose en el jacuzzi —. Tiene que serlo.

—¿Verdad? —dice Trent, algo esperanzado.

—Quiero decir que ¿cómo se puede falsificar una castración? Le cortaron los huevos despacio de verdad. Eso no se puede falsificar —dice el chico.

Trent asiente con la cabeza, sonriendo, con la cara roja, y yo vuelvo a sentarme al sol.

West, uno de los secretarios de mi abuelo, apareció aquella tarde. Era cargado de hombros, llevaba una corbata muy delgada y una chaqueta con el escudo de los hoteles de mi abuelo en la espalda, y mascaba chicle. Se refirió al calor y al viaje en avión. Venía con Wilson, otro de los ayudantes de mi abuelo, que llevaba una gorra roja de béisbol, y traía recortes de periódico del tiempo que había hecho en Nevada durante los dos últimos meses. Los hombres se sentaron y hablaron de béisbol y bebieron cerveza y mi abuela también estaba sentada con ellos con un pañuelo azul y amarillo al cuello.

Trent y yo estamos en Westwood y me cuenta que el tipo volvió de Aspen y echó a todo el mundo de la casa de Malibu, así que Trent va a vivir con alguien del Valle durante un par de días, y luego irá a Nueva York a rodar unas cosas. Y cuando le pregunto qué va a rodar, se encoge de hombros y dice:

—Unas cosas, tío.

Me dice que quiere volver a Malibu, que echa de menos la playa. Me pregunta si quiero algo de coca. Le digo que sí, pero no ahora. Trent me coge del brazo y dice:

—¿Por qué no?

—Mira, Trent —le contesto—. Me duele la nariz.

—Hará que te sientas mejor. Podemos ir al piso de arriba de Hamburger Hamlet.

Miro a Trent.

Trent me mira.

Sólo nos lleva cinco minutos y cuando volvemos a la calle, no me encuentro mucho mejor. Trent dice que él sí y que quiere ir al salón de máquinas recreativas que hay al otro lado de la calle. También me cuenta que a Sylvan, un francés, lo liquidó una sobredosis el viernes. Le digo que no conocía a Sylvan. Se encoge de hombros.

—¿Nunca te has picado? —pregunta.

—Y tú, ¿te has picado alguna vez?

—Sí.

—Yo no.

—Vaya chico —dice con tono siniestro.

Cuando llegamos a su coche, el Ferrari de algún amigo suyo, me sangra la nariz.

—Te conseguiré algo de Decadron o Celestone. Sirven para destaponar los conductos nasales —dice.

—¿Dónde conseguiste eso? —pregunto, con un Kleenex lleno de sangre en la mano—. ¿Dónde conseguiste esa mierda?

Hay una larga pausa y él arranca el coche y dice: —¿Hablas en serio?

Mi abuela se puso muy grave aquella tarde. Empezó a toser sangre. Ya había empezado a quedarse calva y había perdido mucho peso debido a un cáncer de páncreas. Esa misma noche, mientras mi abuela estaba en cama, los otros siguieron con sus conversaciones, y hablaban de Méjico y de corridas de toros y de malas películas. Mi abuelo se cortó un dedo al abrir una cerveza. Pidieron comida a un restaurante italiano del pueblo y un chico con un parche en los vaqueros que decía «Aerosmith Live» trajo el pedido. Mi abuela se levantó. Se encontraba un poco mejor. No quiso comer nada. Me senté junto a ella y mi abuelo hizo un juego de manos con dos dólares de plata.

—¿Has visto, abuela? —le pregunté. Demasiado asustado para mirarla a los ojos.

—Sí, lo he visto —dijo, y trató de sonreír.

Estoy a punto de quedarme dormido, pero llega Alana sin avisar y la muchacha la deja entrar y Alana llama a la puerta de mi cuarto y yo espero un largo rato antes de abrir. Había llorado y entra y se sienta en mi cama y dice algo de un aborto y se echa a reír. No sé qué decir, qué hacer con ella, así que digo que lo siento. Se levanta y se dirige a la ventana.

—¿Que lo sientes? —pregunta—. ¿El qué? —enciende un pitillo, pero no puede fumar y lo deja.

—No lo sé.

—Verás, Clay… —Se ríe y mira por la ventana y durante un minuto creo que va a echarse a llorar. Yo estoy de pie junto a la puerta y miro el póster de Elvis Costello, a sus ojos, que la miran a ella, que nos miran, y trato de apartarla de aquella mirada, así que le digo que venga y se siente, y ella cree que quiero abrazarla o algo así y se acerca a mí y me pone los brazos alrededor de la espalda y dice algo como:

—Creía que ya no teníamos ningún tipo de sentimientos.

—¿Era de Julian? —le pregunto, poniéndome tenso.

—¿De Julian? No. No era de él —dice Alana—. No le conoces.

Se queda dormida y yo bajo la escalera, salgo, y me siento en el jacuzzi, mirando el agua, el vapor que sube de ella, que me calienta.

Salgo de la piscina poco antes de amanecer y vuelvo a mi habitación. Alana está sentada junto a la ventana fumando un pitillo y mirando hacia el Valle. Me dice que ha sangrado mucho toda la noche y que se encuentra débil. Vamos a desayunar a Encino y no se quita las gafas de sol y toma cantidad de zumo de naranja. Cuando volvemos a mi casa, se baja del coche y dice:

—Gracias.

—¿De qué?

—No lo sé —me dice al cabo de un rato.

Sube a su coche y se aleja.

Cuando tiro de la cadena del retrete de mi cuarto de baño está atascado con Kleenex, y el agua se tiñe de sangre y bajo la tapa porque no puedo hacer otra cosa.

Paso por casa de Daniel ese mismo día. Está sentado en su habitación jugando con un Atari en el televisor. No tiene demasiado buen aspecto. Está muy quemado por el sol y parece más joven de lo que le recuerdo en New Hampshire, y cuando le digo algo repite parte de lo que le digo y luego asiente. Le pregunto si recibió la carta de Camden preguntándole los cursos que va a seguir el próximo semestre y saca la casete de «La caída en el pozo» y pone una titulada «Megamanía». Sigue frotándose la boca y cuando comprendo que no me va a responder, le pregunto qué ha estado haciendo estos últimos días.

—¿Que qué he estado haciendo?

—Sí.

—Anduve por ahí.

—¿Por dónde has andado?

—¿Por dónde? Por ahí. Pásame el porro que está en la mesilla.

Le doy el porro y luego una caja de cerillas. Lo enciende y luego vuelve a jugar a «Megamanía». Me pasa el porro y lo vuelvo a encender. Unas cosas amarillas caen sobre el nombre de Daniel. Daniel se pone a hablarme de una chica que conoce. No me dice cómo se llama.

—Es muy guapa y tiene dieciséis años y vive por aquí cerca y algunos días va a Westward Ho, en Westwood Boulevard, y se encuentra con su díler. Es un tipo de diecisiete años de Uni. Y el tipo se pasa el día entero vendiéndole caballo y… —Daniel no alcanza una de las cosas amarillas que caen y alcanzan a su nombre, que desaparece de la pantalla. Suspira y sigue—. Y luego le pasó ácido y se la llevó a una

fiesta en las colinas o en la Colony y luego… y luego… —Daniel se calla.

—¿Y luego qué? —pregunto, volviendo a pasarle el porro.

—Y luego se la follaron todos los de la fiesta.

—¡Oh!

—¿Tú qué opinas?

—Me parece bastante mal.

—¿No es una buena idea para un guión de cine?

Pausa.

—¿Para un guión de cine?

—Sí, para un guión de cine.

—No estoy demasiado seguro.

Deja de jugar a «Megamanía» y pone una cinta nueva, «Donkey Kong».

—Me parece que no voy a volver a New Hampshire —dice.

Al cabo de un rato le pregunto por qué.

—No lo sé. —Calla y vuelve a encender el canuto—. Me parece como si nunca hubiera estado allí. —Se encoge de hombros, da una chupada al porro—. Me parece como si hubiera estado aquí siempre. —Me lo pasa. Le digo que no con la cabeza.

—¿Así que no vas a volver?

—Voy a escribir ese guión.

—¿Y qué opinan tus padres?

—¿Mis padres? Les da igual. ¿Opinarían algo los tuyos?

—Supongo que sí.

—Los míos han ido a pasar un mes a Barbados y luego van a ir… mierda… no me acuerdo… ¿A Versalles? No lo sé. Les da igual —repite.

—Creo que deberías volver —le digo.

—En realidad no veo para qué —dice Daniel, sin apartar los ojos de la pantalla, y me pongo a preguntarme si alguna vez hemos pensado para qué íbamos. Por fin Daniel se levanta y apaga el televisor y luego mira por la ventana—. Hoy hay un viento muy raro. Es bastante fuerte.

—¿Qué es de Vandem? —pregunto.

—¿Quién?

—Vandem. Vamos, Daniel. Vandem.

—Puede que no vuelva —dice, volviendo a sentarse.

—A lo mejor sí vuelve.

—¿Quién es Vandem?

Me dirijo a la ventana y le digo que dentro de cinco días me voy. Hay revistas junto a la piscina y el viento las hace volar por el cemento que hay en derredor del agua. Una revista cae dentro. Daniel no dice nada. Antes de irme veo que enciende otro porro. También me fijo en la cicatriz de sus dedos y por algún motivo me siento

mejor.

Estoy en una cabina telefónica de Beverly Hills.

—Diga —contesta mi psiquiatra.

—Hola. Soy Clay.

—Ah, claro, Clay. ¿Dónde estás?

—En una cabina telefónica de Beverly Hills.

—¿Vas a venir hoy?

—No.

Pausa.

—Oye, ¿y por qué no?

—No creo que me estés ayudando demasiado.

Otra pausa.

—¿De verdad que es por eso?

—¿Cómo?

—Oye, ¿por qué no…?

—Olvídalo.

—¿En qué parte de Beverly Hills estás?

—No quiero volver a verte nunca más, me parece.

—Creo que llamaré a tu madre.

—Haz lo que quieras. No me importa nada. Pero no voy a volver, ¿entendido?

—Mira, Clay, no sé qué decir y me doy cuenta de que ha sido difícil. Oye, tío, tenemos que…

—Vete a tomar por el culo.

La mañana del último día, West se despertó muy temprano. Llevaba la misma chaqueta y la misma corbata, y Wilson llevaba la misma gorra roja de béisbol. West me ofreció una pastilla de chicle Bazooka y dijo que una pastilla te deja con ganas y cogí dos. Me preguntó si todo estaba listo y le dije que no sabía. La mujer del director se acercó a decirnos que irían en avión a Las Vegas a pasar el fin de semana. Mi abuela tomaba Percodan. Partimos hacia el aeropuerto en el Cadillac. A primera hora de la tarde llegó por fin el momento de subir al avión y dejar el desierto. Nadie dijo nada en la sala de espera del aeropuerto hasta que mi abuelo se volvió y miró a mi abuela y dijo:

—Muy bien, camarada, vamos.

Mi abuela murió dos meses después en una cama muy alta de una habitación de un hospital del margen del desierto.

Desde ese verano he recordado a mi abuela de muchas maneras. Recuerdo

cuando jugaba a las cartas con ella y cuando me sentaba en su regazo en los aviones, y el modo en que se apartó poco a poco de mi abuelo en una de las fiestas de mi abuelo en uno de sus hoteles cuando trató de besarla. Y recuerdo cuando estaba en el Bel Air Hotel y me regaló unos caramelos rosa y verdes, y en La Scala, a última hora de la noche, bebiendo vino tinto, y canturreando «En la parte con sol de la calle».

Me encuentro de pie a la puerta de mi colegio. No recuerdo que hubiera hierba y flores, buganvillas creo, cuando yo iba; y el asfalto que estaba junto al edificio de la administración ha sido reemplazado por árboles, y los árboles secos que solían estar junto a la cabina de seguridad ya no estaban secos. Todo el aparcamiento ha sido asfaltado de nuevo. Tampoco recuerdo un gran cartel amarillo que dice: «Cuidado. Perros peligrosos» que cuelga de la puerta de entrada, que resulta visible desde mi coche, aparcado en la calle del colegio. Como las clases de este día han terminado, decido entrar.

Me dirijo a la puerta de la verja y luego me detengo un momento antes de entrar, casi a punto de dar la vuelta. Pero no la doy. Cruzo la puerta pensando que ésta es la primera tarde desde hace mucho tiempo que vuelvo a entrar. Me fijo en tres niños que trepan por unos aparatos de gimnasia situados cerca de la puerta de entrada y distingo a dos profesores que tuve en primero o segundo, pero no les digo nada. En vez de eso, miro por la ventana de una clase, donde una chica está haciendo un dibujo de la ciudad. Desde donde estoy puedo oír al coro ensayando en la clase contigua a la clase en la que está la chica. Cantan canciones que había olvidado que existían.

Solía pasar a menudo junto al colegio. Siempre que llevaba en coche a mis hermanas a su colegio, me acercaba y veía a los niños con uniforme negro bajar de los autobuses amarillos y en el aparcamiento a los profesores que se reían antes de las clases. No creo que ninguno más de los que íbamos al colegio pasara por allí, pues nunca he visto a nadie conocido. Un día vi a un chico con el que había ido al colegio, probablemente cuando estaba en primero, en pie junto a la verja, con los dedos agarrados a la tela metálica y mirando a lo lejos, y me dije que el chico probablemente vivía por allí cerca o algo así y por eso estaba allí solo, lo mismo que yo.

Enciendo un pitillo y me siento en un banco y me fijo en dos cabinas telefónicas y recuerdo que no solía haber cabinas telefónicas. Unas madres recogen a sus hijos y los niños las ven y corren por el patio y se echan en sus brazos y la visión de los niños corriendo por el asfalto hace que me sienta en paz; hace que no me apetezca levantarme del banco. Pero me encuentro entrando en un pabellón y estoy seguro de que se trata del pabellón donde estaba mi clase de tercero. Lo están demoliendo. Junto al pabellón abandonado está la antigua cafetería. También vacía y también la

están demoliendo. La pintura de los dos edificios está saltada.

Voy a otro pabellón y la puerta está abierta y entro. Los deberes del día están escritos en el encerado y los leo con cuidado y luego me dirijo a las taquillas, pero no consigo encontrar la mía. No consigo recordar cuál era. Entro en el servicio de los chicos y aprieto un aparato de jabón. Cojo una revista amarillenta en el auditorio y toco unas pocas notas al piano. He tocado el piano, este mismo piano, en un recital de Navidad cuando iba a segundo, y toco unas cuantas notas de la canción que interpreté y las notas resuenan en el vacío auditorio. Siento miedo por alguna razón y dejo la sala. Un par de chicos juegan al frontón. Un juego que olvidé que existía. Dejo el colegio sin volver la vista y entro en mi coche y me alejo.

Me encuentro con Julian ese mismo día en un viejo salón de juegos de Westwood Boulevard. Está jugando a Invasores del Espacio y me acerco y me quedo junto a él. Julian parece cansado y habla muy despacio y le pregunto qué ha sido de su vida y él dice que ha andado por ahí y le pregunto por el dinero y le digo que me voy a ir dentro de poco. Julian dice que tiene problemas, pero que si voy con él a casa de un tipo, podrá darme el dinero.

—¿Quién es ese tipo? —le pregunto.

—Es… —Julian espera y se carga a una hilera entera de Invasores del Espacio—. Es un tipo al que conozco. Te dará el dinero. —Julian pierde uno de sus guerreros y murmura algo.

—¿Por qué no lo consigues tú y luego me lo das? —le digo.

Julian levanta la vista del juego y me mira.

—Espera un minuto —dice, y deja el salón. Cuando vuelve, me dice que si quiero el dinero tengo que ir con él.

—La verdad es que no quiero ir.

—Te veré luego entonces, Clay —dice Julian.

—Espera.

—¿Qué te pasa? ¿Quieres venir o no? ¿Quieres o no quieres el dinero?

—¿ Por qué tenemos que hacer las cosas de este modo?

—Porque… —es todo lo que dice Julian.

—¿No hay otro modo de hacer las cosas?

Pausa.

—Julian.

—¿Quieres el dinero o no?

—Julian.

—¿Quieres el dinero o no, Clay?

—Sí.

—Entonces ven. Vamos.

Dejamos el salón de juegos.

El apartamento de Finn está en Wilshire Boulevard, no demasiado lejos del ático de Rip. Julian dice que hace seis o quizá siete meses que conoce a Finn, pero por la cara que pone Julian me da la impresión de que lleva yendo al apartamento de Finn bastante más tiempo que ése, mucho más. El encargado del aparcamiento conoce su coche y le deja aparcar en la parte sólo para residentes. Julian saluda al portero, que está sentado en un sofá. Para llegar al piso de Finn cogemos el ascensor y Julian aprieta el botón A para subir al ático. El ascensor está vacío y Julian se pone a cantar una vieja canción de los Beach Boys, en voz muy alta, y yo me apoyo en la pared del ascensor y respiro profundamente cuando éste se para. Puedo verme reflejado en el espejo: pelo rubio demasiado corto, piel muy morena, las gafas de sol puestas.

Cruzamos la oscuridad del descansillo para llegar a la puerta de Finn y Julian llama al timbre. La puerta la abre un chico, de unos quince años, con pelo rubio rizado y que está muy moreno, parecido a la mayoría de los surfistas de Venice o Malibu. El chico, que sólo lleva unos pantalones cortos grises, y al que reconozco como el chico que salía de casa de Rip el día que se suponía que Rip iba a reunirse conmigo en Café Casino, nos mira con malevolencia cuando entramos. Me pregunto si es Finn o si Finn se está acostando con este surfista y la idea me pone tenso y el estómago se me encoge un poco. Julian sabe dónde está el «despacho» de Finn, el sitio donde Finn hace sus negocios. Por algún motivo empiezo a sentir desconfianza y nerviosismo. Julian llega a una puerta blanca y los dos entramos en una habitación muy sobria, totalmente blanca, con ventanas de suelo a techo y espejos en el techo y la sensación de vértigo me domina y casi tengo que mantener el equilibrio. Observo que desde esta habitación puedo ver el ático de mi padre en Century City y me pongo paranoico y empiezo a preguntarme si mi padre me podrá ver.

—Hola, hola, hola. Si es mi gran amigo —Finn está sentado detrás de una gran mesa de despacho y tiene veinticinco o treinta años. Es rubio. Está muy moreno y nada destaca en su aspecto. La mesa está vacía si se exceptúa un teléfono y un sobre con el nombre de Finn escrito en él y dos frasquitos de plata. Además, en la mesa hay un pisapapeles de cristal con un pez dentro cuyos ojos miran con desamparo, casi como si pidiera algo de comer, y me pongo a preguntarme: ¿Si el pez ya está muerto, importa algo eso?

—¿Y éste quién es? —pregunta Finn sonriéndome.

—Es un amigo mío. Se llama Clay. Clay, te presento a Finn —dice Julian encogiéndose de hombros, como distraído.

Finn me examina atentamente y sonríe de nuevo y luego se vuelve a Julian.

—¿Cómo fue todo la noche pasada? —pregunta Finn todavía sonriendo.

Julian hace una pausa y luego dice:

—Muy bien. —Y baja la vista.

—¿Muy bien? ¿Y eso es todo? Jason me llamó hoy y dijo que eras fantástico. Realmente de primera fila.

—¿Dijo eso?

—Sí. De verdad. Le gustaste de verdad.

Empiezo a sentirme débil, paseo por la habitación, busco un pitillo en el bolsillo.

Otra pausa y luego Julian tose.

—Bueno, chico, si hoy no estás muy ocupado, tienes una cita a las cuatro en el Saint Marquis con un tipo de fuera de la ciudad. Y después, esta noche, la fiesta de Eddie, ¿vale?

Finn mira a Julian y luego me mira a mí.

—¿Sabes una cosa? —Empieza a dar golpecitos con los dedos en la mesa—. Es una gran idea que hayas traído a tu amigo. El tipo del Saint Marquis quiere dos chicos. Uno sólo para mirar, claro, pero Jan está en la Colony y no podrá volver…

Miro a Finn y luego a Julian.

—No, Finn. Es un amigo —dice Julian—. Le debo dinero. Por eso lo he traído.

—Oye, puedo esperar —digo, comprendiendo que es demasiado tarde y la adrenalina se me pone a circular a toda velocidad por el cuerpo.

—¿Por qué no váis los dos? —dice Finn, volviendo a mirarme—. Julian, lleva a tu amigo.

—No, Finn. No quiero complicar a nadie más en esto.

—Oye, Julian —dice Finn, que ya no sonríe y pronuncia cada palabra con mucha claridad—. He dicho que creo que tú y tu amigo deberíais ir al Saint Marquis a las cuatro, ¿entendido? —Luego se vuelve hacia mí—. Tú quieres el dinero, ¿no es así?

Niego con la cabeza.

—¿No lo quieres? —me pregunta incrédulo.

—Sí. Claro que lo quiero —digo yo—. Por supuesto que sí.

Finn se vuelve hacia Julian y luego hacia mí.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —le digo—. Sólo tengo el tembleque.

—¿Quieres Torinal?

—No, gracias. —Vuelvo a mirar al pez.

Finn se vuelve hacia Julian.

—¿Cómo están tus padres, Julian?

—No lo sé —dice Julian todavía con la vista baja.

—Sí, bien… bueno… —empieza Finn—. ¿Por qué no vais los dos al hotel y luego os reunís conmigo en The Land's End y después vamos todos a la fiesta de Eddie y os doy el dinero a ti y a tu amigo? ¿De acuerdo, chicos? ¿Qué os parece?

—¿Dónde te encontraré? —pregunta Julian.

—En el piso de arriba de The Land's End —dice Finn—. ¿Qué pasa? ¿Qué es lo que no marcha?

—Nada —dice Julian—. ¿Cuándo?

—¿A las nueve y media?

—Bien.

Miro a Julian y vuelvo a ver la imagen del sports club a la salida del colegio.

—¿Te encuentras bien, Julie? —dice Finn volviendo a mirar a Julian.

—Sí, sólo estoy nervioso. —A Julian se le estrangula la voz. Va a decir algo y abre la boca. Oigo un avión que pasa por encima. Luego una ambulancia.

—Pero, ¿qué te pasa, chico? Puedes contármelo. —Finn parece entender y se dirige a Julian y le pasa el brazo por los hombros.

Creo que Julian está llorando.

—¿Puedes perdonarnos un momento? —me pregunta Finn educadamente.

Salgo de la habitación y cierro la puerta, pero puedo oír sus voces.

—Esta noche será la última… la última. ¿Lo entiendes, Finn? No creo que pueda hacerlo más. Me pone enfermo sentirme tan… lo paso mal todo el rato y no puedo seguir… ¿No puedo hacer otra cosa por ti? ¿Sólo hasta que te devuelva lo que te debo? —La voz de Julian tiembla y luego se rompe.

—Vamos, vamos, querido —murmura Finn—. No te preocupes.

Podría irme ahora mismo del ático. Aunque haya venido en el coche de Julian, podría irme del ático. Podría llamar a alguien que me viniera a buscar.

—No, Finn, no.

—Toma…

—No, Finn. Ya no. No lo quiero. He decidido dejarlo.

—Como quieras.

Hay un silencio largo de verdad y sólo oigo que encienden un par de cerillas y el ruido de unas palmaditas, y al cabo de un rato Finn habla:

—Sabes que eres el mejor de los chicos que tengo y que me ocupo de ti. Como si fueras mi propio hijo… —Hay una pausa y luego Finn dice—: Pareces muy delgado.

El surfista pasa como una exhalación junto a mí y entra en la habitación y le dice a Finn que alguien que se llama Manuel le llama por teléfono. El surfista sale. Julian se levanta de la mesa del despacho de Finn, abrochándose la manga, y se despide de Finn.

—Y no te hundas. Tienes que mantenerte a flote, ¿entendido? —Finn le guiña un ojo.

—Claro que sí.

—¿Nos veremos esta noche, Clay?

Me apetece decir que no, pero tengo la sensación de que esta noche le veré y asiento y digo, tratando de sonar convincente:

—Sí.

—Sois terribles, chicos. Realmente fabulosos.

Sigo a Julian y cuando cruzo el cuarto de estar para llegar a la puerta, veo al surfista tumbado en el suelo del cuarto de estar. Tiene la mano en los pantalones y come una taza de cereales. Alterna entre la lectura de la caja de cereales y «Zona crepuscular», que está viendo en la enorme pantalla de televisión que hay en medio del cuarto de estar, y Rod Sterling nos mira y nos dice que acabamos de entrar en la zona crepuscular y aunque no lo quiero creer, resulta tan surrealista que sé que es cierto y miro al chico tumbado en la alfombra del cuarto de estar por última vez y luego me vuelvo despacio y sigo a Julian por la puerta hasta la oscuridad del rellano de Finn. En el ascensor bajando al coche de Julian, digo: —¿Por qué no me dijiste que el dinero era para esto?

Y Julian, con ojos vidriosos y una mueca muy triste en la cara, dice:

—¿Y a quién le importa? ¿A ti? ¿Te importa a ti?

No digo nada y me doy cuenta de que en realidad no me importa y de pronto me siento estúpido. También comprendo que iré con Julian al Saint Marquis. Que quiero comprobar si esas cosas pasan de verdad. Y cuando baja el ascensor, y pasa el segundo piso, y luego el primero, me doy cuenta de que el dinero ya no importa. Que lo único que pasa es que quiero ver lo peor.

El Saint Marquis. Cuatro en punto. Sunset Boulevard. El sol es inmenso y quema, un monstruo naranja, cuando Julian entra en el aparcamiento. Por algún motivo ha pasado dos veces por delante del hotel y le pregunto por qué y él me pregunta si de verdad quiero seguir con esto y yo le digo que sí. En cuanto nos bajamos del coche, miro la piscina y me pregunto si se habrá ahogado alguien en ella. El Saint Marquis es un hotel hueco; tiene una piscina en un patio interior rodeada de habitaciones. Hay un tipo gordo en una tumbona. El cuerpo, untado de aceite solar, le brilla. Nos mira cuando nos dirigimos hacia la habitación a la que Finn le dijo a Julian que tenía que ir. El tipo ocupa la habitación 001. Julian llega a la puerta y llama. Las cortinas están corridas y una cara, una sombra, se asoma. La puerta la abre un tipo de cuarenta o cuarenta y cinco años, con pantalones anchos y camisa y corbata, que pregunta:

—¿Qué desean?

—¿Es usted el señor Erickson?

—Sí… Claro, y vosotros debéis de ser… —Se le desvanece la voz al miramos a Julian y a mí.

—¿Pasa algo? —pregunta Julian.

—No, en absoluto. ¿Por qué no entráis?

—Gracias —dice Julian.

Sigo a Julian dentro de la habitación y me enervo. Aborrezco las habitaciones de

los hoteles. Mi bisabuelo murió en una. Del Stardust de Las Vegas. Pasaron dos días antes de que lo encontraran.

—¿Os apetece una copa, chicos?

Tengo la sensación de que estos tipos siempre preguntan lo mismo y aunque me apetece una, miro a Julian, que niega con la cabeza y dice:

—No, muchas gracias, señor.

—¿Por qué no os ponéis cómodos y os sentáis?

—¿Le importa que me quite la chaqueta? —pregunta Julian.

—Claro que no, hijo.

El hombre se pone a preparar una copa.

—¿Va a quedarse mucho tiempo en Los Angeles? —pregunta Julian.

—No, no, sólo unas semanas, hasta que liquide unos negocios. —El tipo toma un trago.

—¿A qué se dedica usted?

—A negocios inmobiliarios, hijo.

Miro a Julian y me pregunto si este hombre conocerá a mi padre. Bajo la vista y me doy cuenta de que no tengo nada que decir, pero trato de pensar en algo; la necesidad de oírme la voz se hace más intensa y sigo preguntándome si mi padre conocerá a este tipo. Trato de quitarme la idea de la cabeza; la idea de que este tipo se acerque a mi padre en Ma Maison o Trumps, pero allí sigue.

Julian habla.

—¿De dónde es usted?

—De Indiana.

—¿De verdad? ¿De qué sitio de Indiana?

—De Muncie.

—Oh, Muncie, Indiana.

—Eso es.

Hay una pausa y el hombre deja de mirar a Julian para clavar sus ojos en mí y luego de nuevo en Julian. Toma otro trago.

—Bien, ¿a cuál de los dos le apetece ponerse de pie?

El tipo de Indiana aprieta su vaso con fuerza y luego lo deja en la barra. Julian se levanta.

El hombre asiente y pregunta:

—¿Por qué no te quitas la corbata?

Julian se la quita.

—¿Y los zapatos y los calcetines?

Julian se los quita también y luego baja la vista.

—Y… bueno, lo demás.

Julian se quita la camisa y los pantalones y el hombre se desnuda y mira por la

ventana que da a Sunset Boulevard y luego vuelve a mirar a Julian.

—¿Te gusta vivir en Los Angeles?

—Sí, me gusta Los Angeles —dice Julian, doblando sus pantalones.

El hombre me mira y luego dice:

—Oh, no, ahí no. ¿Por qué no te sientas ahí, junto a la ventana? Es mejor.

El tipo me sienta en una butaca y me coloca cerca de la cama y luego, satisfecho, se dirige hacia Julian y pone su mano en el hombro de Julian. Su mano se desliza hacia el slip de Julian y Julian cierra los ojos.

—Eres un chico muy guapo.

Una imagen de Julian en el colegio jugando al fútbol en un prado muy verde.

—Sí, eres un chico muy guapo —dice el hombre de Indiana—, y aquí eso es lo único que importa.

Julian abre los ojos y los clava en los míos y yo aparto la vista y miro una mosca que zumba perezosamente en la pared de al lado de la cama. Me pregunto qué van a hacer el tipo y Julian. Me digo que podría irme. Podría decirles al tipo de Muncie y a Julian que me quiero ir. Pero, otra vez, las palabras no me salen y me quedo allí sentado, y la necesidad de ver lo peor me invade, imperiosa, intensa.

El hombre se dirige al cuarto de baño y nos dice que volverá en un momento. Cierra la puerta del cuarto de baño. Me levanto de la silla y me dirijo a la barra por algo de beber. Me fijo en la maleta del hombre, que éste ha dejado encima de la barra, y la registro. Estoy tan nervioso que ni siquiera sé por qué lo hago. Hay un montón de tarjetas de visita pero no las quiero mirar por miedo a ver la de mi padre. También hay tarjetas de crédito y la cantidad habitual de dinero en efectivo que alguien de fuera de la ciudad suele traer cuando viene a la ciudad. También hay fotos de una mujer bastante guapa y muy cansada, probablemente la esposa del tipo, y dos fotos de sus hijos, dos niños, bien formados, y con el pelo rubio y corto y camisa de rayas, con aspecto de satisfacción. Las fotos me deprimen y vuelvo a dejar la maleta en la barra y me pregunto si las habrá sacado el hombre. Miro a Julian, que está sentado en el borde da la cama, la cabeza caída. Me siento y luego me inclino y pongo el estéreo.

El hombre sale del cuarto de baño y me dice:

—No. Nada de música. Quiero oírlo todo. Todo.

Apaga el estéreo. Le pregunto si puedo utilizar el cuarto de baño. Julian se quita el slip. El hombre sonríe por algún motivo y dice que sí y entro en el cuarto de baño y cierro la puerta y abro los dos grifos del lavabo y tiro varias veces de la cisterna mientras trato de vomitar, pero no puedo. Me enjuago la boca y vuelvo a la habitación. El sol está cayendo, las sombras se alargan en las paredes, y Julian trata de sonreír. El hombre sonríe otra vez, las sombras se alargan en su cara.

Enciendo un pitillo.

El hombre hace que Julian se dé la vuelta.

Me pregunto si está en venta.

No cierro los ojos.

Uno puede desaparecer aquí sin saberlo.

Julian y yo salimos al aparcamiento. Llevamos en el hotel desde las cuatro en punto y ahora son las nueve. Me he pasado cinco horas sentado en la butaca. Cuando entramos en el coche de Julian le pregunto a donde vamos.

—A The Land's End, por el dinero. ¿O es que no quieres tu dinero? —pregunta—. ¿No lo quieres, Clay?

Miro la cara de Julian y recuerdo muchas mañanas sentados en su Porsche, aparcado en doble fila, fumando porros muy delgados y escuchando el nuevo álbum de Squeeze antes de que las clases empezaran a las nueve, y aunque la imagen me resulta recurrente, ya no me inquieta. La cara de Julian me parece más vieja.

Son más o menos las diez y The Land's End está hasta los topes. El club se encuentra en Hollywood Boulevard y Julian aparca en una calleja de la parte de atrás y camino a su lado hasta la entrada y Julian se abre paso entre la cola y los chicos se burlan pero Julian los ignora. Por la puerta de atrás se entra al club como si se entrara en una bodega y está oscuro y parece una cueva con todos esos tabiques que dividen el club en zonas pequeñas donde grupos de gente hacen trapícheos en la oscuridad. Cuando entramos, el encargado, que parece un surfista de cincuenta años, está discutiendo con un grupo de chavales que tratan de entrar y que evidentemente no tienen la edad. Cuando el encargado le guiña el ojo a Julian y nos deja entrar, una de las chicas que hacen cola me mira y sonríe. Sus labios húmedos, cubiertos con pintura de labios de un rosa chillón, se abren y enseña los dientes de arriba como si fuera una especie de perro o de lobo que gruñe a punto de atacar. Conoce a Julian y dice algo desagradable y Julian le hace un corte de mangas.

Antes de que pueda distinguir las caras de la gente, tengo que esperar a que mis ojos se acostumbren a la oscuridad. Esta noche el club está de bote en bote y algunos de los chicos que esperan en la parte de atrás no consiguen entrar. Suena «Tainted Love», muy fuerte, en el sistema estéreo y la pista de baile está llena de gente, en su mayor parte jóvenes, en su mayor parte aburridos, intentando parecer pasados. Hay unos cuantos chicos sentados en mesas y todos miran a una chica, que está muy buena, con ganas de bailar con ella o darse el lote en el coche de Papá, y también hay muchas chicas con aire de indiferencia y aburrimiento que fuman, y todas ellas, o al menos la mayoría, miran a un chico de pelo rubio que está al fondo con las gafas de sol puestas. Julian conoce al tipo y me cuenta que también trabaja para Finn.

Pasamos entre la multitud y entramos en la parte de atrás dejando el estruendo de

la música y la sala llena de humo a nuestras espaldas. En la parte de atrás y subiendo la escalera es donde se encuentra Lee, el nuevo pinchadiscos. Finn está sentado en un sofá hablando con él y parece que es la primera noche de Lee y Lee, rubio y muy moreno, parece nervioso. Finn nos presenta a Julian y a mí a Lee y luego le pregunta a Julian que cómo ha ido todo y Julian murmura que bien y le dice a Finn que quiere el dinero. Finn le dice que se lo dará, que nos lo dará, en la fiesta de Eddie; que quiere que Julian le haga un pequeño favor; después de que le haga ese pequeño favor, Finn dice que nos dará el dinero encantado.

Aunque Lee tiene dieciocho años parece mucho más joven que Julian o yo y eso me asusta. La cabina de Lee da a Hollywood Boulevard y, cuando Julian suspira y se aparta de Finn, que se pone a hablar con Lee, yo me acerco a la ventana y miro los coches. Pasa una ambulancia. Luego se oye la sirena de un coche de policía. Lee parece un colegial, dice Finn, y luego algo como:

—Les gusta eso. La pinta de colegial.

Parece que Lee está preparado y también Finn, y Lee dice que está un poco nervioso y Finn ríe y dice:

—No hay de qué preocuparse. No tendrás que hacer casi nada. Al menos con estos tipos. Sólo unos ejercicios gimnásticos de lo más típico. Sólo eso. —Finn sonríe y ajusta la corbata de Lee—. Y si tienes que hacer algo… bueno, ganaréis dinero, queridos.

Y Julian dice:

—Mierda —demasiado alto.

Y Finn dice:

—Ten cuidado.

Y yo no sé qué estoy haciendo aquí y miro a Lee, que sonríe en silencio, y no ve que Julian sonríe con la misma sonrisa inocente.

Julian sigue a Finn y Lee en el Rolls-Royce de Finn y Julian les dice en un semáforo en rojo que tiene que dejarme en mi coche para que pueda seguirles hasta casa de Eddie. Julian me deja en mi coche, aparcado junto al salón de juegos de Westwood, y luego sigo a los dos coches colina arriba.

La casa a la que sigo a Finn y a Lee y a Julian está en Beal Air y es una enorme casa de piedra con césped delante en pendiente y surtidores y gárgolas saliendo del techo. La casa está en Bellagio y me pregunto qué significa Bellagio cuando enfilo el ancho camino circular y un criado me abre la puerta y cuando me bajo del coche veo que Finn ha echado los brazos sobre Julian y Lee y cruzan la puerta principal delante de mí. Les sigo al interior de la casa y dentro no hay casi más que hombres, aunque

también hay algunas mujeres, y todos parecen conocer a Finn. Algunas personas incluso conocen a Julian. Hay una luz estroboscópica en el cuarto de estar y durante un momento siento un ligero descoloque que casi se convierte en una especie de vértigo y casi se me doblan las rodillas y parece que todos hablan a la vez mirándose sin parar unos a otros; el ritmo de la música va de acuerdo con los movimientos y las miradas.

—Hola, Finn, ¿qué tal te va?

—Hola, Bobby. Estupendamente. ¿Cómo te van las cosas?

—Fabulosamente. ¿Y éste quién es?

—Es mi ayudante, Julian. Y éste es Lee.

—Hola —dice Bobby.

—Hola —dice Lee, y sonríe y baja la vista.

—Di hola —dice Finn a Julian dándole un codazo.

—Hola.

—¿Quieres bailar?

Finn le vuelve a dar un codazo.

—No, ahora no. ¿Me perdonáis un momento? —Y Julian se aparta de Finn y Lee y Finn le llama y yo sigo a

Julian entre la gente, pero le pierdo y enciendo un pitillo y me dirijo al cuarto de baño, pero me encuentro con que está cerrado.

The Clash cantan «Alguien va a ser asesinado» y me apoyo en la pared y me entra un sudor frío y hay un chico al que me parece conocer, sentado en una butaca y que me mira desde el otro lado del cuarto y yo le miro a él, confuso, preguntando si me conoce, pero comprendo que da lo mismo. El chico está muy pirado y ni siquiera me ve, de hecho no ve nada.

Se abre la puerta del cuarto de baño y un hombre y una mujer salen juntos, riendo, y pasan junto a mí y yo entro y cierro la puerta y destapo el frasquito y advierto que me queda muy poca coca, pero esnifo la que me queda y bebo agua del grifo y me miro en el espejo, me paso la mano por el pelo, y luego por las mejillas, y decido que necesito un afeitado. De repente Julian entra violentamente junto a Finn. Finn le empuja contra la pared y echa el pestillo.

—¿Qué demonios estáis haciendo?

—Nada —grita Julian—. Nada. Déjame en paz. Me voy a casa. Dale el dinero a Clay.

—Estás comportándote como un tonto del culo y quiero que dejes de hacerlo. Tengo clientes muy importantes aquí, esta noche, y no me vas a joder el negocio.

—Digo que me dejes en paz —dice Julian—. Y no me toques.

Me apoyo en la pared y miro al suelo.

Finn me mira y luego mira a Julian y suelta:

—Jesús, Julian, eres realmente patético, tío. ¿Qué piensas hacer? No tienes elección. ¿Lo entiendes? No lo puedes dejar. Ahora no te puedes marchar. ¿Vas a recurrir a Papá y a Mamá?

—¡Cállate!

—¿Y tu cuelgue tan caro?

—¡Cállate, Finn!

—¿Y a quién vas a recurrir? ¿Crees que te quedan amigos? ¿Qué hostias vas a hacer?

—¡Cállate!

—Hace un año acudiste a mí porque les debías muchísima pasta a unos dílers y te di trabajo y te presenté a gente y te regalé toda esa ropa y toda la jodida coca que podías esnifar, ¿y qué hiciste tú para agradecérmelo?

—Ya lo sé. Cierra el pico —grita Julian con voz ahogada y tapándose la cara con las manos.

—Te comportas como un soberbio, un egoísta, un desagradecido…

—Vete a tomar por el culo…

—…carapijo…

—…maricón de mierda.

—¿Es que no aprecias lo que he hecho por ti? —Finn aprieta a Julian con más fuerza contra la pared—. ¿Eh? ¿No lo aprecias?

—Déjame en paz, maricón de mierda.

—¿No lo aprecias, eh? ¡Contéstame!

—¿Y qué has hecho tú por mí? Me has convertido en un puto. —La cara de Julian está toda ella roja y tiene los ojos húmedos y yo estoy fuera de mis casillas, tratando de mirar al suelo siempre que Julian o Finn me miran.

—No, tío, yo no te convertí en eso —dice Finn con tranquilidad.

—¿Cómo que no?

—Yo no te convertí en un puto. ¡Te convertiste tú mismo!

La música se filtra a través de las paredes y de hecho puedo sentir cómo vibra contra mi espalda, casi atravesándome, y Julian sigue con la vista baja y trata de apartarse de Finn, pero Finn le agarra por los hombros y Julian se echa a llorar y le dice a Finn que lo siente mucho.

—No lo puedo volver a hacer… ¡Por favor, Finn!

—Lo siento, querido, pero no puedo dejar que te marches tan fácilmente.

Julian cae poco a poco al suelo y se queda sentado.

Finn saca una jeringuilla y una cuchara y una caja de cerillas de Le Dome.

—¿Qué vas a hacer? —solloza Julian.

—Esta noche mi ayudante se tiene que tranquilizar.

—Finn… Lo estoy dejando. —Julian se echa a reír—. Lo estoy dejando. Ya he

pagado mi jodida deuda. No quiero más.

Pero Finn no le escucha. Se pone en cuclillas y agarra el brazo de Julian y le sube la manga de la chaqueta y la camisa y se quita su propio cinturón y se lo ata alrededor del brazo y le da unos golpecitos en el brazo para encontrar una vena y al cabo de un rato encuentra una y mientras calienta algo en la cuchara de plata lo único que dice Julian es:

—No, Finn, no lo hagas.

Finn clava la aguja en el brazo de Julian.

—¿Qué puedes hacer? No tienes a donde ir. ¿Vas a contárselo a alguien? ¿Qué te convertiste en un puto para pagar una jodida deuda por culpa de la droga? Tío, eres más ingenuo de lo que yo creía. Pero, vamos, querido, en seguida te encontrarás mejor.

Desaparezca aquí.

La jeringuilla se llena de sangre.

Eres un chico muy guapo y eso es lo único que importa.

Me pregunto si está en venta.

La gente tiene miedo a mezclarse. Mezclarse.

Finalmente Finn saca a Julian del cuarto de baño y yo les sigo y Finn lleva a Julian escalera arriba, y los dos siguen hacia arriba, y veo que hay una puerta abierta, sólo una rendija, en lo alto de la escalera, y la música calla durante un minuto y oigo murmullos dentro de la habitación, y cuando Finn empuja a Julian dentro de la habitación, suena un grito, y Julian desaparece con Finn y la puerta se cierra de un portazo. Doy la vuelta y dejo la casa.

Después de dejar la fiesta me dirijo a The Roxy donde tocan los X. Casi son las doce de la noche y The Roxy está abarrotado y me encuentro a Trent junto a la entrada y me pregunta dónde he estado y no digo nada y luego me da una copa. En el club hace calor y me paso la copa por la frente, por la cara. Trent dice que Rip anda por aquí y acompaño a Trent hasta donde se encuentra Rip, y Rip me dice que van a cantar «Sexo y muerte en la alta sociedad» en cualquier momento y yo digo que estupendo. Rip lleva unos pantalones negros y una camiseta blanca de los X, y Spin lleva una camiseta que dice: «The Blockheads», y pantalones también negros. Rip se me acerca y lo primero que dice es:

—Aquí hay demasiados mejicanos, tío.

Spin bufa y dice:

—Vamos a matarlos a todos.

Trent debe pensar que es una buena idea porque se ríe y asiente.

Rip me mira y dice:

—Jesús, tío. Pareces enfermo de verdad. ¿Qué te pasa? ¿Quieres un poco de

coca?

Me las arreglo para decir que no con la cabeza y termino la copa de Trent.

Un chico negro con un bigote fino y una camiseta de «Under The Big Black Sun» se me echa encima y Rip le agarra por los hombros y lo empuja sobre los que bailan y grita:

—¡Jodido mulato de mierda!

Spin está hablando con un tipo llamado Ross y Spin se vuelve hacia Rip después de que Rip se aleje del escenario.

—Oye, Ross ha encontrado algo en la calleja de detrás de Flip.

—¿Qué?

—Un cuerpo.

—¿Te estás burlando de mí?

Ross mueve la cabeza, sonriendo nervioso.

—Tienes que verlo —dice Rip con una mueca—. Ven, Clay.

—No —digo yo—. Quiero ver la actuación.

—Ven. De todos modos, quiero que veas algo que hay en mi casa.

Trent y yo seguimos a Rip y a Spin al coche de Rip y Rip nos dice que nos reunamos con él en la parte de atrás de Flip. Trent y yo vamos Melrose abajo y Flip tiene todas las luces encendidas y está cerrado y doblamos a la izquierda y aparcamos en el descampado detrás del edificio. Ross se baja de su VW Rabbit y nos hace gestos a Rip y a Spin y a mí y a Trent de que le sigamos a la calleja que hay detrás de la tienda desierta.

—Espero que no hayan avisado a la policía —murmura Ross.

—¿Quiénes más lo sabían? —pregunta Rip.

—Unos amigos míos. Lo encontraron esta tarde.

Dos chicas salen de la oscura calleja, riéndose convulsivamente y agarradas una a otra. Una dice:

—Jesús, Ross, ¿quién es ese tipo?

—No lo sé, Alicia.

—¿Qué le pasó?

—Una sobredosis, supongo.

—¿Habéis llamado a la policía?

—¿Para qué?

Una de las chicas dice:

—Vamos a traer a Marcia. Se quedará alucinada.

—Chicas, ¿habéis visto a Mimi? —pregunta Ross.

—Anduvo por aquí con Derf, pero ya se han ido. Nos vamos a The Roxy a ver a los X.

—Venimos de allí.

—¿Sí? ¿Qué tal están?

—Bien. Pero no cantaron «Adult Books».

—¿No la cantaron?

—En absoluto.

—Nunca lo hacen.

—Ya lo sé.

—Es una pena.

Las chicas se van, hablando de Billy Zoom, y Rip y Spin y Trent y yo seguimos a Ross a lo más profundo del callejón.

El chico está caído junto a la pared, apoyado en ella. Tiene la cara hinchada y pálida y los ojos cerrados, la boca abierta. La cara pertenece a un chaval de unos dieciocho o diecinueve años, y hay sangre seca en su labio superior.

—Jesús —dice Rip.

Los ojos de Spin están abiertos como platos.

Trent se limita a quedarse allí y dice algo como:

—Es tremendo.

Rip da un golpe con el pie en el estómago del chico.

—¿Seguro que está muerto?

—¿Le viste moverse? —se ríe convulsivamente Ross.

—Dios mío, tío. ¿Cómo te enteraste?

—Se corrió la voz.

No puedo apartar la vista del chico muerto. Hay moscas volando por encima de su cabeza. Dan vueltas alrededor de la luz que cuelga sobre él, iluminando la escena. Spin se arrodilla y mira la cara del chico y la estudio atentamente. Trent se echa a reír y enciende un porro. Ross está apoyado en la pared fumando y me ofrece un pitillo. Digo que no con la cabeza y enciendo uno de los míos, pero la mano me tiembla mucho y lo tiro.

—Fijaos en eso, no lleva calcetines —murmura Trent.

Nos quedamos un poco más. En el callejón sopla el viento. Se oye el ruido del tráfico que llega de Melrose.

—Esperad un momento —dice Spin—. Creo que conozco a este chico.

—Mierda —dice Rip.

—Tío, estás enfermo —dice Trent, pasándome el porro.

Doy una calada y se lo devuelvo a Trent y me pregunto qué pasaría si los ojos del chico estuvieran abiertos.

—Vámonos de aquí —dice Ross.

—Espera. —Rip le hace gesto de que se quede y luego pone un pitillo en la boca del chico. Nos quedamos allí cinco minutos más. Luego Spin se levanta y mueve la cabeza, se rasca y dice:

—Tío, necesito un pitillo.

Rip me coge del brazo y nos dice a Trent y a mí:

—Oíd, tenéis que venir a mi casa.

—¿Por qué? —pregunto.

Cuando llegamos a casa de Rip, en Wilshire, nos lleva al dormitorio. Hay una chica desnuda, muy joven y muy guapa, tumbada en el colchón. Tiene las piernas abiertas y atadas a los postes de la cama y los brazos atados por encima de la cabeza. Tiene el coño todo él irritado y parece reseco y puedo ver que se lo han afeitado. No deja de gemir y murmura palabras y mueve la cabeza a un lado y a otro con los ojos semicerrados. Alguien la ha maquillado y la chica se pasa la lengua repetidamente por los labios. Spin se arrodilla junto a la cama y coge una jeringuilla y le susurra algo al oído. La chica no abre los ojos. Spin le clava la jeringuilla en el brazo. Me limito a mirar. Trent dice:

—Tremendo.

Rip dice algo.

—Tiene doce años.

—Y está muy dura, tío —se ríe Spin.

—¿Quién es? —pregunto.

—Se llama Shandra y va a Corvalis —es todo lo que dice Rip.

Ross está jugando al Ciempiés en el cuarto de estar y el sonido del videojuego llega hasta donde estamos. Spin pone una cinta y luego se quita la camiseta y luego los vaqueros. Está empalmado y acerca su polla a los labios de la chica y luego nos mira.

—Podéis mirar si queréis.

Salgo de la habitación.

Rip me sigue.

—¿Por qué? —es todo lo que le pregunto a Rip.

—¿Qué?

—¿Por qué, Rip?

Rip parece confuso.

—¿Por qué qué? ¿Te refieres a eso de ahí dentro?

Trato de asentir.

—¿Y por qué no? ¿Qué diablos pasa?

—Dios mío, Rip, si sólo tiene once años.

—Doce —me corrige Rip.

—Bueno, pues doce —digo, pensando un momento en eso.

—Oye, no me mires como si fuera un degenerado o algo así. No lo soy.

—Eso… —se me estrangula la voz.

—¿Eso qué? —quiere saber Rip.

—Eso… no me parece que esté bien.

—¿Y qué está bien? Si uno quiere algo, tiene derecho a cogerlo. Si quieres hacer algo, tienes derecho a hacerlo.

Me apoyo en la pared. Oigo a Spin gimiendo en el dormitorio y luego el sonido de una mano que golpea. Probablemente un rostro.

—Pero tú no necesitas nada. Lo tienes todo —le digo.

Rip me mira.

—No es cierto.

—¿Qué?

—No lo tengo todo.

Hay una pausa y luego pregunto:

—Mierda, Rip, ¿y qué es lo que no tienes?

—No tengo nada que perder.

Rip se aparta y entra en el dormitorio. Miro dentro y Trent ya se está desabrochando la camisa mientras mira a Spin, que está sentado a horcajadas sobre la cabeza de la chica.

—Oye, Trent —digo—. Vámonos de aquí.

Me mira a mí y luego a Spin y a la chica y dice:

—Creo que me voy a quedar.

Permanezco allí quieto. Spin vuelve la cabeza mientras penetra la cabeza de la chica, y dice:

—Si no te vas a quedar, cierra la puerta, ¿entendido?

—Deberías quedarte —dice Trent.

Cierro la puerta y me alejo atravesando el cuarto de estar donde Rose juega al Ciempiés.

—He conseguido muchos puntos —dice. Observa que me marcho y pregunta—: Oye, ¿a dónde vas?

No digo nada.

—Deberías volver a probar ese cuerpo.

Cierro la puerta detrás de mí.

A unas cuantas millas de Rancho Mirage había una casa que perteneció a un amigo de uno de mis primos. Era rubio y bien parecido e iba a ir a Stanford en otoño y pertenecía a una buena familia de San Francisco. Solía venir a Palm Springs los fines de semana y celebrábamos aquellas fiestas en la casa del desierto. Chicos de Los Angeles y San Francisco y Sacramento venían a pasar el fin de semana y se quedaban a las fiestas. Una noche, a fines de verano, hubo una fiesta que en cierto modo se nos fue de las manos. Una chica de San Diego que había estado en la fiesta

fue encontrada a la mañana siguiente con las muñecas y los tobillos atados. La habían violado repetidamente. También había sido estrangulada y la habían degollado y le habían cortado los pechos y alguien había puesto unas velas en su lugar. Su cuerpo lo encontraron en el auto-cine Sun Air colgando de los columpios que había en una esquina del aparcamiento. Y el amigo de mi primo desapareció. Unos decían que se había ido a Méjico y otros decían que se había ido a Canadá o Londres. Sin embargo, la mayoría opinaba que se había ido a Méjico. Metieron a su madre en una residencia y la casa estuvo cerrada durante dos años. Luego, una noche ardió y un montón de gente decía que el chico había vuelto de Méjico, o Londres o Canadá y le había pegado fuego.

Conduzco por la carretera del desfiladero donde estuvo la casa, llevando todavía la misma ropa que tenía puesta la tarde anterior, en el despacho de Finn, en la habitación del hotel Saint Marquis, en el callejón, y aparco el coche y me quedo allí sentado, fumando, esperando ver aparecer una sombra o una silueta detrás de las rocas. Enderezo la cabeza y trato de oír un murmullo o un susurro. Hay quien dice que por la noche puede verse al chico caminando por los desfiladeros, oteando el desierto, vagando entre las ruinas de la casa. Otros dicen que le cogió la policía y lo encerró en Camarillo, a cientos de millas de Palo Alto y Stanford.

Recuerdo toda esta historia con claridad mientras me alejo de las ruinas de la casa y empiezo a adentrarme en el desierto. La noche es cálida y el tiempo me recuerda a aquellas noches en Palm Springs cuando mi madre y mi padre recibían a sus amigos y jugaban al bridge y yo cogía el coche de mi padre y le bajaba el techo y conducía por el desierto oyendo a The Eagles o a Fleetwood Mac, con el aire caliente agitándome el pelo.

Y recuerdo las mañanas en que era el primero que me levantaba y miraba cómo salía vapor de la piscina, y mi madre se pasaba sentada al sol el día entero, y todo estaba tan callado y quieto que podía ver cómo las sombras originadas por el sol se desplazaban por el fondo de la piscina y por la espalda tan morena de mi madre.

La semana antes de irme, uno de los gatos de mi hermana desaparece. Es un gatito pardo y mi hermana dice que la noche anterior ha oído chillidos y un gruñido. Hay trozos de piel y sangre seca cerca de la puerta. Muchos gatos de la vecindad tuvieron que ser encerrados dentro de las casas porque si los dejaban salir de noche había muchas posibilidades de que se los comieran los coyotes. Algunas noches, cuando hay luna llena y el cielo está claro, miro afuera y veo sombras moverse por las calles, en los desfiladeros. Solía considerar que se trataba de perros. Sólo más tarde me di cuenta de que eran coyotes. Algunas noches, muy tarde, al conducir por Mullholland he debido apartarme bruscamente o frenar, y a la luz de los faros he visto coyotes corriendo lentamente entre la niebla con trapos rojos en la boca y sólo

cuando vuelvo a casa comprendo que los trapos rojos son gatos. Es algo a lo que debe uno acostumbrarse si se vive en las colinas.

Escrito en la pared del cuarto de baño de Pages, debajo de donde dice: «Julian tiene buen material. Y está muerto». «Follate a tu madre y a tu padre. Eres un pilonero. Un pilonero. Vais a morir los dos por lo que me hicisteis. Me dejasteis morir. Ya no hay ninguna esperanza para vosotros dos. Tu hija es iraní y tu hijo maricón. Los dos os vais a pudrir en el infierno. Quemad, jodido carapijos. Quemad, mamones, quemadlo todo.»

La semana antes de irme oigo una canción de un compositor de Los Angeles sobre la ciudad. Escucho la canción una y otra vez, ignorando el resto del álbum. No era que la canción me gustara mucho; más bien era que me confundía y trataba de descifrarla. Por ejemplo, quería saber por qué estaba de rodillas el vagabundo de la canción. Alguien me explicó que el vagabundo estaba muy agradecido de encontrarse en la ciudad y no en cualquier otro sitio. Le dije a esta persona que me parecía que se equivocaba y la persona me dijo, en un tono que encontré ligeramente de conspirador:

—No, tío… No creas.

Pasé un montón de tiempo sentado en mi habitación la semana antes de irme, viendo un programa de televisión que daban por las tardes en el que ponían vídeos mientras un pinchadiscos de una emisora local de rock presentaba los vídeo clips. Había unos cien chicos y chicas bailando delante de la gran pantalla donde aparecían los vídeos; las imágenes hacían que parecieran enanos… y reconocía a gente a la que había visto en clubs. Bailaban en el programa, sonreían a la cámara, y luego se daban la vuelta y miraban a la enorme pantalla donde aparecían sus imágenes. Algunos incluso cantaban la letra de las canciones que ponían. Pero yo me concentraba en los que no cantaban la letra; en los que la habían olvidado; en los que seguramente nunca la supieron.

Rip y yo íbamos un día a Mulholland antes de mi partida y Rip mordisqueaba un ojo de plástico y llevaba una camiseta de Billy Idol. Yo trataba de sonreír y Rip dijo algo sobre ir una noche a Palm Springs antes de que me marchara y yo asentí vencido por el calor. En una de las curvas más traicioneras de Mulholland, Rip bajó la marcha y aparcó en el borde de la carretera y se bajó y me hizo gesto de que hiciera lo mismo. Señaló los muchos coches destrozados que había en el fondo. Algunos estaban oxidados y quemados, otros nuevos y aplastados, y sus brillantes colores, casi

obscenos, resplandecían al sol. Traté de contar los coches; por lo menos debía de haber veinte o treinta coches allí abajo. Rip me habló de unos amigos suyos que se habían matado en aquella curva; desconocían la carretera. Cometieron un error en plena noche y volaron hacia la nada. Rip me contó que algunas noches, en el silencio, se podía oír el chirrido de los neumáticos y luego un prolongado silencio. Un rrriiish y luego, casi inaudible, un impacto. Y a veces, si uno escucha con atención, se oyen gritos en la noche que no duran mucho. Rip dijo que dudaba de que llegaran a sacar los coches de allí, y que probablemente esperarían hasta que estuviera lleno de coches y los utilizarían como una advertencia y luego los quemarían. Y allí parado, mirando el Valle cubierto de niebla, y notando los vientos calientes y el polvo que se arremolinaba a mis pies, y el sol, una bola de fuego gigantesca que se elevaba, le creí. Y después, cuando volvimos al coche y cogió una calle que me pareció sin salida, le pregunté:

—¿A dónde vamos?

—No lo sé —me dijo—. Simplemente damos un paseo en coche.

—Pero esta carretera no lleva a ninguna parte —le dije.

—¿Y qué importa?

—¿Y qué es lo que importa, tío? —le pregunté al cabo de un rato.

—Sólo que estamos en ella, tío —dijo.

Antes de irme, una mujer a la que habían degollado fue tirada desde un coche en marcha en Venice; una serie de incendios incontrolados se extendieron por Catsworth, obra de un incendiario; un hombre mató en Encino a su mujer y a sus dos hijos. Cuatro chicos, a ninguno de los cuales conocía, murieron en un accidente de coche en la Pacific Coast Highway. Muriel fue reingresada en el Cedars-Sinai. Un chico, apodado Conan, se suicidó en una fiesta universitaria de la U.C.L.A. Y yo me encontré casualmente con Alana en el Beverly Center.

—No te he visto por ahí —le dije.

—Sí, es que no he salido mucho.

—Me encontré con alguien que te conoce.

—¿Quién era?

—Evan Dickson. ¿Le conoces?

—He salido con él.

—Sí, ya lo sé. Eso fue lo que me dijo.

—Pero ahora anda follándose a un tal Derf, que va a Buckley.

—Oh.

—Sí, oh —dijo ella.

—¿Y qué?

—Es algo tan típico.

—Sí —le dije—. Lo es.
—¿Lo has pasado bien mientras estuviste por aquí?
—No.
—Eso no está bien.

Y veo a Finn en el Mercado Hughes, en Doheny, un martes por la tarde. Hace calor y me he pasado todo el día tumbado junto a la piscina. Cojo el coche y llevo a mis hermanas al mercado. Hoy no han ido al colegio y llevan pantalones cortos y camiseta y gafas de sol, y yo llevo un viejo traje de baño y una camiseta. Finn está con Jared y me ve en la sección de alimentos congelados. Lleva sandalias y una camiseta del Hard Rock Cafe y me mira una vez, baja la vista y luego vuelve a mirar. Le doy la espalda rápidamente y me dirijo hacia las verduras. Me sigue. Cojo un paquete de seis bolsas de té y luego un cartón de cigarrillos. Vuelvo a mirarle y nuestras miradas se encuentran y me doy la vuelta. Me sigue hasta la caja.
—Hola, Clay. —Me guiña un ojo.
—Hola —digo, sonriendo y alejándome.
—Ya te atraparé otro día —dice, apuntándome con los dedos como si fueran una pistola.

La última semana estoy en Parachute con Trent. Trent se prueba ropa. Me apoyo en una pared leyendo un número atrasado de *Interview*. Un chico de pelo rubio y muy guapo, que me parece que es Evan, también se está probando ropa. No va a una cabina a probársela. Se la prueba en medio de la tienda, delante de un gran espejo. Se mira mientras se queda quieto, sólo con el slip puesto y unos calcetines de cuadros escoceses. El chico sale de su trance cuando su novio, también rubio y guapo, aparece detrás de él y le da una palmadita en la nuca. Luego se prueba otra cosa. Trent me dice que vio al chico con Julian en el Porsche negro de Julian en Beverly Hills High, hablando con otro chico que parecía tener unos catorce años. Trent dice que aunque Julian llevaba gafas de sol se podía ver que tenía los ojos morados.

Voy al cine con Trent. El cine al que vamos, de Westwood, está casi vacío si se exceptúan unas cuantas personas dispersas por la sala, la mayoría de ellas solas. Veo a un viejo amigo del instituto sentado con una rubia muy guapa en las primeras filas, cerca del pasillo, pero no digo nada y cuando se apagan las luces siento cierto alivio de que Trent no le haya reconocido. Más tarde, en el salón de los videojuegos, Trent juega con uno que se llama Cometiempo y hay perritos calientes y huevos de ésos de los vídeos que persiguen a un cocinero, bajo y con barba, y Trent quiere enseñarme a

jugar, pero yo no quiero. Me quedo mirando los perritos calientes que se mueven enloquecidos y por algún motivo cuesta mucho agarrarlos y me aparto, buscando algún otro juego. Pero todos los juegos parece que sólo tienen escarabajos y avispas y polillas y serpientes y mosquitos y ranas y arañas enloquecidas que comen enormes moscas púrpura y la música que sale de los juegos me aturde y me produce dolor de cabeza y las imágenes se mueven demasiado. Incluso lo siguen haciendo después de salir yo del salón.

Camino de casa, Trent me dice:

—Bueno, hoy te has comportado como uno de la pasma.

En Beverly Glen voy detrás de un Jaguar rojo con una matrícula que dice RUINA y tengo que frenar.

—¿Qué te pasa, Clay? —me pregunta Trent.

—Nada —consigo decir.

—¿Qué hostias te pasa?

Le digo que me duele la cabeza y le llevo a su casa y le digo que le llamaré desde New Hampshire.

Por algún motivo me recuerdo en una cabina telefónica de una estación de servicio de Palm Desert a las nueve y media de la noche de un domingo, a fines de agosto, esperando que me llame Blair, que a la mañana siguiente se marchaba para pasar tres semanas en Nueva York con su padre, que estaba rodando allí. Yo llevaba vaqueros y una camiseta y un viejo jersey de cuadros escoceses y playeros sin calcetines y estaba despeinado y fumaba un pitillo. Y desde donde estaba veía una parada de autobús con cuatro o cinco personas que esperaban sentadas o de pie bajo las luces fluorescentes de la calle. Había un chico, de quince o dieciséis años, que yo creía que estaba haciendo auto-stop y me encontraba nervioso y hubiera querido decirle algo al chico, pero vino el autobús y el chico subió a él. Estaba esperando en una cabina telefónica sin puerta y la luz fluorescente era insistente y me causaba dolor de cabeza. Una fila de hormigas se metía en un envase de yogur y aplasté mi pitillo dentro. Era una noche extraña. Había tres cabinas telefónicas en esta estación de servicio concreta aquel domingo por la noche de finales de agosto y todas las cabinas estaban ocupadas. Había un surfista bastante joven en la cabina de al lado de la mía con pantalones cortos a cuadros y una camiseta amarilla y yo estaba seguro de que esperaba el autobús. No me parecía que el surfista estuviera hablando con nadie; hacía como que hablaba con alguien y no había nadie al otro lado de la línea, y todo lo que yo pensaba de eso era que es mejor hacer como si se habla con alguien que no hablar en absoluto, mientras recordaba una noche en Disneylandia con Blair. Se detuvo un coche con una matrícula que decía «GABSJUEGO», y una chica con un corte de pelo a lo Joan Jett, probablemente Gabs, y su novio, que

llevaba una camiseta negra de Clash, bajaron del coche. El motor seguía en marcha y pude distinguir fragmentos de una vieja canción de Squeeze. Terminé otro cigarrillo y encendí uno más. Algunas de las hormigas se ahogaban en el yogur. Llegó el autobús. Subió gente. No se bajó nadie. Y seguí pensando en aquella noche en Disneylandia y pensando en New Hampshire y en Blair y en mí, que habíamos roto.

Un viento caliente soplaba en la estación de servicio vacía y el surfista, al que creí un chulo, colgó el teléfono y oí que no caía ninguna moneda e hice como que no lo oía. Se subió a un autobús que pasaba. GABSJUEGO se fue. El teléfono sonó. Era Blair. Y le dije que no se fuera. Ella me preguntó dónde estaba. Le dije que estaba en una cabina telefónica de Palm Desert. Ella preguntó:

—¿Por qué?

Y yo pregunté:

—¿Y por qué no?

Le dije que no fuera a Nueva York. Ella me dijo que ya era un poco tarde. Le dije que viniera a Palm Springs conmigo. Me dijo que le estaba haciendo daño; que le había prometido que me quedaría en Los Angeles; que le había prometido que nunca volvería al Este. Le dije que lo sentía y que las cosas se arreglarían y ella dijo que ya me había oído decir eso y que si nos gustábamos mutuamente, qué podían importar cuatro meses. Le pregunté si se acordaba de aquella noche en Disneylandia y ella preguntó:

—¿Qué noche en Disneylandia?

Y colgué.

Conque volví a Los Angeles y fui al cine y luego anduve en coche hasta la una y me senté en un restaurante de Sunset y tomé café y terminé los pitillos y me quedé hasta que cerraron. Y volví a casa y Blair me llamó. Y yo le dije que la echaba de menos y que a lo mejor cuando volviera las cosas funcionarían. Ella dijo que tal vez y luego que se acordaba de aquella noche en Disneylandia. Me marché a New Hampshire a la semana siguiente y no hablé con ella durante cuatro meses.

Antes de irme me veo con Blair para almorzar. Está sentada en la terraza de The Old World, en Sunset, esperándome. Lleva gafas de sol y bebe un vaso de vino blanco que probablemente consiguió gracias a su carnet de identidad falso. A lo mejor el camarero ni se lo pidió, pienso al entrar por la puerta delantera. Le digo a la encargada que estoy con la chica sentada en la terraza. Blair está sentada sola y vuelve la cara hacia la brisa y en ese momento algo suyo me sugiere una especie de confianza, una especie de valor, y siento envidia. Me acerco por detrás y la beso en la mejilla. Ella sonríe y se vuelve y se levanta las gafas y huele como a vino y pintura de labios y perfume y me siento y hojeo el menú. Dejo el menú en la mesa y miro pasar

los coches, empezando a pensar que tal vez esto sea un error.

—Me sorprende que hayas venido —dice.

—¿Por qué? Te dije que vendría.

—Sí, lo dijiste —murmura—. ¿Dónde has estado?

—He desayunado a primera hora con mi padre.

—Debió de resultar agradable. —Me pregunto si está siendo sarcástica.

—Sí —digo, inseguro. Enciendo un pitillo.

—¿Y qué más cosas has hecho?

—¿Por qué?

—Oye, no te pongas a la defensiva. Sólo quiero hablar.

—Sí, hablar. —Guiño los ojos cuando el humo del pitillo me entra en ellos.

—Oye. —Bebe un trago de vino—. Háblame de tu fin de semana.

Suspiro, sorprendido de no recordar casi nada de lo que pasó.

—No lo recuerdo.

—Oh.

Cojo el menú otra vez, y luego lo dejo sin abrirlo.

—De modo que vuelves al Este —dice.

—Eso parece. Aquí no hay nada.

—¿Esperabas encontrar algo?

—No lo sé. Llevo aquí mucho tiempo.

Parece como si hubiera estado siempre.

Doy golpecitos con el pie en el suelo de la terraza y la ignoro. Es un error. De repente me mira y se quita sus Wayfares.

—Clay, ¿me quisiste alguna vez?

Miro el cartel y le digo que no he oído lo que me ha dicho.

—Te he preguntado que si me quisiste alguna vez.

En la terraza el sol hace que me lloren los ojos y durante un momento de ceguera me veo con claridad. Recuerdo la primera vez que hicimos el amor en la casa de Palm Springs, su cuerpo moreno y mojado entre las frescas sábanas tan blancas.

—No me preguntes esas cosas, Blair —le digo.

—Contéstame.

No digo nada.

—¿Es una pregunta tan difícil de contestar?

La miro a los ojos.

—¿Sí o no?

—¿Por qué?

—Maldita sea, Clay —solloza ella.

—Sí, claro. Supongo.

—No me mientas.

—¿Qué coño quieres oír?

—Quiero que me contestes —dice alzando la voz.

—No —casi grito—. Nunca te quise. —Casi me echo a reír.

Ella respira a fondo y dice:

—Gracias. Es todo lo que quería oír. —Toma un trago de vino.

—¿Y tú, me quisiste alguna vez? —le pregunto a mi vez, aunque ya no me importa.

Ella hace una pausa.

—He pensado en eso y sí, te quise una vez. Quiero decir que te quise de verdad. Durante un tiempo todo estuvo bien. Eras cariñoso. —Baja la vista y luego sigue—. Pero era como si no estuvieras allí. Oh, mierda, esto no tiene sentido —se interrumpe.

La miro, esperando que siga, mirando el cartel. Desaparezca aquí.

—No sé si alguna de las demás personas con las que estuve estaba allí de verdad… pero al menos lo intentaron.

Cojo el menú; dejo el pitillo.

—Tú nunca lo intentaste. Las otras personas hicieron un esfuerzo y tú únicamente… —Toma otro trago de vino—. Nunca estabas allí. Sentí pena por ti algún tiempo, pero luego lo encontré muy difícil. Eres un chico guapo, Clay, pero sólo eso.

Miro los coches que pasan por Sunset.

—Es difícil sentir pena por una persona a quien no le importas.

—¿Sí? —pregunto.

—¿Qué es lo que te importa? ¿Qué es lo que te hace feliz?

—Nada. No hay nada que me haga feliz. No hay nada que me guste —le digo.

—¿Nunca te he importado yo, Clay?

No digo nada, vuelvo a mirar el menú.

—¿Nunca te he importado? —vuelve a preguntar.

—No quiero que me importe nada. Si me importan las cosas es peor. Se convierten en una cosa más de las que me molestan. Es menos doloroso si no te importa nada.

—Tú me importaste durante algún tiempo.

Yo no digo nada.

Se quita las gafas de sol y por fin dice:

—Ya nos volveremos a ver, Clay. —Se levanta.

—¿A dónde vas? —De repente no quiero dejar a Blair aquí. Casi quiero llevármela conmigo.

—He quedado con alguien para almorzar.

—¿Y qué va a ser de nosotros?

—¿Que qué va a ser de nosotros? —Se queda quieta un momento, como

esperando. Yo sigo mirando el cartel hasta que empiezo a verlo borroso, cuando se me aclara la visión veo que el coche de Blair sale del aparcamiento y se pierde entre el tráfico de Sunset. El camarero se acerca y pregunta:

—¿Está todo a su gusto, señor?

Le miro y me pongo las gafas de sol y trato de sonreír.

—Sí.

Blair me llama la noche antes de irme.

—No te vayas —me dice.

—Sólo serán un par de meses.

—Eso es mucho tiempo.

—Siempre llega el verano.

—Eso es mucho tiempo.

—Volveré. No será tanto.

—Mierda, Clay.

—Tienes que creerme.

—No te creo.

—Tienes que hacerlo.

—Estás mintiendo.

—No, no miento.

Y antes de irme leo un artículo en *Los Angeles Magazine* sobre una calle de Hollywood que se llama Sierra Bonita. Una calle por la que he pasado muchas veces. El artículo decía que algunas personas que circulaban por la calle vieron fantasmas; espíritus del Salvaje Oeste. Leo que han visto a indios vestidos únicamente con taparrabos y montando a pelo, y que a un hombre le habían lanzado por la ventanilla de su coche un tomahawk que desapareció a los pocos segundos. Un matrimonio de edad avanzada dijo que en su cuarto de estar de Sierra Bonita había aparecido un indio murmurando encantamientos. Un hombre se había estrellado contra una palmera porque se le había echado encima una carreta que le obligó a hacerse a un lado.

Cuando me marcho, en mi habitación no quedan muchas cosas si se exceptúan un par de libros, el televisor, el estéreo, el colchón, el póster de Elvis Costello, con sus ojos siempre mirando a la ventana; la caja de zapatos con las fotos de Blair dentro del armario. También queda un póster de California que he sujetado a la pared con chinchetas. Una de las chinchetas se ha desclavado y el póster está arrugado y

doblado por la mitad y cuelga todo escorado de la pared.

Esa noche me dirijo a Topanga Canyon y aparco cerca de un viejo parque de atracciones abandonado que todavía se mantiene en pie, allí en medio del valle, desierto, en silencio. Desde donde me detengo oigo el viento soplar en los desfiladeros. La noria está un poco ladeada. Un coyote aúlla. Las lonas aletean con el aire caliente. Es hora de volver. Llevo en casa mucho tiempo.

Había una canción que oí cuando estaba en Los Angeles. La interpretaba un grupo local. La canción se llamaba «Los Angeles» y la letra y las imágenes eran tan duras y amargas que la canción me resonó en la cabeza durante días. Las imágenes, descubriría más tarde, eran estrictamente personales y nadie las compartía. Las imágenes, para mí, estaban llenas de gente que se volvía loca por tener que vivir en la ciudad. Imágenes de padres que estaban tan hambrientos e insatisfechos que se comían a sus propios hijos. Imágenes de chicos de mi edad que levantan la vista del asfalto y quedan cegados por el sol. Estas imágenes permanecieron conmigo incluso después de que me hubiera ido de la ciudad. Unas imágenes tan violentas y malignas que parecieron constituir mi único punto de referencia durante mucho tiempo después. Después de que me hubiera ido.

BRET EASTON ELLIS, nació en Los Ángeles en 1964. Al acabar el instituto, decidió abandonar el Oeste y viajar a Nueva Inglaterra para estudiar en la Universidad de Bennigton. Alentado por sus profesores, durante su último año en Bennigton, Ellis completó la que sería su primera novela, *Menos que cero* (1985; el título está inspirado en una canción de Elvis Costello), que cosechó el aplauso de la crítica y se convirtió en libro de culto. Cuando en 1992 publicó *American Psycho*, el retrato de un ejecutivo psicópata, se confirmó que había nacido una estrella. También es autor de *Las leyes de la atracción* (2002), *Los confidentes* (1994), *Glamourama* (1999), *Lunar Park* (Literatura Mondadori, 2006) y *Suites Imperiales* (2010).